# LUJURIA

## DEL AUTOR

Palpitaciones de una ciudad (agotada).
Mirabeau (conferencia).

---

## SE PREPARAN:

La perversa (novela).
New York emocionante (crónicas).
Con los autores de libros (crítica).

MIGUEL DE MARCOS SUAREZ

# LUJURIA

## CUENTOS NEFANDOS

ILUSTRACIONES
DE
E. GARCIA CABRERA

BIBLIOTECA STUDIUM
JESUS MONTERO
NEPTUNO 35. HABANA.

# LUJURIA

## CUENTOS NEFANDOS

Glorias de lujuria. - La autopsia. - Jack. - Eter. - El cuento de mi amigo. - El criminal. - La droga buena El alma de Lili. - Una flor malsana. - Sodoma in excelsis.

*Lujuria, ¡fruto de muerte del gran arbol de la vida!*
*Lujuria, que a los sentidos brindas esplendor lozano;*
*Yo te saludo, Lujuria; ¡oh, profunda y escondida!*
*Idolo negro y terrible de todo el linaje humano.*

*JEAN LORRAIN.*

# LUJURIA

## PROLOGO

Hipócrita lector, mi igual, mi hermano.

(BAUDELAIRE).

# LUJURIA



MIG. DE MARCOS SUAREZ

---

## PROLOGO

*Los dolientes neurosismos de mi imaginación, han hecho estas páginas para tí, lector refinado, para tu espíritu culto, diluído perversamente en el hechizo opresor de las cosas inanimadas, en la magia morbosa de los desequilibrios cerebrales, en la lujuria magnífica que pone en la médula guirnaldas de fuego.*

*Tú, como yo, habrás sentido que la suavidad de encajes y el sortilegio de los ojos y los acordes de plegarias insinuaban el poema de la violación, en tus nervios acallados.*

*Y en tus noches de insomnio, habrá desfilado la cabalgata de todos tus deseos en asecho, y los pensamientos en sublimes visiones te habrán hablado de la lujuria ulcerada que se revuelca en sangre y se empenacha, como un Dios absurdo, de muerte y podredumbre.*

*Mis exaltaciones malignas—así tronará la moralidad disciplinada—han puesto en estas páginas de fiebre y de angustia, la gloria altisonante de hombres y mujeres, entrevistos en los escondites de mi fantasía, sorprendiendo en sus ojos las florescencias culpables de sus almas de cristal y fango, desgastadas por el placer, anquilóticas por los desvaríos implacables que absorbieron, con la histeria de este siglo, en los pantanos del vicio que se debate en delirios y aberraciones.*

*Yo quiero poner ante tus ojos, los coitos que estallan en el cráneo, esas lujurias mortales, de agonizante y de atormentado, que cabalgan como dioses de gehena, como espectros volup-*

*tuosos, a la grupa de labios calientes y lupercates, tal que fueran dejando con los besos de rabia y de gloria, regueros de incestos nefandos, ulular de asesinatos como orgías canibalescas de carroñas.*

*Este libro no es para tí, lector burgués, alma hermética, que no sabes de sugestiones enfermizas, que ignoras el encanto de las voluptuosidades letárgicas y de las degeneraciones imaginativas. No es para tí, que imbécil y torpe, apagas la algarabía de tus sentidos, con reglas metodizadas y adminículos de goma.*

*Tampoco es para tí, rufián encanallado, que te estrujas en la baja prostitución de caricias mercenarias y muslos a precios fijos. No es para tí, abyecto y depravado, que no sabes de otra lujuria que la del gozo de espasmos normales, besos de meretrices con olor a perfumes de bazar.*

*Ni es para tí, hetaira cínica, que acallas maquinalmente la bestialidad de los hombres; ni para tí, virgen púdica, atestada de oraciones y trisagios, que amas a Dios y le pides un novio ejemplar.*

*La crisis excelsa de todos mis extravíos culpables, produjo estos cuentos de perverso aquelarre, de supremas lujurias, voluptuosidades de almas gangrenadas por el ideal de allá lejos, ardores de espíritus embrujados, pesadillas que fueron adentrándose en el cerebro, oprimiéndolo, hasta prender la llama diablesca de los altares negros con fastuosas podriduras, surgiendo con los personajes endemoniados que mi fantasía, en alarde morboso, ha ido dejando, como guiñapos, en los recodos de estas páginas.*

*Luego, cuando la crisis se desplegó en dispersión, cayó el tingladillo y los muñecos huyeron del cerebro, con todo el tumulto de sus anhelos insatisfechos, de sus amores exasperados, de sus lujurias gloriosas y mortales, de sus crímenes y sus torturas.*

*Aquí, en estas páginas de melancólicos fervores, ellos viven sus vidas de locuras lujuriantes, de cerebros que el desequilibrio y la incoherencia fué resquebrajando a deleites y amarguras.*

*Viven, ampliamente, en el estruendo de sus paroxismos, la tragedia dolorosa de sus almas, de sus médulas moribundas galvanizadas en el divino fuego de la lujuria. . .*

*Viven, con rotunda grandeza—mística religiosidad de sus espíritus nefandos—sus amores de lepra, sus pasiones ancestrales, atavismos gloriosamente malsanos, sus voluptuosidades enfermizas de atormentados que se retuercen bajo la brama dolorosa de los cerebralismos que organizan el crimen y rubrican la violación.*

*Tu, lector refinado, que aprendiste en las soledades contemplativas la misericordiosa hechicería de las supremas lujurias; tú, que hiciste con la voluptuosidad perseguida, llamarada mortal que encendió el cerebro con todos los descoyuntamientos del placer; tú, que has sentido al paso de las horas una como inflamación de todos tus nervios—tuétanos quemados—y un suave aquietamiento en los sentidos, lee estas páginas que mi espíritu, gemelo del tuyo, ha fabricado a expensas de una nerviosidad poblada de visiones, de rostros agónicos mordidos por una crispatura de sensualidad insatisfecha, máscaras dolientes y pavorosas, como esas caretas japonesas que parecen apuñalear con los ojos y con los labios.....*

*Cráneo adentro han vivido estas narraciones, evocadas en la somnolencia embriagadora de*

*una pesadilla y en las alucinaciones de un deliquio envenenado con perfumes obsesionantes. Dramas del muy interno que rugieron en estrépitos de voluptuosidad y estallaron en fogatas de lujuria.*

*Almas que se empavesaron de brama y de fiebre y de gozo, lujurias del cerebro a modo de placer solitario de las almas.*

*Trágicos arrebatos del mundo interior poblado de cadáveres tumefactos, de esqueletos que se desgarran en una apoteosis de bacanal y en el relampaguear de la fantasmagoría, toda la humanidad fornicando bajo un apretujarse calenturiento de cuerpos exasperados en viscosidad sexual.*

*Esta es la procesión de los idealismos podridos, restallantes a sobresaltos de la imaginación mordisqueada por todas las lujurias de muerte y de crueldad.*

*Esta es la caravana de los pesarosos que arrastran sus almas por la gloria enlodada de todas las sublimes depravaciones.*

*La moralidad absurda de varones sesudos, con espíritu de eunucos, se revolverá airada ante los personajes, que se retorcieron en la vo-*

*rágine de mis sueños endrogados, en los cabrilleos furiosos de mi imaginación, formidable algarada de lujuria de dioses, de lujurias ultraterrenas.*

*Esas, las sobrehumanas depravaciones de un alma naufragando en el dolor y en la inquietud perenne de las quimeras que huyen....*

*Flores desmayadas en sangre, pedrerías con entonaciones de color, trenzas doradas al fuego y nucas que son retos a la guillotina.*

*Y el ardor desconocido, retemblante, que estalla con la fosforescente putrefacción de la muerte y se corona de gloria en las regiones del más allá.*

*Lee estas páginas de fiebre, tú, que eres un torturado del alma, que sientes en tu cerebro un cruel desgarramiento doloroso al encresparse la lujuria en acecho, tú, grandiosamente anormal, tú, loco, con la neurosis de este siglo, con la locura suntuosa de las almas....*

*Mig-de MARCOS SUAREZ.*

# GLORIAS DE LUJURIA

# GLORIAS DE LUJURIA

## I

"....porque esa vibración, yo la espiaba, la acechaba emboscado en mi nerviosidad, como en una mata; la voluptuosidad rebuscada no existe, solo se encuentra el goce inconsciente y sano; yo he gastado inútilmente mi vida instrumentándola en vez de vivirla y los refinamientos y la persecución de lo raro conducen fatalmente a la descomposición y a la nada".

Así dijo Monsieur de Phocas en gotear adolorido de un alma naufragando en los pantanos del Ideal que sucumbe; tristezas del no ser, sentimentalismos de la lujuria que solo hormigueó en feto.

Yo, replicando: Si solo existe el "goce inconsciente y sano", que caigan los cielos en estruendos de rayos, que se empenachen con sus crines de fuego todos los volcanes de la tierra, que salten los mares con las negras hopalandas

de las tempestades y que sobre la gran catástrofe ponga Dios—un Dios inmenso—toda la baba de su sarcasmo.

## II

—Y ahora Eulalia, que estamos casados, yo quiero confesarte que no te amo. Los meses de relaciones, comedia pura, y la Epístola de San Pablo, el cambio de anillos, los testigos, la marcha nupcial, todo eso que tú hace un momento sentías con un gran estremecimiento en el alma, es la fanfarria de una sociedad delirante y ociosa.

—¡Roberto!

—¡Oh! nada de gestos melodramáticos. Ahora no te amo. Es una negación de todos mis sentimientos hacia tí. Pero te podré amar, con amplitud estruendosa, con todas las majaderías de los amadores cursis. Tal vez llegues a ser la Esposa, la grande, la buena, la divina. Ahora, Eulalia, solo eres un instrumento de placer, carne mercenaria solemnizada por unas ceremonias ridículas y absurdas, copa de sensua-

lidad que han tallado no sé qué dioses borrachos.

Bien comprendo tus temores y tus sobresaltos y el desmayo que ya se insinúa en el temblorear de tus carnes. Te he engañado, sí. Pero no protestes, la vida no es más que un fraude y así aparezco a tus ojos bellos como un ser perfectamente adaptable.

¡Oh, te desmayas! Tu pobre alma de niña no resiste el vértigo. Un síncope.... ¡bah! Te gozaré desnuda y desmayada y te querré como querida y esposa, porque eres encantadora. No lo dudes: mis labios, caballeros de ensueño, sobre la mancha negra del bajo vientre, te volverán a la vida....

Y aquel Roberto, que así hablaba más que a una mujer a una muerta, se arrojó sobre Eulalia—la infeliz que dos horas antes consagraba la Iglesia y sancionaba la sociedad como su esposo—en posesión brutal de aquellas carnes blancas y finas.

—Vibrará el laud, rugió Roberto, mordiendo, siempre mordiendo, la blancura muerta del cuerpo en desmayo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Una gritería de olor a manzanas picantes y sala de operaciones; cloruros de frutas y alcohol de clínica: cloroformo...

—Imposible! Esa mariposa no ha podido entrar en mi cuarto sin romper el cristal. ¿Qué importa que las alas tengan la dureza y el gris pálido del estaño? Yo habría sentido el revolar sobre la cabeza, como una burbuja de raso rampeando entre los cabellos.

Azul, azul. El color del buey Apis, con carnes de gelatina, el azul del Nilo, cuando en el río se bañaban Isis y Osiris. Ahora se han subido sobre mis párpados. Han surgido del espejo y desde el mármol rosado del velador han caído en mis ojos, cerrándolos, oprimiéndolos, con suavidades de muselina y somnolencia de angustia. Bailan, bailan. El decorado es lujoso. Fíjate, cerebro mío, en esa laxitud egipcia, de catedral ruinosa y libros amarillentos. Las pirámides.... si, ellas son. Y la esfinge también baila. Gizhé deteriorado, con la nariz rota y el pelo, duro y ralo, sobre las piedras calvas.

Esfinge, esfinge. ¿Recuerdas cuando saltando de tu altura besaste a Kleber, el soldadote del

Consulado? Beso de siglos cayendo en las civilizaciones que se atropellan y corren y huyen, como visiones de tragedia, coronadas con risas de fuego y vocinglear de aceros...

¿Recuerdas, Esfinge? Tu eras el efebo adorable y deseado de Ramses.

Gritos, gritos, gritos.....Dentro de la cabeza: en sublevación cerebral de todos los nervios. La anestesia tremolando cráneo adentro. Y el monólogo de Hamlet: morir, dormir, soñar acaso....

El cuerpo de Roberto tuvo un derrumbe sobre los almohadones verdes, como batracios acurrucados.

Un reloj dió tres campanadas. Luego cuatro, y después....

Roberto, durmió dos horas, veinte, cien....

Y el buey Apis no era la divinidad egipcia adorada en Menfis. Roberto, cloroformado, tuvo un estremecimiento.

El buey Apis era andrógino.

⁂

Huyó la anestesia, diluyéndose a lentitudes de sopor y contorsiones de náuseas. Y el pensamiento brincó de los refugios cerebrales a la realidad de vida palpitante.

Perseguía la voluptuosidad hecha carne y nervios y fuego, en bàtalla perenne sobre el teclado desconcertante de las sensaciones.

Creyó hallarla en el cloroformo, pero no, Emocionalidad de bascas, sueños profundísimos, fatigas, músculos triturados y muerte de la imaginación.

—¡Oh, el encanto misericordioso de la violación! Tampoco. Sensación trágica en la víctima, conflagración de las entrañas: luego la nostalgia cruel, el recuerdo pesaroso y nada más.

—Si, tenía el sabor picante del crimen; el aplastamiento del cuerpo, la lucha, los dedos incrustándose en los hombros y en el abrazo de fiereza, la súplica quejumbrosa de la mujer, revolcándose, debatiéndose, y la eyaculación copiosa, formidable, como el taponazo de una botella. . . .

Había perseguido la vibración augusta de la lujuria, en los troncos nudosos de los árboles, en

la superficie azogada de los espejos y en los paños finísimos que cubren los altares. Una lujuria de fiebre, de muerte y de placer solitario, cuando en la opulencia triunfal de sus doce años y al vislumbre de las pantorrillas de su prima o de las criadas, Roberto desfogaba toda su brama, sobre las almohadas de su lecho, que luego sustituyó con las gallinas del corral.

La blancura indecisa y pavorosamente fría de las lunas biseladas, le ponía alas de ensueño a su imaginación y derramaba en su médula atavismos de locura ancestral, que él sentía en candelas de turbulencia—olor a sangre y a senos de mujer—junto a los espejos dorados, que reflejaban entera toda su imagen en visión de ayuntamiento carnal, fantástica y perversa.

Los troncos de los árboles..... Para Roberto tenían remedo de muslos rígidos, que se desprendía de sus cortezas duras con el color de las momias y la gloria de sus cuerpos terrosos.

Y por las tardes, esa hora del desmayo de la luz, iba a una iglesia de barrio pobre. Dos o tres viejas...... Rezos y rezos en un tremolar de

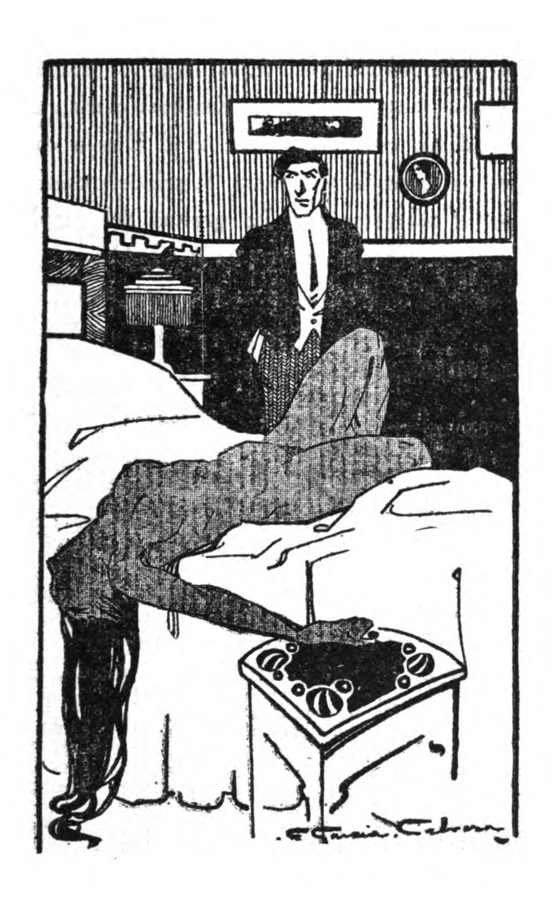
sus labios descoloridos, empujando con ellos sus oraciones a las alturas.

Roberto sentía una fervorosa turbación,—adoración de liturgia y de cabellos perfumados—al mojar sus dedos en la pila del agua bendita, frescura suave puesta en la frente ardorosa.

Los incensarios ardiendo, con temblores de agonizante; los bancos de madera; los relieves embrujadores del Vía-Crucis, rompiendo la pintura de las paredes con sus historietas simbólicas; los óleos manchando las bóvedas, en arcadas, con figuras venerables de patriarcas y vírgenes y santos; en desfile glorioso, túnicas pintorescas envolviendo cuerpos celestiales de mártires y ascetas, y el misterio de la Anunciación, imponente y magnífico, con hechizos de magia....

Y el cabrilleo clorótico de los cirios, amarilleando en luminarias dolientes y enfermizas.

Roberto, como un ladrón, recatándose en las sombras de los altos cristales, se inclinaba ante cada altar y dejaba en el paño finísimo, un beso de sensualidad exquisita, gozando con los labios la suavidad de olanes y batistas, tal que fueran carnes deseadas de una virgen pagana y lujuriosa.



Las viejas veían en aquel hombre, un fantasma o un demonio. No era el beso dejado por Roberto en el paño de los retablos, ofrenda de amor y agradecimiento. Era beso carnal, de sensualismo crepitante, como si el Diablo con fluses a la moda y corbata de rabiosos colorines, se adentrara por las puertas del templo aquel en invasión de terrores y rebeldías.

Pero el deleite ansiado, la voluptuosidad prendiendo colgaduras de gloria en el cerebro y divinos estremecimientos en todo el cuerpo, no llegaba con el beso puesto sobre las telas blancas, finas y eucarísticas de los altares, que él creyó advertir, relampagueante de fugacidad, en un grupo de caballos con las crines despavoridas, ensueño del buril prodigioso de Rodín.

Roberto salió de la iglesia. Le había pedido a los santos, que le llevaran, en regalo supranatural, la voluptuosidad, la vibración, la lujuria que él buscaba inútilmente.

Luego una idea, fué torbellino de luz en su cerebro. ¿Porqué se había casado? Ahora, a los tres meses de matrimonio, tenía de su vida conyugal, el recuerdo de haber ultrajado a su esposa.

Y en la huida de los pensamientos—cintas de fuego y rondeles prestigiosos del cerebro—una voz interior habló en su alma. Pensó en el cuadro de la Anunciación, óleo milagroso en la bóveda de la iglesia; en su mujer, en su pobre Eulalia, que aquella mañana, toda prendida en nubes de rubor, le había dicho de su embarazo; en la teoría darwiniana y en una música que nunca había oído, que sonaba en su espíritu con un himno muy lejano, que le hablara de la muerte y del supremo goce sensual, vibración de lujuria, alma de vida en el más allá y en la nada....

## III

Una adoración amplia, fuerte, luminosa.... Así amaba aquella Eulalia, toda candor y belleza, a Roberto, demoniaco y perverso. Amor de mártir, de resignada, junto al mónstruo de fiebre y desequilibrio, y ella se sentía grande, como amparada por dioses muy buenos, ahora que en su vientre de mujer honrada y en sus caderas fecundas, la maternidad insinuaba sus divinos estremecimientos.

Y habló Roberto, diabólico y terrible.

—Yo soy digno de lástima, señora. Busco en vano, la voluptuosidad suprema, el ardor desconocido que ha de ser transporte ultraterreno. Esa es mi vida: de tortura, de embrujamiento, de glorificación, si al fin estalla dentro de mi cabeza, encendiendo la médula con hogueras magníficas, la lujuria perseguida siempre, en cuya busca me encarnizo, como un maniaco, como un infeliz poseso, que quisiera trepar, en fragor de músculos y demencia, por el azul del cielo. . .

—Creí encontrar en las drogas la vibración oculta. El opio que triturara en sublimes visiones el cráneo de Tomás de Quincey, solo fué humareda y alucinación incoherente de pesadillas morbosas y letargos agónicos. Y la adormidera devastó mis nervios y ennegreció mis venas, con su humo negro, enredándose como serpientes fantásticas por todo el cuerpo.

—No, no está el supremo goce, la flor negra y apestosa de la lujuria en los paraísos artificiales. . . . Mentira!, yo maldigo al éter y al cloroformo que astillan el cerebro y empantanan el estómago. Esos anestésicos solo sirven

para ahuyentar los placeres sensuales, para dilatar las pupilas, poniendo en ellas ojivas de malva.

—La cocaína solo queda para las prostitutas viejas y borrachas, los morfinómanos tienen generalmente los riñones adoloridos y Baudelaire no pudo hallar ninguna sensación de suntuosidad lujuriante en el haschis con su horrible olor a cáñamo quemado.

Eulalia oye con azoramiento de pavor. Hay en sus carnes temblores de muerte.

Roberto calla. Mira las paredes llenas de cuadros en que paisajean ríos como serpentinas azules y casuchas ruinosas y árboles que parecen gigantes con melenas de hojas.

El quiere hacerla una confesión a su mujer, la virginal y la santa que escucha en terrores las palabras del Satanás podrido.

—Eulalia mía. Dios ha gritado en el fondo de mi alma y me ha prometido la voluptuosidad que tanto busco. Ha sido El—un Dios de bondad y misericordia—quien ha señalado lo que tú llevas en el vientre como la urna ultranatural de la lujuria, donde yo habré de

hallar la vibración augusta y solemne de todas las campanas de la voluptuosidad echadas al vuelo.

—La lujuria es vida y solo en la primera manifestación de vida, ha de reventar como un cohete encendido. Una voz de gloria, tintinea en mi alma, y me dice del ardor supremo, vibrando en un espasmo grandioso de brutalidad sensual, al contacto de las carnes gelatinosas del recién nacido, con blanduras de pulpo y triunfante algarabía de encantos misteriosos.

—¡Oh, Roberto! ¿Pero qué dices? ¿Qué pretendes? ¿Quieres matar a nuestro hijo, o es que acaso no te he comprendido bien? Dime que no sueño, que no es verdad lo que estoy oyendo, o que tú eres el más espantoso de todos los criminales.

—Cálmate, Eulalia. Feliz tú que, gozosa y alborozada en el triunfo de la maternidad, no sientes como yo estas torturas del alma. No, Eulalia. Ni tu sueñas ahora, ni yo soy el peor de los asesinos. Solo quiero gozar el hechizo prestigioso de violar "nuestro hijo"—como tu dices—al nacer, cuando la dulzura de sus ojos abriéndose, reidores, a la luz, se trueque en

divinidad de espasmos, en angustia, que no podrá expresar, en deleite que solo dirán sus manos microscópicas agitándose en el vacío, como rumor de caricias y agradecimiento, y eso, todo eso, tan grande, tan inmenso, tan imponente, esa glorificación de la lujuria es la que ceñirá mi cabeza, porque solo en ese momento—y una voz así me lo dice—habrá de gorjear, en mi cerebro, en mi alma, en todo mi ser, como un pájaro glorioso, la voluptuosidad divina.

—¡Roberto! No, no lo puedo creer, yo deliro, esto es una pesadilla.

¡¡Violar al hijo que yo guardo en mis entrañas!! ¿Eso es lo que tu me propones, eso lo que quieres hacer? Dios mío, ¡qué clase de hombre es mi marido, qué infamia es esta!?

—Mejor dijeras, Eulalia mía, a qué linaje de artistas pertenezco o qué infeliz atormentado soy. ¡Ah!, Eulalia. Tú no sabes de mis opresiones. ¿Por qué cuando, por fin voy a encontrar la suprema lujuria—el goce carnal de mi hijo al nacer—quieres evitarlo, impedirlo, arrastrándome a una muerte segura, cuando algo que no está en mí, un rumor de muy lejos, me habla del advenimiento, en esa grandiosi-

dad fastuosa del espasmo, de la lujuria perseguida, del ardor siempre buscado, de la voluptuosidad quemando los labios de un ángel? No, Eulalia. Tu no impedirás esa violación. No consientas la victoria de tu maternidad en cambio de mi muerte y de mi desesperación. Eso sería abominable.

Te lo pido de rodillas. Eulalia mía: no trates de sofocar la voz que suena en mi alma y que me arrastra a gozar, como a una prostituta vieja, nuestro hijo al nacer.

## IV

Fué un grito de fiera herida, un rugido de madre; grandioso, imponente, como si las entrañas desgarradas se inflamaran en gritos y sollozos.

Y Roberto se arrojó sobre aquel cuerpecito de raso rosado. Era su presa, el vaso en que bebía el fuego y la vorágine de la lujuria; un guiñapo de carnes blanduzcas—que la voz del alma le anunciara como el triunfal receptáculo

del ardor divino—y que él gozaba y mordía a chupones canibalescos de prostitución revolcada en vino y en sangre.

Era la más repugnante de todas las violaciones y el más execrable de los asesinatos. Fermentación de una estirpe de sádicos, locos y borrachos, resucitando en los ojos de Roberto, llenos de rojo, en las manos crispadas sobre los dorados mechoncitos de la cabeza de su hija, —porque era una niña lo que había dado a luz Eulalia—insinuación de forma humana, aún orlada por el disco placentario y secreciones uterinas.

Era la posesión brutal de una masa gelatinosa, besada, mordida por los labios de Roberto, calientes, espumarajeantes y criminales sobre aquellos girones de huesos y carnes, aflojándose en un salto de la vida—como un relámpago—a la muerte, en eterna asechanza.

Dijérase que la infeliz hija de Eulalia había dado una escapatoria del no ser hasta este mundo, y que asustada del recibimiento, volvía al más allá llevándose en el azul de sus ojos, apenas asomados a la luz, una visión de crimen y de sangre, tal que sus pupilas en que la vitali-

dad ya insinuaba sus destellos, fueran ante el metal trompetero y convocador de San Gabriel, el apólogo formidable de la humanidad.

Y aquellas carnes aplastadas, sanguinolentas, en que la vida rugió dos horas, con los furores de los huracanes, hablarían a Dios del absurdo bufonesco de su crucifixión, holocausto por los hombres que están aquí abajo, muy abajo...

En la cama grande de matrimonio Eulalia delira, se estremece, tiembla como si unos dedos de fuego incendiaran su triunfal desmayo, envuelto en una trenza dorada.

Roberto desgarra el silencio trágico con su voz cayendo lenta, como un telón de última escena.

—¡Oh, esposa mía! Si supieras el alivio que baña mi espíritu con una linfa de oro.... Tu no lo viste, porque te acometió un síncope. La contracción de las piernecitas, igual gesto de una muchacha que en los deleites apretaba con tanta furia hasta proporcionarme una sensación adolorida de bienestar. Las manos, con una crispatura nerviosa, pero inconsciente y la suavidad lechosa del vientre, provocativa su-

perficie rosada, tremolando bajo la simiente que en él dejo mi vida, en un espasmo divino. Luego, los ojos, grandes, azules como los tuyos, Eulalia mía, porque nuestra hija se parecía a tí, revolaron como pájaros aturdidos, pero sin agrandarse en fervor sensual, en angustia y agradecimiento, y pienso que la voz interior, anunciándome en la posesión carnal de la recién nacida el grito de la lujuria, ha sido una voz de alucinación y engaño.

¡Oh, qué idea! Sí, he encontrado la vibración oculta y siempre deseada. Ahora te quiero Eulalia, porque tu sacrificio te presenta como la sublime visión de una gran apoteosis de luz, de carne y de gloria...

Y ahora, esposa mía, permitidme descender a las groseras realidades de la vida. He violado a nuestra hija al nacer y la he matado. ¡Infeliz! A cambio de su muerte ha rugido con toda su imponente grandeza, la sensación que fué el tormento de mis insomnios, de mis terribles noches dolientes en que la lujuria formidable del ardor desconocido, estallaba en bramas de impotencia torturante. El estallido de esta voluptuosidad gozada a mordidas, es una

violación y un crimen que los códigos absurdos enredan con sus mallas infamantes y presidiarias. Así pues, el hechizo de esta lujuria grandiosa se corona con el encanto adorable del drama íntimo, callado, que ruge en las almas, oprimiéndolas con lágrimas y deleites; se corona si, con risas y flores...

En la habitación, todo duerme. Es el triunfo del silencio y del reposo. Los retratos, que salpican las paredes de familiares queridos, tienen en los ojos y en las manos laxitudes durmientes. Los muebles, somnolientos y felices, en el sueño augusto de las cosas inanimadas; las lámparas sin luz y las ropas en abandono dormido.

Todo duerme en la habitación.... Eulalia, arrojada en la cama, desmayo de moribunda que pone en sus carnes angustiante flacidez. Roberto, sueño de borracho, amodorrado en repugnancia sobre el verde de un sillón de cuero. En una caja blanca, muy blanca, esbozo de figura humana, carnes deshilachadas a besos de violación, el cuerpecito de la criatura, urna de lujuria con cendal de flores...

Afuera el viento grita, se retuerce, ahuyando adolorido, como si hablara a los cielos en lenguaje de rabia y de protesta. Afuera....

## V

Una derrota de todas las fuerzas, sucumbiendo en abandono. Consunción, dijo un médico. Hipertrofia cardiaca, arguyó estotro y la muerte fué cayendo sobre Eulalia, poniendo palideces agónicas en la cara pálida de la enferma, chupando la vida en fiebres, en temblores y en desmayos: afilar de púmulos, verde carnavalesco en las mejillas, síncopes furiosos, reguero de espuma sanguinolenta en los labios hechos al beso.

Es una agonía en suavidades de sueño, tal que fuera un sopor de morfina, prolongándose a delicias.

Roberto vela la quietud durmiente de Eulalia moribunda.

Y sobre la agonía de la mártir, el mónstruo va dejando caer la excelsa perversión de sus palabras, lentas, monorrítmicas, metales campa-

neros, cortejo de bronces fúnebres que anunciaran la llegada de la intrusa.

—Eulalia, esposa mía, te mueres... Escúchame: en la vida no hay voluptuosidades ni goces supremos. En los labios amantes que se unen y en los cuerpos que se estrechan, solo grita, acallándose enseguida, la fugacidad de una pasión diluída en besos y abrazos. Siempre el placer galopante epilogado a fatigas y aburrimientos. El sensualismo es absurdo y canallesco. ¿Porqué acatar y exagerar las leyes de la naturaleza fisiológica? No. El espíritu culto, selecto, siente todo linaje de sublevaciones y rebeldías ante esos postulados de alfeñique. La verdadera lujuria—lujuria gloriosa del cerebro restallante a opulencias—tiene su absoluta vibración en el encanto de las cosas sin sexo, inanimadas, frías, sin vida, así tales en la apariencia, pero ornamentadas de divinos estremecimientos, brindis de cordialidad, en las morbideces de un jarrón, estruendo de porcelana blanquísima y provocativa, en la superficie untuosa de un frutero, acordes de cristales dormidos y vagorosos. ¿Recuerdas aquel personaje de Maupassant, que se enamoró de las

flores? He ahí la voluptuosidad con suntuosidades de gloria, único y definitivo patrimonio de las almas grandes.

—La muerte es la que vive, la que perdura a eternidades magníficas. Y es también el manantial inagotable de la voluptuosidad. Han de Islandia bebiendo en el cráneo de su hijo, debía transportarse al cielo, llevado por ángeles lujuriosos. En la descomposición de los cuerpos, en la podredumbre invadiendo las carnes lacias, está el ardor ultradesconocido. Los animales más felices deben ser las hienas, sacerdotisas adorables de la putrefacción.

Eulalia: quiero poseerte, quiero gozarte después de muerta. Este pobre cuerpo tuyo que yo, apenas en nuestra vida conyugal he ungido con besos y caricias, porque en tus carnes no he hallado la sensación de hiperestesia ardorosa, será después de muerto, hornacina de lujurias endiabladas, algarabía de caderas y triunfante zarabanda de pezones. Los ojos envidriados tendrán la imperiosa laxitud de los desmayos sexuales y el hechizo azorado de las zagalas sorprendidas y arrojadas sobre la yerba.... Las carnes rígidas vivirán el miste-

rio enfermizo de las cosas muertas. Así, entregada y gozada en el más allá, en la vida de la muerte, la que empieza luego, vida de almas que flotan y se retuercen a nuestro alrededor; esa, la lujuria que es resurrección. . . .

—Te perdono, Roberto, la violación monstruosa, el crimen nefando de matar a nuestra hija. Te perdono. . . sí, pero déjame morir.

—¡Oh, Eulalia mía! Sé buena. Que tu piedad se acuerde de mi desdicha, ofréceme la curación, dejando en mi alma errante el latigazo formidable de la lujuria, que sigo buscando con insistencia malsana y adolorida, ahora, después de la violación de nuestra hija, porque la voz que me impuso el asesinato fué trasunto de locura y pesadilla.

Eulalia no habla. Se muere en un desmayo, calladamente, sin los histrionismos de los agónicos, que se debaten en estertores. Y el monstruo sigue hablando.

—Amaré tu cuerpo después de muerto; gozaré tus carnes heladas, insensibles y en la posesión del cadáver, tu alma flotando en derredor mío, será el ángel celeste de esta nuestra gran noche de bodas, de nuestra única noche de

amor: festín de besos fríos, música de abrazos rígidos, la febril algazara de la muerte, imponente en su embriaguez: la vieja Hécate coronada de flores y mordidas.

—Tu muerte, Eulalia, será un caso supernatural de catalepsia; la muerte de tus carnes —materia que es barro de repulsión—vivirá a expensas de mi lujuria triunfante y gloriosa, y el gozo carnal de ultratumba, la divina sensualidad del más allá, será la iniciación del vigoroso poema de las almas, galvanización de podredumbre vibrando en erotismo, tal que la muerte fuera una magia afortunada de titiritero.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Fué un grito de chacal:

—¡Muerta!... Ahora la quimera se engalana para recibirme y me aguarda prendida en anhelos y desvaríos.

—¡Muerta! Tu cadáver, Eulalia,—montón de carnes blancas, rígidas y frías—me espera envuelto en el divino fuego de la lujuria, en su mortaja de gloria, en su bandera de triunfo....

# LA AUTOPSIA

## LA AUTOPSIA

### I

Una pieza alta, de paredes luciendo la marea desconcertadora de muchos cuadros, en que surjen anfiteatros de disección, pacientes con caras de torturados y de moribundos, médicos horriblemente pavorosos, sonriendo ante un riñón que naufraga en podredumbre, o una pierna ya mutilada por el asalto brutal de la gangrena.

En un ángulo de la habitación, arrebujado por un cortinaje negro, el complicado mecanismo de un aparato de Rayos X.

Luego los estantes repletos de libros, que se alinean como soldados en una parada militar.

La mesa, llena de revistas médicas, libros, papeles y folletos de laboratorios. Y un galgo fórmidable que remata un salto sobre los tinteros ennegrecidos de una escribanía.

En otro ángulo, como retirándose, una cama de cirugía, inquietante, obsesionadora en su terrible blancura de metal muy limpio.

Otros cuadros... de un fondo obscuro brotan rostros de creyentes convencidos y fervorosos. Es que el médico de Carlos I explica la circulación de la sangre.

Y rampeando por las paredes, por los estantes, por el mobiliario, sencillísimo, una atmósfera estruendosa de cloroformo y de éter, de reacciones químicas y de ácidos asfixiantes.

—Doctor, dijo un criado empujando suavemente las mamparas de resorte libre. El señor Raimundo Aulet espera por Vd.

—Que pase.

El cliente anunciado por el criado del doctor Cristian Villegas, era un hombre alto, fuerte, de espaldas que parecían evocar, en pequeño, una pista de circo. En su rostro sanguíneo, crepitaban dos ojos removidos diabólicamente como unas burbujas de azogue y azotados por unas llamaradas de voluptuosidad, como si en ellos, duramente negros, se emboscara, en acecho, un deseo culpable.

Había en su indumentaria rasgos vigorosos e inconfundibles de una originalidad rebuscada, y ensayada con cuidado, ante el espejo. Hablaba con pirotecnia palabrera, incendiando la conversación con frases de incoherencia y con un gestear desequilibrado y clownesco.

Se interrumpía con frecuencia para sacar el pañuelo,—una fina batista verde y amarrillo— que se llevaba a los ojos y que mordía rabiosamente después de estrujarlo, con arrebato, entre sus manos afiladas.

Y con una repetición lamentable, contaba con el pulgar de su diestra los otros dedos. En esta sencilla operación aritmética no se cansaba nunca y la reanudaba de continuo, como si en la suma de sus dedos sufriera una equivocación de tanta trascendencia, que le obligaba nuevamente a comenzar su maravillosa tarea.

—Y, bien, Raimundo. ¿A qué debo el honor de esta visita? preguntó con displicencia el médico.

—Mi querido doctor, me muero, me muero. Las pesadillas me matan lentamente, exclamó el interpelado con un terrible azoramiento en la

mirada y disponiéndose a la enumeración fatigosa de sus "enfermedades".

—¿Qué novedades son esas? Aprensiones, mi amigo, dijo el doctor con un gotear de fastidio en cada sílaba. Y luego: Su sistema nervioso es admirable, gloriosamente admirable. Solo que Vd. acabará por destruir, antes de tiempo, esa máquina que hoy funciona muy bien. Nada de sensaciones nuevas, Raimundo. Los paraísos artificiales atacan pronto la médula y muerden, con denonado furor en el cerebro.

—¡Oh, doctor! Estas pesadillas, terribles, abrumadoras, tras las cuales siento una gran opresión en el corazón. Me matan, me matan. Siempre el mismo sueño. Unos cocodrilos que me arrancan la lengua. No puedo defenderme, pierdo el habla, todos mis miembros se agarrotan... Sin articular una frase... Mudo, horriblemente mudo.

Esa insistencia, esa perenne repetición del mismo sueño.

Una vez me quedé dormido en un coche. Era la hora del medio día. Un calor de fragua calcinaba las calles. El sueño, esa pesa-

dilla.... Si, lo recuerdo perfectamente. Los cocodrilos asaltándome ferozmente. Y yo, sin hablar, sin poder gritar, sin poder defenderme.

—Una mala digestión, interrumpió el médico, tras un bostezo de aburrimiento.

—Otra noche—prosiguió Raimundo como si no hubiera oído la frase de Cristián Villegas—durmiendo con mi querida me asaltó el mismo sueño. Los cocodrilos, ¡oh, esos asquerosos animales! me atacaban como endemoniados. Raquel dió un grito: ¡"Suelta, Raimundo! Me arrancas la lengua. Vaya un modo de besar que tienes, hijo". Pero yo, aturdido por la negra pesadilla, no podía hablar. Ví a Raquel, sin contestarle. La pobrecita defendía sus pechos, que yo, en mi delirio, confundía con los abominables saurios, y golpeaba furiosamente.

—¿Sádico?—se preguntó mentalmente el médico.

Y queriendo detener los cocodrilos de Raimundo Aulet, invitó a éste que se desnudara para someterlo a un minucioso examen y reconocimiento.

El médico lo colocó sobre una mesa de metal. Instaló su cabeza, en que el escaso cabello se teñía de un gris pálido, sobre el corazón de Raimundo. Y mientras miraba el reloj que tenía abierto en una mano, con la otra hacía unos garabatos en un papel. Luego palpó con gran cuidado los riñones, haciendo unos movimientos imperceptibles con los labios y lo auscultó nuevamente.

—Vamos, Raimundo. Le voy a poner una venda en los ojos. Camine Vd. a grandes pasos por esta habitación.

El pobre enfermo, vendados los ojos, no se atrevió a lanzarse por aquel gabinete.

—Bien, bien—masculló el médico. Y levantándole los párpados a Raimundo, miró con mucha atención. ¿Dolores en la vista? Nada, ¿eh? preguntó y se respondió a sí mismo, anticipándose a la contestación del enfermo. ¿ Ymareos? ¿Desvanecimientos? La cabeza un poco pesada.

—Sí, sí, doctor. Después de las pesadillas. Mucho malestar. Una gran fatiga, abatimiento. También después de una noche de amor.

—¿Hay excesos sexuales con frecuencia, preguntó distraidamente el médico, como lo hiciera un confesor a un chiquillo inocente.

—Raquel es insaciable, doctor.

—Sin embargo, después de la noche de los cocodrilos.... replicó con una sonrisa que turbó extraordinariamente a Raimundo. Bien, concluyó el médico, no hay que abusar. La fiebre que se adquiere en los muslos de una mujer, suele ser mortal y siempre palúdica. Nada de refinamientos, hijo mío. Es ir contra la Naturaleza, provocar sus alarmas y a veces su desquite.

Sería preferible que besáramos a las mujeres con tela metálica en los labios. Su enfermedad no ofrece, por ahora, gravedad alguna. Exceso de besos, exceso de abrazos y caricias y su virilidad que parece refugiarse en el cerebro. Cuidado, Raimundo. Las meninges son unas señoritas muy delicadas.

El médico hablaba, mirando los cuadros, que convertían las paredes en lecciones de anatomía. Indiferente, escéptico, dispersando las palabras lentamente, pero sin gravedad doctoral. Y sus ojos, asomando curiosos, detrás

de los espejuelos, parecían complacerse en el exámen de sus libros, colocados en filas rígidas, marciales, y en aquellas piernas ensangrentadas que ponían una mancha roja en el fondo negro de los cuadros.

❖

❖ ❖

Raimundo Aulet ha salido de la consulta de su médico con una gran alegría que le cabriolea en el fondo de su alma.

Cristián Villegas, el médico famosísimo, lo ha prevenido contra una posible alteración de su cerebro. ¿Loco? ¡Qué felicidad!

Va a la casa de su amante en un coche que arrastra trabajosamente un jamelgo infeliz.

Raimundo ha sacado del bolsillo una jeringuilla de Pravazt y una tableta de morfina. Y mientras el coche se tambalea entre las calles, Raimundo hunde suavemente, con delicia, con una llamarada de placer que incendia sus ojos, la fina aguja en su brazo izquierdo.

Y piensa en sí mismo. En su "locura". En su cerebro relampaguean los pensamientos. . .

—Lucharé contra la Naturaleza. Y la venceré. Ya me he creado un temperamento, ya soy un nervioso próximo a caer rendido, en las doradas madejas de la locura.

¡Hombres imbéciles! Queréis ser grandes literatos o ilustres políticos. Y algunos fundan hogares honrados y tienen hijos. ¡Oh, inmensos cretinos! Yo quiero ser loco, grandiosamente loco.

Esto es una apoteosis de sol: la locura por la lujuria. Ni Epicuro ni Borgia pudieron tener esta gloria. Desdichados. ¡Ah, Nietzsche tampoco! Yo; qué alegría! Un turbión de brama, de voluptuosidad, de lujuria que hará añicos, en breve, mis lóbulos frontales. Lujuria, yo te llamo liberación...

He cogido la felicidad y la gloria en la consulta de Cristián Villegas: ¡oh, sí! Haré astillas mis meninges. Y repetiré las palabras del Catecismo: Bienaventurados los cocodrilos porque ellos se me aparecen en terribles pesadillas.

¡Mis pesadillas! Nada de malas digestiones, doctor Cristián. No quiso Vd. alarmar-

me. ¡Qué necio!.... Síntomas de locura, de desequilibrio mental, lo sé muy bien.

La persistencia de la misma pesadilla. Es la anemia cerebral que empieza.. No tiene Vd. necesidad de contármelo doctor Villegas.

Felicidad, tu verdadero nombre es Locura. Vivir loco y morir loco es la única felicidad.

Si es cierto que existe un cielo, forzosamente será el más maravilloso manicomio. Y Dios un enorme loco, un glorioso loco...

El coche seguía andando. Cruzaba calles en que se arremolinaba, a veces, la multitud.

Raimundo Aulet veía los grandes carros cargados de mercancías, la gente que hablaba gesticulando pintorescamente y los tranvías rodando con estrépito aturdidor.

Las casas luciendo sus fachadas de feria y muy pegadas unas a otras, como personas medrosas.

Todo le parecía despreciable. Dentro de su cráneo se arremolinó un pensamiento. "Lo veía todo desde la altura de su locura".

No, no estaba todavía demente. La anemia cerebral apenas había comenzado su obra de gloriosa destrucción. El la apresuraba, la hos-

tigaba. Le parecían triste sus veinticinco años. Y le pesaban como una era de esclavitud de la cual iba a salir ahora... ¡Cuando fuera un loco!....

Y como si sintiera, bravíamente el espolear del apresuramiento, tomó un pequeño frasco de cristal y con una minúscula cucharita de plata, extrajo una sustancia blanca, fínamente pulverizada, que se llevó a la nariz, aspirándola con fuerza.

Era cocaína....

Luego divisó en el balcón de su casa, desde el coche, a su querida, a su Raquel, que él había sacado de una asquerosa casa de lenocinio, y que convertía en una cómplice y en un excitante de su locura.

Raimundo subió velozmente las escaleras domiciliarias. La alegría y la felicidad le ponían alas en los talones.

Las palabras brotaban de sus labios, que se apretaban enloquecidos, contra los de su amante.

Raimundo le contaba la visita a la consulta del doctor Cristián Villegas. Los temores de

éste, sus alarmas, sus consejos, sus pronósticos de posible desequilibrio mental.

—¡Oh Raquel, Raquel mía! Yo loco... ¡Si fuera verdad! ¡Qué alegría mi amada! Por la lujuria. Loco... loco....

Y los labios de Raimundo cayeron, como unos vampiros glotones, sobre el sexo adorablemente pulposo de Raquel....

## II

....Y si fracasaban sus empeños, si un obstáculo invencible lo detuviera en su triunfal cabalgata hacia la locura, para impedirlo, arrastrándolo al manicomio, estaban las pócimas envenenadas que restallan entre los escondites del cerebro.

Pero no. El médico ilustre ya lo sometía a un tratamiento de neurasténico incurable: duchas alternas, ejercicios al aire libre hasta fatigarse, viajes al campo, mucho valerianato y una cascada interminable de bromuro.

Cristián Villegas se esforzaba en la cura de su cliente. Y a veces movía tristemente su ca-

beza en que alboreaba un gris pálido de cielo lluvioso.

Raimundo Aulet—a su juicio y así se lo decía el médico—era un nervioso prendido en las redes del desequilibrio. El "enfermo" se encarnizaba más cada día en la suma de sus dedos, y los rayos negros de sus ojos lucían con un extraviado fulgurar en que se mezclaba la fijeza y laxitud de un mirar idiotizado y la movilidad espantosa de los que sufren delirio de persecución.

Se levantaba, en las silenciosas horas de la noche para destrozar en el violín trozos sueltos de "Parsifal" y la última canción, entintada de populachería y que silbaban los chiquillos por las calles.

Cuando algún amigo iba a visitarlo, interrumpía la conversación y parándose ante una pared, lápiz en ristra, dejaba en ella, formidables garabatos deshonestos.

—¡Oh! mi querido, le decía con un rechinar de dientes a su visitante. ¡Esa es la vida! ¡La gloria de la vida!

Estaba amancebado con Raquel, la bailarina que había paseado su prostitución y su

encanallamiento por escenarios que eran cloacas humanas, y que, ahora, vieja, purulenta, con el cuerpo rubricado por el salvajismo de los hombres, vivía casi monacalmente y ofreciéndose con resignación—ya, que en cambio era bien remunerada por Raimundo—a todos sus caprichos, a todas sus monstruosidades de marinería hambrienta, que llevara en las venas al Marqués de Sade.

—Ven Raquel. Voy a tirar al blanco.

Y colocaba a su querida de espaldas y en las nalgas, restos opulentos de una grupa en otra época manantial de lujuria, le pintaba varios pequeños círculos contra los cuales rebotaban unos palitos con gomas cóncavas en la punta, después de golpear aquella ánfora de carne lacia.

Cuando se cansaba, y esto ocurría siempre después de media hora de tiro al blanco. . . . y al rojo, porque Raimundo ponía sus preferencias en cierto lugar, apagaba las manchitas rosáceas, que dejaban las gomas de los palitroques, con unos besos cortos, suaves, llenos de unción, que exasperaban a Raquel, encendiéndole las entrañas, hasta solicitar ella las

más tremendas abominaciones de un sensualismo desquiciado.

Raimundo gozaba el mayor de los placeres,



al llegar por las noches al teatro, cuando a sus oídos llegaban los vapores de algunos comentarios.

—¿No sabe Vd.? Está loco. Duerme en un ataud. Es una locura peligrosa. Un maniático, un extravagante.

—Sí, un absoluto desequilibrado.

Era su apoteosis, que Raimundo gozaba más que las carnes duras de una virgen.

*
* *

¿Estaré loco de verdad? se preguntaba Raimundo una mañana. La cocaína aspirada acaba por roer el cerebro. Fígaro le hacía decir a un personaje suyo: yo quiero ser cómico. Yo, señores: yo quiero ser loco. Inconsciente y amparado por unas leyes que hacen del orate un rey absoluto.. Rey y loco: casi un Dios. Y un Dios que entienda la justicia asesinando, que glorifique a los voluptuosos, que tenga por trono unos colchones gemidores bajo el revolcarse de unos cuerpos apretados y chorreantes de placer.

Loco; un Dios irresponsable. Un hombre que no tiene la carne, ni la sangre, ni los nervios de los demás hombres.... ¿Estaré loco de verdad? se pregunta ahora con distinta entonación, como quien aun despierto, se cree bajo una pesadilla y se golpea los brazos y se restriega los ojos, dudando pesadamente y todavía soñoliento.

❖

❖ ❖

Alguien ha hablado de esas excursiones que hace el pensamiento—viajero infatigable—del cerebro a la conciencia y de la conciencia al cerebro.

En aquellos momentos, Aulet llevaba por la brida su corcel pensante, puesto en olvido de que pudiera saltar.

—Raimundo, querido mío! ¿Hablando solo? ¿Estás loco?—le gritó Raquel.

¡Oh, loco! Cuatro letras que para él tenian un hechizo de amor. Le golpeaban en el fondo

de su alma y se sentía envuelto en un ropaje muy sutil; veía a los hombres muy chiquitos como aquellos que salieron a recibir a Gulliver, y cuando hablaban, Raimundo solo advertía en sus palabras una greguería de sonidos, innominados y sin color, que chocaban como placas o rompían en un estruendo desagradable, como el clavetear nocturno sobre los sarcófagos.

Veía, a su lado a Raquel, durmiendo otra vez, después de haberle gritado llamándole a la realidad y poniendo una acotación lamentable en su monólogo.

Aquellas carnes, marchitas, fofas, en las que parecía no haberse apagado el eco de una lujuria monstruosamente bravía y que trasudaban, inundándole con un olor a vulva y a esencias baratas, un perfume de exquisita perversión.

La camisa medio abierta, le recordaba a Raquel en el tabladillo de un café cantante, provocando las brutalidades de los hombres, con un gesto suave, hasta dejar caer la tela orlada de encajes. . . .

Y el público que parecía amotinarse, en una gritería de palabras soeces, tremante de lujuria, y palpitando en todas aquellas cabezas,

repletas de alcohol, la idea de la violación: brutal, salvaje, endemoniada....

El vientre obeso, pujante, que Raimundo aplastaba a fuerza de besos, y que no había sentido nunca los gloriosos estremecimientos de la maternidad.

Los muslos, todavía vibrantes, que saben apretar en los espasmos....

Raquel dormía... En aquel vaho de prostitución y de vicio, su sueño tenía laxitudes de doncella.

❖

❖ ❖

Raquel sueña:... Ella bailaba unas danzas de fiebre en aquel teatro lleno de marineros borrachos, que se arrojaban contra ella y la besuqueaban, mordiéndola, triturándola entre sus brazos.

El teatro una barraca. Ella le paga el aguardiente a los marineros, que se disputan los labios de Raquel a cuchilladas.

Y con el alcohol se confunde el olor picante de la sangre caliente.

Ella sufre el ultraje de unos cuerpos apestosos que se frotan a sus carnes con furor y con delicia de chacal hambriento.

—¡Ah! Su novio. Un muchacho rubio que la quiere mucho y que acomete a los marineros con un látigo, golpeándolos, enardeciéndose contra aquellos bárbaros que gritan, huyen y se retuercen.

—¡Oh, qué horror! El también... Y le muerde los pezones, que se manchan de gotitas rojas. La goza en un abrazo que la aplasta y en un beso que traquetea contra sus dientes.

—No, Arturo... Por Dios! No me mates. Soy tuya, solamente tuya. No volveré a bailar. Los marineros, otra vez. ¡Perdóname, mi alma! Te juro que te quiero mucho...

El cuerpo de Raquel temblorea bajo la camisa medio abierta.

Sus labios se mueven.

Raquel duerme y sueña...

❖
❖ ❖

Otra vez el tumulto obsesionante de un pensamiento que asalta a Raimundo.

—¿Estaré loco?...

Hay una duda que le mortifica y un gran anhelo de solución.

No le bastan los comentarios de las gentes, cuando por la noche llega al teatro. Hay una mano oculta que pone el rayo de la locura en su vida.

—Quiero ser loco, considerado como loco, juzgado como loco. . .

Y busca algo en la mesita de noche: el revólver.

La duda de no ser loco lo hostiga, lo acosa, lo impulsa al crimen.

Sí, Cristián Villegas, su médico, le ha dicho que su "caso" es incurable. Y siempre las mismas recomendaciones imbéciles y los frascos de bromuro formando una cordillera en su velador.

—No basta eso. Tal vez el médico quiere complacerme ya que conoce mi afán en ser loco.

—Oh, Villegas. Estás explotándome, estás burlándote de mí, con tus recomendaciones: bromuro, bromuro y mucho ejercicio. Es preciso fatigarse, no pensar en nada. No alimente Vd. mismo la neurosis, Raimundo.

Y remedaba mentalmente el lenguaje del médico, con su gesto aterciopelado gravitando en una lentitud desesperante, mientras examinaba, como entendido en las armas de fuego, el revólver que tenía en la mano.

En la vida de los hombres, hay preguntas que estallan repentinamente en el cerebro como latigazos.

Es la duda, la terrible duda. La misma que corre con una frialdad de muerte, con un temblor de catástrofe a través de la urdimbre dramática de Hamlet, y retuerce en angustia el espíritu del príncipe de Dinamarca, a la evocación y al mandato del espectro imperativo de su padre.

—¿Estaré loco? Raimundo Aulet, piensa en sus conciertos de violín en las horas silenciosas de la madrugada. Recuerda borrosamente aquellos cocodrilos que lo asaltaban en sus pesadillas, que lo privaban de hablar, hasta la afasia más absoluta. Sus temores, sus miedos, sus supersticiones. Desequilibrio puro. A Raimundo no le basta. Quiere que su locura sea reconocida, proclamada, ante el teatralismo aparatoso de los tribunales de justicia, me-

diante la trompetería de unos extensos informes de los doctores alienistas. Y los Magistrados, en sus capuchones negros, aceptando el escrito pericial y enviando a Raimundo Aulet a un manicomio.

—Declarada mi locura, probada, reconocida, y una ley, que declara a los locos exentos de responsabilidad criminal.

Mi apoteosis, mi glorificación. No sé si estoy loco, pero la idea de no estarlo me vuelve loco.

Seré "un caso". Tal vez el público—siempre bufón y absurdo—reía estrepitosamente cuando Cristián Villegas, el médico ilustre, que probablemente figurará entre los autores del dictamen, aporte al proceso los detalles de mi enfermedad y publique mis alucinaciones, mis sueños desequilibrados y reviva ante las togas judiciales, aquellos cocodrilos que me atacaban, arrancándome la lengua.

—Mataré a Raquel. Infeliz. No merece la muerte, lo comprendo. Ella no me maldecirá; sabe que no soy un criminal... No la mato por celos, ni por hastío de sus carnes. Indudablemente irá al cielo, después de haber es-

tado tanto tiempo en casas de lenocinio y cafés cantantes.

Su muerte es la mejor recomendación para San Pedro...

Raimundo Aulet monologuea mentalmente. Hay desvarío en su pensamiento que se encrespa hasta hinchar su frente. Fulguran como relámpagos de muerte los rayos negros de sus ojos. No quiere averiguar el resultado de la suma de sus dedos, porque en su diestra está el revólver. Hay palidez en su rostro sanguíneo.

Es el crimen que ronda... Raquel duerme y sueña... El desenfreno brutal de la pasada noche de amor, ha puesto una flacidez en todos sus músculos, y losas de plomo en sus párpados en que el abotargamiento empieza una implacable irrupción.

En el cerebro de la exbailarina, todavía danzan marineros borrachos que se estrujan contra ella. Y hay músicas, carcajadas y sangre por los labios de Raquel, que aquella noche tenían aroma de frutas maduras.

Raquel duerme y sueña... Y se estremece repentinamente con un temblor que muerde sus carnes y pone frío en sus entrañas.

—Raquel, Raquel. Quiero tirar al blanco.

Ella alzó maquinalmente,—con último gesto de autómata y de prostituta—su camisa que dejó ver en toda su opulencia las caderas todavía firmes.

Y siguió durmiendo, con una contracción de pavor y aburrimiento en sus ojos envidriados, mientras la sangre brotaba lentamente del pecho y comenzaba a manchar de rojo aquellos pezones en que ahora se apagaban triunfantes músicas de lujuria...

## III

Acostado en la yerba, platicando con los pajaritos, de cara al sol con una mirada de abandono, opresora y muerta.

Nada de remordimiento. Su conciencia no estaba hecha a sublevaciones.

Recordaba, borrosamente, como esas imágenes que cabalgan en fugacidad, la muerte de

Raquel. Disparó contra la infeliz fríamente, sin trepidaciones en el corazón, sin alborotos en el pulso...

Luego la policía, los vecinos, unos brazos que lo amenazaban airadamente, que lo sujetaban con fuerza...

La prisión, los días un poco tristes de la cárcel, las visitas de los amigos, las frases compasivas, todo se iba diluyendo suavemente, hundiéndose en el olvido, desapareciendo al igual que los árboles perdidos en un garabateante recodo del camino...

Hacía un año que Raimundo Aulet estaba en el manicomio. Esto lo sabía muy bien, porque una felicidad estruendosa, una sensación desconocida, una alegría del vivir dichoso, ponía guirnaldas en su corazón.

Repasaba su vida, poblada de aventuras, de paisajes en que había vaciado su alma y que ahora le parecía un gran festival, un mundo distinto, en que no pensaba, porque su locura—rosada quimera convertida en gloriosa realidad triunfante— taponeaba vigorosamente el pensamiento y lo ceñía de cadenas..

La demencia había puesto en fuga su ser pensante, y lo empujaba a una creencia que en otro tiempo contraía en burla sus labios: la doble naturaleza en el hombre.

Creía en ella, fervorosamente, con unción de idólatra, con una adoración amplia de fetichista.

En la huída de su pensamiento había algo que rebotaba cráneo adentro: Raimundo creía tener la conciencia de su inconsciencia. Y ésto, valientemente, él se lo confesaba al cadáver de hombre desequilibrado que dormía en el fondo de su alma... El muerto reía, irónico, con su bocaza desdentada y Raimundo seguía locura adelante, sin importarle el comentario de Aquel heróico, fantasma adorado en los escondites del muy adentro.

*

* *

Raimundo Aulet empezaba a sentir unos terrores invencibles. De niño había sido extraordinariamente medroso y aquellos miedos querían resucitar ahora.

De noche no podía dominar estremecimientos y temblores, cuando se apagaban las luces del manicomio, y tremolaba el metal de las campanas la hora del silencio.

Era aquello una regresión a sus primeros años, cuando los cuentos de fantasmas y aparecidos le agrietaban el corazón y le acometían espantosas timideces.

Raimundo Aulet experimentaba los desvaríos de un delirio persecutorio. Así se lo decía al médico, en su vida diaria, con un relampaguear alucinante en los rayos negros de sus ojos y una sonrisa que terminaba en bulliciosa carcajada. Y es que el enfermo aprisionaba entre sus brazos la felicidad, una felicidad vibrante, amplia, magnífica, sin restricciones puestas por esas pequeñas contrariedades que son gotas de amargura.

El era un triunfador en la vida, un victorioso que saboreaba el éxito de la pelea. Su Quimera perseguida había sido la Locura y ya estaba loco, con una demencia proclamada, reconocida, clarineada por todos, y que unos alienistas ilustres e incomensurables habían llamado degeneración superior, lesión peligrosa en las

meninges, monomanías y desequilibrios con pérdida notable de la inteligencia, provocada por derrames en el cerebró y obstrucción en la médula.

El si era feliz. Otros cruzaban por el sendero de la vida sembrándolo y abonándolo con las tiras de su piel. El no había deseado destinos en la gobernación de su país. Era ingeniero, sin comprender el motivo de haber enterrado entre unas fórmulas y unas letras descoyuntadas la flor de su juventud triunfante.

Abominaba contra su padre que le impuso el estudio de esta carrera. Si el buen viejo no le hubiera hecho aceptar su voluntad, y en cambio le preguntara:

—¿Qué carrera quieres estudiar, hijo mío?

—Loco, habría respondido terminantemente Raimundo.

Era como esos luchadores que, desamparados de instrucción, se educan luego sin profesores, sin métodos de enseñanza, sin disciplinas intelectuales y burlándose de las prescripciones pedagógicas; al surgir, de sus noches de vigilia, de sus esfuerzos desesperados, en el silencio pesaroso de las horas, ante las velas calzadas en

botellas, repletos de conocimientos, como si el cráneo quisiera estallar al empuje de tanto acarreo de ideas nuevas.

Raimundo había querido ser loco. Era el faro de su vida. Y hacia él se encaminó, queriéndose impresionar con lecturas malsanas; buscando el desgaste de su cerebro a fuerza de drogas y narcóticos; creándose una nueva naturaleza de nervioso enfermizo y alucinado; pidiéndole a una lujuria monstruosa todas las abyecciones y todos los horrores, y coronando su obra—cadena de éxitos—con el asesinato de Raquel, el grito siniestro de su demencia.

Aquella era una carrera triunfal y Raimundo, refugiado en las últimas trincheras de su inteligencia, se veía en un auto-exámen, más grande que el político surgido de la nada y luego director de multitudes; más grande que el militar ascendiendo rápidamente, a fuerza de bravura y heroismo, más grande que todos los hombres que empenachan sus cabezas con el laurel de la gloria...

Aquel era un galope de victoria, en que Raimundo había cabalgado sobre el corcel de la lujuria; de la persecución de sensaciones nue-

vas; de los narcóticos que martillean en el cerebro encendiendo la imaginación;—amazona voladora en pavesas de placer extenuante—de las drogas que son venenos absorbidos en humaredas de alucinación; del asesinato, brutal, frío, premeditado, con el cual ponía en lo alto de la montaña la bandera de su cerebro hecho guiñapos.

❖
❖ ❖

Y la campana sonando en las horas calladas de la noche, inundaba de frío sudor la frente de Raimundo. Era un tañido fúnebre que estrujaba sus nervios; era un tañido obsesionante, angustioso y opresor, y Raimundo creía ver surgir sombras recortadas que bailaban en derredor suyo, como al conjuro del metal golpeando de hora en hora en el bronce rajado de la campana.

Sombras vagorosas de prostitutas borrachas, que le clavaban unos alfileres negros, como los que sujetan la mortaja de los muertos. Por los ojos de aquellas mujeres salían féretros verdes.

Raimundo saltaba de la cama, cuando en el silencio dormido de la noche, sonaba la campana.

Aquellas sombras lo asfixiaban. Venían a matarlo y él, de pié, en medio del cuarto en que dormía, impetraba un auxilio adolorido que no llegaba. Nadie venía a socorrerle, a quitarle de encima aquellas mujeres que lo pinchaban dolorosamente. La voz moría en la garganta. No podía gritar, ni podía defenderse.

¡Oh! aquellas sombras se parecían a los cocodrilos que le mordían la lengua.

Cuando el alba entonaba un himno sobre las ventanas de la habitación, Raimundo se acostaba nuevamente, con una gran alegría en el alma.

¡Ah! Estaba libre del delirio de persecución.

Luego venía la noche, y la convocatoria de las sombras, de las prostitutas borrachas que le clavaban a Raimundo unos enormes alfileres negros.

Y así, noche tras noche. Una angustia diluyéndose en una felicidad jubilosa.

La campana sigue sonando en las horas calladas de la noche.

* * *

Una mañana, llena de luz y de trinos, Raimundo Aulet amaneció muerto.

La cama estaba colocada detrás de la puerta de la habitación impidiendo la entrada, y empujando la cama un veladorcito, un pequeño escaparate para guardar ropa, dos sillones amarillos y una silla. Todo amontonado, como en la defensa de una barricada, detrás de aquella puerta, por la que Raimundo veía entrar todas las noches, las sombras y las mujeres aquellas, que lo desangraban con unos alfileres muy grandes y muy negros...

En el centro del cuarto, sobre un charco de sangre, Raimundo, el loco, el asesino, el suicida, con las venas cortadas, prefiriendo morir antes que caer en manos de las sombras negras, que ya se acercaban a él, que le rodeaban, que le iban clavando en el corazón aquellos alfileres, con leves cosquilleos en que saltaba un chorro de sangre.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

## IV

Al día siguiente fué la autopsia del cadáver de Raimundo Aulet.

El cerebro pesaba 1332 gramos—igual que el del célebre médico Hugues Bennet—y no presentaba ni pigmentación anormal, ni degeneración grasienta de las células ganglionares, ni alteraciones en los vasos, esto es, las lesiones que aparecen en todos los cerebros de locos.

La autopsia y el análisis micriscópico, pues, declaraban que Raimundo Aulet fué un perfecto equilibrado, "un hombre completamente normal".

Si en el más allá existen sufrimientos, Raimundo será el más desgraciado de los hombres, porque la autopsia trituraba todos sus afanes, todos sus anhelos y lo que él creyó realidad gloriosa era quimera puesta muy alto. No debe ser así, cuando Raimundo, el "loco" Raimundo, ya en su ataud de terciopelo negro, conservaba en sus labios, descoloridos por la muerte, una sonrisa triunfal, como si de sus comisuras tiraran unas hadas muy buenas. . .

# JACK

## JACK

### I

"El gran gimnasta Jack. Los mejores actos de acrobatismo. Pronto su debut".

Así trepidaba esta literatura de anuncio por toda la ciudad, drapeando por los edificios, por las vitrinas, por los periódicos, en un chorro perenne de carteles multicolores en que aparecía el retrato de Jack, vestido de mallas, que hacían resaltar los músculos formidables del atleta, y en "poses" de circo, junto a las barras donde se retorcía, en un descoyuntamiento de pesadilla, la anatomía del acróbata maravilloso.

Y las mil fotografías del gimnasta, el persistente repiquetear de un "bombo" a orquestación plena, mordieron la curiosidad del público, del buen público, que no pudo disimular sus deseos de ver aquella gloria de pista.

Ante las vidrieras en que surgía la figura de Jack—tórax abrumador, brazos de cíclope,

gallardeando sobre unas piernas admirablemente construídas y coronando la obra de la férrea musculatura una cara de Adonis, con ojos relampagueantes de voluptuosidad y los labios firmes en que se insinuaba una rúbrica sensual— las mujeres sintieron un estremecimiento de admiración a toda aquella virilidad estatuaria, a toda aquella pujanza, reconcentrada en el terrible atleta, evocando bajo las mallas pálidas la gloria caliente del arte griego y la bravura heroica de los gladiadores romanos...

Oh, sí.... Aquel desbordamiento de musculatura, junto a los ojos de fuego, tocó mágicamente las carnes divinas de las mujeres, que vieron en Jack la bestialidad idealizada...

Un empresario listo lanzó en un corrillo de periodistas, la noticia de que Jack estaba podrido de refinamientos carnales y de sensaciones nuevas, galopantes, furiosas, que surgen en una llamarada de lujuria mortal, hasta encender la médula con todos los desvaríos del placer, que pone en el cuerpo sabrosas y febriles extenuaciones.

Se dijo que el acróbata traía todos los vicios del Oriente, drogas monstruosas, que ahuyenta-

ban las fatigas y cansancios, convirtiendo las posesiones brutales, en abrazos paradisiacos que se prolongaban en un espasmo ultraterreno, deleites edénicos por los que se escapaba el alma en un burbujear de gozo, de vida triturada en mordiscos y de tuétanos calcinados...

Y junto a toda esa brama, a ese cargamento de vicio incoherente y endiablado, retemblaba el arte de fuerza y de vigor que lucía Jack en los ejercicios acrobáticos más arriesgados.

Ya está aquí Jack. Miradlo bien. Esos brazos deben triturar en los espasmos. Un Apolo, acróbata, gimnasta, faunesco y suave como una doncella, porque sus manos tienen ofrendas cariciosas de unción hecha a todas las delicadezas pervertidas.

Señoras: dicen que Jack es el mejor calmante de lujurias enfermizas.

Vosotras, las que sentís, en esas horas tibias de la siesta, las fogatas de unos deseos siempre emboscados; divinas, gloriosas, de caderas nostálgicas por frenéticas mordidas y llamear de

besos que chupan la vida y la muerte; con el diablo de las sensualidades rabiosas, siempre relampagueante en los ojos que suplican y en los labios que beben torbellinos de bestialidad; vosotras, Afroditas, Cleopatras, Lais: Ahí está Jack, el gimnasta formidable...

¡Oh, magníficas insaciables! He ahí una grandiosa virilidad de gladiador de circo.

¿No es cierto que sentís una sensación de dulcedumbre, un trepidar de locura lujuriante en las entrañas, ante esos ojos metálicos y ungidos de voluptuosidad?

¡Ah, diosas, besadas, mordidas, gozadas por Jack! Besos en mordisco. Gozo de rabia. Llamear, de abrazos que sucumben en himnos de vida.

Escojed vuestros mejores perfumes para ponerlos en los billetitos, que solicitan una entrevista con el famoso acróbata. Sabedlo: Jack tiene la obsesión de las esencias fuertes, bravías, imprevistas. Nada de perfumes suaves, delicados, rosas petaleantes en frascos de plata.

Fanny solo perfumaba sus pañuelos con éter. Jack, el formidable acróbata, tiene acostumbrada su pituitaria al olor de sexo: endiablado,

terrible, mezcla de amoniaco y salsa de almejas.

Poned ese perfume de gloria entre las letras afiladas, que supliquen la devoción viril del gran Jack.

❖

❖ ❖

Era una cena confeccionada para el paladar refinadísimo y admirable de Lúculo y es que Jack, como buen gimnasta, era glotón.

De la loza pulida de los platos surgían, como signos geométricos, patas de langosta naufragando en salsa mayonesa—con cierto olor a muslos de prostituta—alondras tiernas con suavidades de doncella y uvas y peras y gelatinas temblequeantes—azogue de frutas pimentadas—y champán, mucho champán, mancha rubia en el cristal de las copas.

Y alrededor de la mesa, Jack, el formidable, el atleta maravilloso, el mago del acrobatismo, sintiendo sobre sus piernas los arrumacos insinuantes de unos cuerpos que se frotan al suyo y unos labios que lo inundan de besos y pechuga de alondras y unos brazos que ciñen

su cuello, como una estrangulación amorosa de novela policiaca en un final de tercer acto...

Jack se aburre con incurable aburrimiento. Y con modales llenos de agradable distinción y cortesanía procura esquivar aquellos brazos que actúan alocadamente sobre la pechera reluciente de la camisa.

—¡Oh, amigas mías—le dice a sus compañeras de cena aquella noche, dos "ecuyeres" adorables del mismo circo, comed, comed. Esta langosta sabe bien.

Pero las mujeres no se resignan. Un asalto de besos y caricias trastorna a Jack. Las "ecuyeres" se mueren de calor. Un calor que las atolondra y las conmueve, como el champán, que alborea amarillento; como Jack, impasible ante el principio de la desnudez de ellas, provocativas, infatigables, en un desbordamiento de carne dura y blanca, de corsets que ponen su triunfal sensualidad junto a una fuentecita de fresas; de senos vibrantes, tumultuosos, como estrofas de almendras—globos de carne—frotándose, cariciosos, contra los labios finísimos del gimnasta.

Jack no quiere gozarlas. Le mortifican

aquellas carnes demasiado apretadas por los músculos que saltan, que trepidan, como si en lugar de besos y abrazos se violentaran por los ejercicios de fuerza y habilidad que realizan en la pista, con los caballos: triples saltos mortales, los animales desbocados, frenéticos, y ellas, sudorosas, valientes, intrépidas, que los persiguen y los montan de un brinco y vuelan sobre lazos extendidos para caer en una pirueta cabe los hipógrifos que siguen corriendo, espantados, amenazadores, y el público, que se electriza por el espectáculo y aplaude en una ovación cerrada, en crepitar fervoroso de todas las manos sonando como una granizada de entusiasmo...

A él, en el circo le aburrían los saltos y los gritos de las "ecuyeres". Aquí, en un gabinete reservado, prefería antes que los abrazos y las mordidas, cargadas de brama, de las dos mujeres, aquella salsa mayonesa, de un suave tono amarillo.

Y Jack sentía un vago estremecimiento, un súbito despertar de "su" lujuria, que le proporcionaba la quietud lechosa de la salsa, como una evocación de voluptuosidad, a cuyo conjuro

de magia, visiones de fantasía y titilar de imágenes en espejo, fueran agrupándose en su retina,—salto tremendo del plato, en que la salsa mayonesa manchaba las patas de langosta, al cerebro—en un desfiile de espectros, en un furioso cortejo de mujeres desnudas, que hormigueaban sobre el líquido amarillento, cargado de aceite y pimienta...

Era un sensualismo incoherente y perverso que se adentraba estruendoso en su cerebro. "Todo el tedio de Herodes anciano", cabrilleando como una luz de muerte—lujuria viciada en desequilibrio—y en sueño de unción, cabecitas rubias de niñas, cuerpecitos de ángeles, en la salsa pintada de topacio y en las suavidades untuosas de la langosta.

Un olvido del mundo y de aquellas mujeres, que se creían aún en el circo y se estrujaban a él y lo aprisionaban en sus brazos y lo sumergían en una catarata de besos.

Un olvido de todo y una adoración a la salsa de terciopelo amarillo, evocadora, obsesionante, como si en aquella superficie de huevos y aceite batidos con especias, se emboscaran unos dioses infernales.

Algo, como un suave letargo, fué cayendo gota a gota sobre sus pálpebras. Fastidio y aburrimiento por aquellas mujeres que se exasperaban sin obtener de él una caricia.

¿Sería el champán? No, no. Jack cerró los ojos para ver mejor.

Del plato, aún poblado de salsa mayonesa, surgió un vestido raro, una inmensa túnica amarilla que él adoraba plenamente. Y el gimnasta soñó en deleite, en lujuria, en opresión...

## II

En el fondo bien oliente de la cama, orlada de encajes amarillos, las dos "ecuyeres" ponían su triunfal desnudez—azucenas de carne—junto a la formidable anatomía de Jack. Un demonio poseso y borracho, algo como un Luzbel en vacaciones, vivía fieramente en el alma de las mujeres, que se revolcaban entre los muslos del acróbata, como encarnizadas en la busca de una incógnita algebraica y eréctil y bebían la vida del gimnasta, impasible, como un

Dios de piedra, aburriéndose entre el tumulto de las caricias, terribles y succionadoras.

Parecía muerto, inerte, un cuerpo fofo y frío estre las hogueras de aquellos brazos, de aquellas piernas de las mujeres, infatigables, rotando alocadas y siempre trepidando en una lujuria que estallaba en gritos y en injurias hacia el acróbata impotente.

Sí, porque lanzaron el calificativo con desdén, tintado de burla y de cólera. Era mentira que Jack... Impotente, sí, impotente. Y las dos "estrellas" del circo, encalabrinadas por la virilidad negativa de Jack, rugiendo de brama, unieron sus cuerpos en un aplastamiento de labios, de senos calientes y bravíos, de piernas lascivas retorcidas unas contra otras, en el más formidable absurdo geométrico.

Parecían estar en la pista· Una pista de colchones mullidos y de almohadas hechas guiñapos; azotados cuerpos y telas por un olor asfixiante: esencias de frasco aristocrático y de muslos inundados de viscosidades rabiosas, perfume de obsesión opresora, salitre con secreciones vaginales y de vida diluyéndose en vida...



Y aquel revolcarse de verriondo, de carnes vibrando, de gritos y de congojas, de súplicas que terminaban en una mordida y en una extenuación de ensueño, se coronaba en el orgasmo, como una dulce agonía...

Era un paréntesis al gemir alocado de los colchones. Y en la calma de aquella lujuria, greguería de caderas musicales y de labios suplicantes, las dos ecuyeres veían a Jack, como si estuviera narcotizado y besando con algo de abstención obligatoria, de furia soldadesca, los cortinajes amarillos de la cama, tal que en ella hubiera hallado la misma suavidad voluptuosa de la salsa mayonesa—topacio pálido de terciopelo—tan llena de ternuras y en la que el acróbata evocaba adoraciones amplias, flotando en melancolías de amores imposibles y novias muertas.

Una mano oculta había prendido en las colgaduras de damasco, que orlaban la cama en forma de pabellón, aquel color amarillo, tono rubio dorado de ácido sulfúrico, que inquietaba a Jack, sumiéndolo en letargo. Y junto a aquella seda, recogida en pliegues, el sentía la misma emoción que en presencia de la salsa

mayonesa: el mismo color, la suavidad misma y surgiendo del brocado como de la mezcla de huevos y aceite y pimienta batidos, las cabecitas rubias, la túnica amarilla y la mujer—Diosa, Hada, Quimera—que solo había visto en la salsa francesa y ahora en los cortinajes elegantes de la cama.

❋
❋ ❋

Una de las mujeres besó a Jack en el cuello. Un beso largo, húmedo, de succión y de bomba aspirante.

Fué un botón de fuego puesto en la médula del acróbata. Jack saltó de la cama y cogió a la ecuyere entre sus formidables brazos, lanzándola sobre un canapé.

Iba ya a tropezar, a caer, aplastándose sobre la domadora de caballos, en un abrazo y en un chocar de cuerpos, pero se contuvo de pronto como si una fuerza invisible lo prendiera en unos garfios de tortura.

Y huyó de la mujer, refugiándose en la cama, junto a un pliegue de los cortinajes amarillos, que ponían su triunfal damasco en derre-

dor de las maderas bien talladas. Era huída de espanto hacia el refugio adorado, era guarecerse del mal en acecho, cobijado bienhechoramente, como en palio de luz y de gloria, bajo los brocados lujosos, llenos de voluptuosidades, poblados de ternuras, como si en las telas de un amarillo dorado, se galvanizara una lujuria de muerte.

La baja prostitución asomó a los labios de las ecuyeres en un desbordamiento de palabras soeces y de insultos groseros. Aquel lenguaje torpe de arrabal cayó como una granizada de cloaca sobre Jack, que habría podido pulverizar, entre sus manos de hierro, los cuerpos frágiles y culpables de las mujeres, que no advertían, en su monstruosidad, la crisis horrenda de idealismo que asaeteaba el alma del gimnasta en aquellos momentos; que ignoraban, por su incapacidad de comprender, la adoración que envolvía a Jack, y que le obligaba a estrujar las sedas de la cama—evocadoras de gloria hecha opresión—en un beso de fiebre, de agradecimiento, de amor...

Y ya en la puerta de la habitación, tocadas con sus sombreros enormes, mientras Jack apre-

taba convulsivamente los cortinajes amarillos, le gritaron las acuyeres, arrojándole el fango a la cara—Impotente! ¡¡Impotente!!

## III

Aquella sociedad imbécil, personificada en las "ecuyeres", le arrojaba el espumarajo insolente, con rabia reconcentrada, tal que el insulto fuera a colmar el fracaso de la fama viciosa—de sadismos y drogas envenenadas—que a la llegada de Jack flotaba en derredor suyo como un estandarte bárbaro.

El público ya no acudió con el mismo entusiasmo de antes a presenciar los arriesgadísimos ejercicios del gimnasta. Era mentira que Jack fuera un monstruo de aberraciones sensuales. No había estado nunca en el Oriente, ni estaba podrido de sensaciones eróticas. Y el buen público se desbandaba del circo. . .

Jack lloraba en silencio su derrota· Las ecuyeres absurdas eran ninfómanas y viviendo solo para la lujuria borrascosa de los sentidos y de la carne, no comprendían aquella otra luju-

ria hermosa y magnífica de su alma, que lo llevaba a una voluptuosidad de todos los deseos, junto a la seda amarilla de la salsa mayonesa y a los cortinajes de brocado, que orlaban en forma de pabellón las maderas bien talladas de la cama.

¡Oh, si ellas supieran! Era cierto lo que de él se dijo. Infatigable, estruendoso en el placer de los abrazos y las mordidas, de muslos hechos torbellinos y de pezones triunfales.

El recordaba, ahora, con un poco de amargura, la tromba incoherente de algunas orgías, que le trituraban los músculos y le rompían el cerebro. Y en recuerdo de repugnancia, inventariaba las súplicas y las congojas de un afeminado—inmenso superviviente de Sodoma—siempre insaciable y endiablado.

¿Y aquellas niñitas de ocho años, más perversas y más cínicas que cualquier prostituta vieja?

Si ellas supieran: ¡Impotente!... ¡Qué infamia!

Ellas, al fin imbéciles, no comprendían sus lujurias de ahora, mortales, llenas de sobresal-

tos y de angustias, lujurias en que su alma naufragaba en divinidades.

Sentía asco por su pasado que él había ido dejando en una cama de meretriz. Y se le adentraba en asalto de fiereza, todo el tumulto de sus bacanales, llenas de alcohol, de gritos salvajes y perfumes picantes.

Y puesto en el camino de estas reflexiones, Jack, veía el momento en que estuvo a punto de aplastar con un beso de espanto, la carne perfumada de una de las ecuyeres y luego su huída—heroica, sí—junto a los cortinajes amarillos que él adoraba plenamente, como quiso a su primera novia, en que a los dieciseis años la vida parece engalanarse con flores y músicas, y hay en el aire rumores de fiesta y cantos de ilusión y guirnaldas de risas y alegrías.

❖
❖ ❖

...Y llegó la noche del beneficio de Jack, con un trepidar de espectación.

Una caravana de coches lujosos y elegantes automóviles, fué dejando en las puertas del tea-

tro, la carne olorosa y enjoyada de las grandes solemnidades, aquella vez más solemne que nunca.

Y es que toda aquella sociedad, creía fervorosamente acudir. no al beneficio de Jack, sino al suicidio del gimnasta. Bajo los escotes insinuantes y las resplandecientes pecheras, fulguraba, esa noche, el mismo deseo. Todos esperaban, con suave emoción, el instante en que Jack, avergonzado ante todo aquel gran público por lo que de él se decía, confuso y nervioso, descendiera de las barras en una caída desgraciada, en una pirueta infeliz de acróbata y en una mueca de moribundo.

Pero el público tenía que esperar, acicateando su emoción, porque Jack aquella noche, no trabajaría hasta el final del espectáculo.

Apenas si fueron aplaudidas las cuatro hermanas Recklys, unas americanitas deliciosas, vestidas de rojo, que a media luz, sobre una varilla perpendicular realizaban peligrosos actos de equilibrio.

Era este un ejercicio, que en cualquiera otra noche, habría sacudido en opresión, los nervios del público.

Sobre una mesa, una caja metálica y empotrada en ella una caña de acero. Con la barba y las manos apoyadas en la varilla, las cuatro americanas comenzaban a dar vueltas vertiginosas, en forma de torbellino o de baile de serpentina. Un voltigear horrible, que ponía pavura en el alma, como si a cada vuelta fantástica de aquellos cuerpos, forrados de rojo, fueran a saltar sobre el público·

Al terminar el ejercicio, sonaron aplausos sin entusiasmo, cuando otras veces la ovación llegaba a prender fervorosamente en todas las manos.

¡Oh!, aquel público había ido al teatro solo a ver morir a Jack...

Los "grooms", quitaron las mesas y salió una pareja de baile, a lucir sus gentilezas en el tango argentino, *turkey trot* y otras danzas de sensualismos refinados y canallescos.

Y los danzarines se imponían al público con movimientos llenos de lubricidad; ella, principalmente, carnes duras, vibrando en deleite, bajo el traje provocativo, que dejaba ver en cada figura del tango, una pierna finísima, con un cintillo de brillantes.

Luego los payasos, con sus bufonadas de siempre y sus chistes inevitables, con caídas violentas al suelo y vejigazos formidables en agresión continua, aburrieron al público, que se contentó del mal rato con los maravillosos ejercicios en el trapecio de dos italianos que todas las noches ponían a prueba la ecuanimidad de los espectadores con sus triples saltos mortales; arriesgadísimos, sensacionales, en desafío terrible de la muerte.

Otros números más: cuerda floja, una pantomima y las "ecuyeres", que el público, enterado de la aventura con Jack, ovacionó estrepitosamente. Y ellas correspondieron con sonrisas forzadas y luciendo toda su destreza de Far West sobre los caballos. Los detenían al galope, saltaban de un brinco sobre ellos y mientras los animales, mordidos a latigazos, corrían por la pista desenfrenadamente, ellas impasibles, ponían las manos en el lomo y levantaban las piernas, en alarde de valor y exhibición de carnes duras.

Y el público, frenético, loco, arrojaba a las ecuyeres, la comunión de manos en un aplauso cerrado, unánime, repiqueteante, como si fue-

ran campanas al vuelo que anunciaran la muerte de Jack, en el desbordamiento de entusiasmo cínico hacia las mujeres aquellas, que recibían el clamoreo de los espectadores, por la publicación de sus infamias estercoleras, halo de miserias y villanías sobre la cabeza del gimnasta.

※
※ ※

He aquí a Jack. Torbellino blanco de carnes en mallas negras.

Vedle cómo inspecciona cuidadosamente el arreglo de las barras, doradas, grandes, inquietantes, en el centro de la pista, puestas más cerca del techo del escenario y sin redes debajo, porque Jack así lo prefería aquella noche.

Ved al público... Aquellas mujeres, himnos de elegancias triunfales, bajo las luces eléctricas, manchas de fuego en el globo de los arcos voltaicos.

Mujeres de la aristocracia, gentilísimas, peinados rubios o negros en cascadas de guedejas deliciosas, de las que surge, hierático y arrogante, el "sprit", valioso y eréctil, sobre la cabeza

como un penacho ofendido. Mujeres, luciendo los desvaríos de la moda, cintillo negro en la garganta de blancura opulenta, en remembranza de guillotina, y el grueso collar de piedras duras y grandes, baratijas lujosas, verdes, rosadas o amarillas, goteando sobre el pecho, como desprendidas en desmayo, muerte de pintados colorines en derredor de los encajes, escaramuza adorable de piedras finas y telas de seda.

Y Jack como una serpiente, en descoyuntamiento de pesadilla, tremoló sobre las barras, infatigable, terrible, absurdo, hasta quedar sujeto al metal resbaladizo, en posición horizontal y haciendo presión con los pies.

Un minuto solemne, cabalgata de corazones, despliegue formidable de nervios, anhelos de muerte, de caída, de la presión tremenda que se afloja y un cuerpo que se desploma.

¡Oh, no! Jack se yergue sobre las barras, tras un esfuerzo inconcebible. A horcajadas sobre la superficie redonda, se detiene un momento.

Hay un pensamiento que rebota en el cráneo. Jack quiere humillar a toda aquella so-

ciedad; quiere arrojar sobre los fracs elegantes y los trajes lujosísimos, sobre aquellos escaparates de joyería y aquellos maniquíes con solapas de moaré y sedas trabadas, toda su lujuria de gloria y de cerebro astillado: lujuria grandiosa, imponente, de nerviosidad divina vaciada en un gesto espermático de Dios.

Se lanzó sobre las barras, delirante, poseso, en temblor de fiebre y de gozo carnal, mordiéndolas, besándolas, estrujándose a ellas, como a una querida insaciable y obcena. Y es que las barras, doradas, redondas, con opulentas morbideces de muslos, eran sus queridas, sus amantes, sus novias. Aquellas barras eran para Jack, la prostituta gozada en galopar de soldadesca furiosa de vino y de carne, y la mujer adorada, Quimera hecha realidad de abrazos y caricias.

Y toda aquella sociedad, mordida por la lujuria, vió a Jack en lo alto de las barras, muy alto, junto al cielo; a Jack, el acróbata con todos los vicios y degeneraciones, a Jack, el gimnasta impotente, a Jack, como un espectro envuelto en las mallas negras, salpicadas de sudor y de viscosidades gloriosas...

# ETER



## ETER

> Un olor penetrante atacó al olor amigo del opio, subyugándole....El éter.
> El éter glacial, primo de la locura y de la hipnosis.
>
> **(Claude Farrére).**

### I

Sintió que el corazón parecía estallar en latidos, como si corriera en una cabalgata de muerte, de opresión, de angustia. Un sueño raro, letárgico, colgó en su cerebro el tul de una voluptuosidad exquisita, gloria de besos, torbellino de caricias y mordiscos. Visiones en sutil desgarramiento de la conciencia, huyendo en la dorada ensoñación del sopor. Luego, el galopar fantástico de la imaginación, amazona de fantasmagoría, saltando en el muy adentro,

corcel bravío que rompiera la calma insolente de los paisajes, el alma embrujada de las cosas y siempre corriendo, corriendo.

Después, nada, nada. .

❖
❖ ❖

Estaba en su cuarto de soltero, rebuscando, espíritu íntimo, en el relicario de sus recuerdos, las flores marchitas de las alegrías que fueron, que su alma, troquelada a turbulencias y rebeldías, vivió en la fugacidad vagorosa del placer que huye.

Juan Gabriel se torturaba con su egoismo. Le parecía absurdo, lo creía, a veces, ridículo. Ermitañismo culpable sobre el que dejaba pesadillas de anestesia. Vivía para él y para sus sueños de artificio, que acaso anormalizaran su inteligencia, pero que retribuían placer, éxtasis, ensueño, lujuria. . .

Ante el espejo, anudándose gentilmente la bohemia desgarbada de su corbata, pensó, sin que al restallar del pensamiento floreciera el sarcasmo en sus labios, en la novia ideal, flor de

gloria, que él creyó ver en una imperiosa figura de terracotta y en un cuadro de Sorolla, ese lienzo admirable "Después del baño", en que la imagen prodigiosa de una virgen desnuda parece surgir bajo una lluvia implacable de ambar, que es su cabellera, divino penacho al viento; bajo una suave tonalidad de nácar que se irisa, que es el triunfo rotundo de su cuerpo.

Juan Gabriel pensaba en arte y en sensualidad. Artística sensualidad de extravíos delirantes. Le obsesionaba la muñeca, que puso en el lienzo la gloriosa paleta del pintor español.

En su monólogo se sintió celoso. Unos celos de incoherencia que le mortificaban. Un odio a la tela que guardaba la figura vivida en los escondites de su cerebro; odio a las olas que besuqueaban los tobillos de la virgen; odio a los pinceles desgreñados y a la mezcla magnífica de colores, que dejó en los ojos de la diosa una entonación de verde mar.

Luego, su mirada tuvo un temblor agitado sobre el frasco de éter, grande y repleto, puesto en la mesita de noche· Aspiró un poco y se creyó un Aquiles, sin talón vulnerable, en su

torre de marfil, en la coquetería de su cuarto de soltero.

En el perenne desvanecimiento de su cerebro, oyó un ruido de bronces, que hablaran y gesticularan y los metales se transparentaban como joyas líquidas... y en el fondo de las sonoridades dormía el poema de la brama angustiante: unos ciervos revolcándose en espasmo salvaje.

Juan Gabriel se asomó al balcón, para mirar a la calle. Iba a salir después de una reclusión prolongada, impuesta por la droga. Vió una mujer y se acordó del lienzo de Antonio de la Gándara, de "La Dama Verde", cuyo misterio, "en fervor y en melancolía", dejó Lorrain en la suntuosidad de esas páginas de Sonyeuse, adoloridas, en la evocación de la infeliz muerta, que duerme en el Cementerio como una decapitada.

Todavía en el balcón, viendo acercarse el prodigio estatuario de un cuerpo femenino que vibraba armoniosamente, aspiró más éter. Sin embargo, estaba decidido a seguirla. Aquella mañana se había levantado con nobles ansias de rectificación y un ánimo rancio de aventurero.

El narcótico ponía en fuga sus devaneos sensuales y Juan, en esta hora engarzándose en sol de fragua, sentía un vigoroso resurgitar de los sentidos puestos en laxitud.

Decidido, sí. Sonrió con amargura, con incredulidad dolorosa. Rictus de náufrago, escepticismo de camposanto. Y la sonrisa en piedad burlona, parecía un comentario al correr alocado de los pensamientos: una carrera apenada, como torneo de alucinación.

—¿Y si aquella mujer era su quimera? Llegó a pensar, sin reirse, en el holocausto de su egoísmo y en su consagración, llena de dulzuras y delicias, a una novia, que luego sería su mujer; que le hiciera olvidar sus desequilibrios mentales, su "vicio", principalmente, ante el cual ya comenzaba a sentirse vencido, dominado, sin fuerzas para responder a los asaltos del anestésico, que ponía en su cerebro las doradas mallas de unos delirios monstruosos y dejaba en su corazón—según le había explicado un médico—el principio de un padecimiento cardiaco.

Queden los narcóticos para otro. Bajaría de su refugio, a las realidades de vida palpitante. La imaginación moría triste, vaciada

en un perfume. Se haría burgués, metódico, arreglado y pondría en olvido aquel culpable paraíso artificial, donde él, tan ampliamente artista, buscaba visiones de incoherencia y extraía figuras enfermizas y se arrojaba en mundos inexplorados, en panoramas sin nombre, ríos como garabatos de agua eterna y montañas somnolientas, hinchadas y muertas. Y allí, en los recodos de su fantasía, se pudrirían los cadáveres de sus lujurias, agazapadas, como arañas rojas, que se movían endiabladamente al chorro del éter, trepando por la nariz hasta el cerebro.

Pensó en la quimera y sintió la frialdad pavorosa de la muerte. Y con tal refuerzo se encendió su voluntad en luminarias de rebeldías: el frasco rodó por el suelo, rompiéndose en pedazos y Juan Gabriel salió de su cuarto...

Huía... En una fuga de catástrofe, asaeteado por el peligro, impulsado por un afán de renuncia a su vida actual—estallido de extravagancias—en que los vicios se emboscaban y luchaban contra su organismo en reñida escaramuza.

Bajó las escaleras del hotel, en una desenfrenada carrera tal, que no advirtió las miradas maliciosas de otros huéspedes, que alrededor de su vida ponían la hiel de unos comentarios torpes, maldicientes, envenenados...

En su huída no quiso ver sonrisas que pinchaban dolorosamente; ni quiso oir palabras, que como las sonrisas iban a clavarse en su vida y en su vicio, dejando en pos murmuraciones imbéciles y absurdas leyendas: al fin girones de honra...

¿Era altivez de su espíritu fuerte, desprecio bravío a la murmuración tropajosa que cabrilleaba sobre su nombre, engastándolo a todas las aberraciones? ¿Era acaso, su indiferencia, brote primero de la enmienda, golpeando en su puerta?... ¿O la gloria del vicio?...

Juan estaba en la calle, en la puerta del hotel y al clavar ahora su vista sobre el asfalto, tuvo un crispamiento de asombro, como si ante sus ojos, surgiera, imperativo, el recodo desconocido de una urbe, con casas babeando sobre las aceras y todo el encanto de lo que estalla en la retina con la luz de la novedad; así la droga había puesto en su cerebro las gasas

del visionario, arrancando la memoria y volviendo la mirada, en obsedida fijeza, al paisaje colgado de las alucinaciones.

Y la vulgaridad insolente de un retazo callejero, insinuó en el alma del enfermo una tristeza magnífica, hasta precisar el recuerdo de los días pasados, cruzando y recruzando, sobre su cuarto, entre las paredes, cargadas de cuadros y figuras que se descoyuntaban en los letargos de la embriaguez etérea, a solas con el narcótico glorioso, en olvido del mundo, perdida la noción del tiempo—absurdo y ruin que nos chupa la vida como un vampiro hambriento—en vuelo gigantesco de la imaginación espoleada por el perfume—¿una luna roja, aquella orquestación de suavidades?—y sobre la mesita de noche, alineándose los frascos, receptáculos de éxtasis, ensoñaciones y lujurias.

La mujer—su Quimera, pensaba él, en burlón y en creyente—cruzó por su lado, envolviéndolo en la magia de una mirada azul y en el olor picante y exagerado de sus esencias.

—Ojos, que son por mi mal
estrellas de otro horizonte,

pero la galantería, iniciada con esos versos gallardeantes de Marquina, se heló en la garganta de Juan. Quiso seguir y no pudo. Frío en sus manos, frío en su cabeza. Algo como un avance de la insensibilidad. El corazón parecía iniciar un galope fantástico, y Gabriel sentía pecho adentro un estruendo de músicas que estallaban en una algarabía de locura, en un estrépito que conocía perfectamente y que al sentirlo—heraldo de la turbación letárgica—ponía un destello de luz en sus ojos de soñador, apagados y sensuales.

Luego un ruido finísimo, sutil, apenas perceptible, como una gota de agua que golpeara débilmente en el cerebro. Un piano de muy lejos, probablemente del más allá, que una mano de fuego fatuo hiciera vibrar siempre y siempre en la misma tecla, en el mismo acorde, en la misma entonación. Un silbido alucinante de un tren que huye. Un grito monorrítmico y fervoroso del narcótico, rumiando células cerebrales y orlándolas de incoherencias...

Era el éter que había aspirado, mientras vistiéndose se encrespaba el tumulto de sus pensamientos. Era la droga, que, actuando direc-

tamente sobre el cerebro—así le había explicado un médico—desviaba el torrente circulatorio y le hurtaba a los vasos del corazón gran parte de la sangre que iba a refugiarse endiablada, cráneo adentro. Era aquel paraíso artificial—divino y glorioso—quien ponía hielo de insensibilidad en las manos de Juan Gabriel. Era el narcótico, que dejaba flacideces magníficas en los músculos, que le arrancaba la cabeza del tronco, que lo arrastraba, brutal, irresistible, tiránico, a un manicomio, vaciando en la zarabanda de los sueños—galopantes, saltando de una idea a otra, sin nexo y sin acuerdo, como mariposas borrachas — aquelarres que volcaban dentro del cráneo lujurias de muerte, pesadillas de locura y agonías de atormentado, todas las ansias en celo y en acecho, recalentadas por deseos culpables, por anhelos enfermizos, como si una ley de herencia prestigiada por fantasmas crapulosos, sádicos y depravados, hablara con voz terrible en las alucinaciones.

Era el éter...

Juan trepó los escaleras. Creía ascender al cielo. En su precipitación, en su impaciencia, en su angustia para llegar a su cuarto, quería

poner una fé de erratas, rotunda y valiente, a su huída de antes—nefanda claudicación—a su fuga, a su retirada, sin gloria, que agrandaba la derrota.

Allá abajo, que el rebaño miserable siguiera la torpeza de su caminata, espíritus amorfos, sin pasiones y sin lujurias de drogas. El viviría aquí, en la arrogancia de su cuarto, muy alto, sobre el vulgo arrastrándose en reumatismos de almas. Ahora escapaba del mundo, en arranque definitivo del vicio imponiendo su bendita tiranía de sueños fantásticos y letargos morbosos.

Por eso, ya casi inconsciente, en rehenes del anestésico sublime—de su líquido fraternal—subía Gabriel aquellas escaleras empinadísimas, en rectificación airada, en protesta estrepitosa de sus imbéciles arrepentimientos, de su fugaz adoración a las quimeras que se visten con medias caladas y trajes provocativos, y que él en pretensa apostasía había querido colocar en el círculo que ocupaban sus ensoñaciones y sopores diluídos en éxtasis lujuriante.

¡Oh, sobre la gloria del éter había puesto la injuria de un "yo pecador" absurdo. . .

Y llegó otra vez a su habitación. Frenético, espasmódico, poseso, sacó de la mesa de noche varios frascos y algodón en rama. Una marinería mordida hasta los tuétanos por el alcohol y la lujuria, que se lanzara contra la prostitución en espera, así cayó Juan Gabriel sobre el modesto mueble donde guardaba—como un tesoro, como una reliquia—los frascos de una libra del prestigioso narcótico.

Vació uno hasta la mitad de una copa y el líquido volátil, fué a caer en el estómago glugluteante de frialdad.

—En el río aquel, de aguas lechosas y sucias, mojaba su pubertad de pezones adorables y caderas henchidas como una fruta perversa, aquella niña que tanto buscara. Ya la tenía. No podía escapar. El, con ansias formidables de violación, estaba en acecho. Pero el agua era un espejo que reflejaba la imagen de una novia que le saludaba desde el cielo. Un cielo pajizo de tempestad y el agua ya no existía, porque la doncella se la llevó en un cántaro que había pertenecido a los Borgia...

Luego cogió pedazos de algodón, llenos de éter, que aplicaba febrilmente a la nariz.

—Una danza rara, sí, porque la mujer era un esqueleto que bailara. La luz eléctrica transparentaba el tórax de la mujer. Rocas al fondo. Un decorado negro, y de una estrella verde, con horribles fosforescencias de esmeraldas, salía un fantoche empenachado que era un macho cabrio.

Otro frasco... Y otro y otro.

Parecía detenerse la circulación de la sangre. Los ojos del pobre enfermo. del sublime vicioso, se agitaban en un doliente errabundeo, llenándose de rojo. Se amortiguaron, hasta perderse, los sonidos. Un turbión de sangre, rugía imponente en el cerebro.

Le debía esta glorificación al éter, dijo Juan con voz tartajeante invadida por la anestesia que llegaba.

Y cayó, trémulo, delirante, en el suelo, sobre el frasco roto, sobre los toscos pedazos de vidrio, que sus labios exangües, besaron con rabia, con furor, con delicia, como se besa únicamente en las noches de mortal lujuria.

## II

—¿Tú lo crees, Amelia? Este pobre cerebro roto, destrozado, hecho astillas a fuerza de sensaciones bruscas, no es posible que vuelva a su estado normal. Yo, sin embargo, no quisiera salir de esta casa de salud. Aquí vivo la vida del silencio, la vida de la piedad, aquiétándose en las copas de los árboles, una vida que se deshace en rumores de convento y de sinagoga; que surge, como un hálito de compasión, en las camas de los enfermos y en el doliente rebullir de los desdichados que sufren. Yo vivo muriendo, como Santa Teresa, si la terrible mística de Avila no protesta de tal comparación. ¡Ah, Santa Teresa, la lujuriosa! Recuerdo aquellos versos con que golpeó el corazón de Pipino el Breve.

Ella, quemada en el fuego de todos los amores, abrasó sus rimas en fogatas de lujuria vaginal, consumiéndose a fiebres y angustias. Pero el padre de Carlo Magno, escribió la respuesta con el hierro del desdén. Prefirió una princesa de la Turingia, el país de los encantamientos.

¡Pobre fervorosa! Y pensar que en aquellos versos se galvanizaba un alma en pena. Un alma que estallaba diciendo:

Quiero morder tus labios de agonía
tus labios de poseso, tus labios de hospital
para poner en ellos la flor de mi letal
melancolía·

Son versos tristes, Amelia, versos que parecen un "de profundis". También Petrarca amó a Laura y le cantó de esta manera:

Quisiera poseerte el ciclo de una noche:
Entonces fauno, sátiro, demonio lujuriante
sabría consolar tus nervios de burdel.
Y en el cáliz vibrante
de tu sexo divino y cruel
bebería la vida, y uncioso, fervorante,
dejaría en el cáliz mis labios de hiel.
Quisiera poseerte el ciclo de una noche.

Rima de amores endiablados, Amelia,
como tu cabecita de brocado
negro y tus labios, "allegro".
de espíritu atormentado.

—¡Ah, la visión! El buho que aletea sobre mis sábanas toda la noche. Tiene una melena rubia de oro pulverizado. Y en los ojos dos faroles de púrpura. La visión, Amelia.—Luego un verde de moribundo, ponía sus manchas en las mejillas pálidas de Juan Gabriel. Había un temblorear agitado en su cuerpo y un desvanecimiento momentáneo de todo su ser.

Amelia, la enfermera, redoblaba la dosis de cafeína cuando el síncope duraba mucho tiempo. Cumplía la prescripción facultativa, con lágrimas en los ojos y un grito sordo en su alma joven, sin comprender porqué corría el llanto que empañaba el azul de los ojos y contraía su cara en estruendos de guiñolerías.

¿Era acaso, que su corazón, encendido en la llama de los diez y ocho años, parecía estallar en una rebeldía gloriosa ante la catástrofe de la juventud de Juan Gabriel, que el vicio confinó, primero en aquella casa de salud, y que arrastraba en un asalto decisivo hasta un espantoso desequilibrio mental?

Sabía, sí, que amaba a Juan Gabriel, porque amor era aquello que le bailaba en el pecho, que la llevaba continuamente al lado del

enfermo y que por amor una noche en que el loco suplicó con toda la rabia de sus delirios, ellá cerró los ojos y dejó la azucena roja de su virginidad entre las caricias opresoras—que olían aún a éter—del pobre joven. Solo que aquel amor, un poco culpable, no advirtió porque había brotado con tan dulce calentura en su alma.

Juan Gabriel volvía a la vida después del desmayo.

—¿Sabes lo que he soñado, Amelia? ¡Ah! Este desvanecimiento me ha puesto malo. Me duele el corazón. Un zumbido extraño me atolondra, como si dentro del cerebro llevara encerrado un animal que se debatiera en convulsiones, por salir y escapar... Pero... figúrate un inmenso cementerio que tú y yo visitábamos una tarde muy triste, porque una lluvia menudita mojaba la tierra, que dejaba ver cráneos enormes y esqueletos que parecían murciélagos negros y viscosos. Y era un cementerio poblado de ruinas y pudriéndose en desolación. Yo me acercaba a los nichos, a las tumbas y todos los muertos con figura de ángulo diedro trazado por inexperta mano—salían de sus

criptas, aturdiéndome con un olor inexplicable, alcohol muy picante que me quemaba la nariz y me hacía dormir. Y todos los muertos se parecían a tí. Eran tu misma. Tú que me dabas a oler tus cabellos, el aliento, tu nuca en que burbujeaba algo muy blanco y muy sutil que se evaporaba y se metía en mi corazón. Todo tu cuerpo diluyéndose en sombras blancas y en un perfume... No recuerdo cual, porque esto ocurrió hace muchos años, en la época de los reyes incrustados en topacios.

Y Amelia, en temblores y extravíos, arreglando las almohadas del sillón en que estaba el desdichado:

—Cálmate, Juan. No hables tanto que te fatigas. Luego, con un relampaguear en la mirada.

—¿Soñabas con el éter, verdad? ¡Oh, Juan mío!, con un besuquear de gata sobre la frente del enfermo.

—Si, Amelia. Déjame seguir.... Si no me canso. Los muertos, el olor, un perfume y la cabeza empezaba a darme vueltas. Tú, —con una voz alucinante, martillando cada palabra—habías perdido toda forma corporal.

Yo veía solamente una gasa, un tul, un lienzo blanco que se confundía con la tela de una araña. Y esa gasa eras tú, una gasa que iba narcotizándome, a lentitudes, como una agonía desesperante y horrible. Tú acercabas tus labios a mi boca—tus labios, lo único corpóreo, tangible y humano que en tí había—y en cada beso algo muy frío hacía contraer la lengua en un espasmo de alcoba. Y un muerto gigantesco—un Goliat que tenía tus cabellos—arrojaba sobre mí, pedacitos de vidrio, y unas gotas heladas golpeando en mi nariz me recordaban pasajes de la mitología escandinava que yo leía en un alfabeto sucio y empolvado. Y tú, como un espectro...

—¡Mi pobre Juan! Yo le suplico. No sigas. Eso te hace daño y a mí también—agregó la enfermera, mientras una risa fúnebre se escapaba diablescamente por las comisuras.

—Pobre Juan....—como un eco apagado, como un sollozo de muy lejos, a manera de un quejido doliente. Y pobre Amelia—rematé con bravía entonación. Luego, con la voz alucinante de relator de ensoñaciones...

—... Porque yo he visto tu espíritu. Lo ví en esa horrible pesadilla. Tu espíritu era una gasa llena de éter, nada más, Amelia. Una droga de muerte. ¿Qué importa qué yo te ame, que te adore, si mi amor ha envenenado tu alma? No estoy loco todavía. En esa alucinación tú has surgido como un fantasma sacrificador y vengativo.

—No hables más, bien mío, que eso te cansa con exceso. Mira, es la hora de tomar las gotas de digitalina.

Juan tuvo un amodorramiento sobre las almohadas y Amelia cumplida su misión, huyó del pabelloncito, prendida en pavuras, con un regurgitar trágico en su alma dt muñeca frágil.

La pobre niña advirtió que, cráneo adentro, reñían fiera batalla las ideas más absurdas. Las palabras de Juan Gabriel habían cabrilleado sobre ella en abrumadora opresión. Pensó en la noche que sacrificó su virginidad y para el recuerdo tuvo una ofrenda de burla, que fué a incrustarse en una carcajada rompiendo el silencio de su cuarto.

—Si, si. No amo a Juan. Y lo quiero sin embargo. . . — y las palabras rodaron de los labios como en lenguaje de poseso. No amo a Juan, pero adoro al eterómano, adoro al anormal, adoro al desequilibrado.

Ahora se hacía la confesión valientemente, con rabiosa sinceridad mucho tiempo comprimida en el muy íntimo. La flor de su virginidad no la arrojó ella a los pies del galán enamorado: fué para el demente, para el alucinado, para el vicioso. Y esto se lo gritaba ella, ahora, a su alma, como un reproche, por su cobardía de no decirse antes, que no amaba a Juan Gabriel con sus ojos azules y su delgadez elegante y altiva, sino al hombre que la sublime droga arrojó como un guiñapo estrujado en aquella casa de salud.

El éter. . . El había recluído allí al pobre joven. Por eso quería á Juan Gabriel; por eso adoraba al narcótico. Y al pensar en la droga sentía una magnífica turbación. . . como aquella, cuando en la soledad de su alcoba devoraba volúmenes de literatura malsana y luego besuqueaba ferozmente a sus compañeras de labor.

Era un pensamiento fijo que roía y depravaba su cerebro. Una, como miopía medular de sus diez y ocho años le velaba aquella formidable lujuria, que rugía ya en su alma, sin haber sentido los delirios alucinantes del narcótico. Y este anticipo de sensación desconocida, era para ella—no en plena conciencia de las ideas, precisas y ajustadas—voz rotunda de una predestinación gloriosa.

Después la cabalgata de los pensamientos, piafó en inquietud. Y Amelia evocó el coito pristino con Juan Gabriel, que aquella vez olía a éter y el perfume terrible, tuvo una caliente alucinación de lujuria, dilatando el espasmo en un beso tan dulcísimo, que el enfermo en congoja le susurró.

—¡Oh, Amelia mía! Me llevas la vida. Y estuvo a punto de desmayarse.

Ya acostada y desnuda, asociando el cerebralismo lujuriante al remedo de la noche de amor. Amelia revolcó sobre la cama, toda blanca en alarde de blancura, su cuerpecito, música de encantos, de piernas bien torneadas y de caderas que se abrían en una curva genial y admirable.

¡Oh, el narcótico prodigioso que había anormalizado el cerebro de Juan Gabriel!...

—¿Y si ella lo aspirara? Con qué mágico fervor escuchaba al enfermo, cuando le narraba con aquella voz, sibilante, sus alucinaciones, sus desvaríos, el estado letárgico que producía la droga, los sueños dulcísimos... Todo el tumulto de sopor paradisiaco que el éter y la imaginación fabricaban dentro del cráneo de Juan.

Volvieron los pensamientos espoleados por la obsesión: lujuria prestigiada en los ensueños del paraíso artificial, que comenzaba ya a dominarla, a vencerla, poniendo sobre ella un halo perverso de curiosidad enfermiza y de culpables deseos en acecho, histéricos y delirantes. Y aquella obsesión de lujuria letárgica, era como un torbellino que se acercaba y la iba a enredar como un maelstrom fantástico.

¿Y si ella se había enamorado de Juan Gabriel por su vicio, ¿porqué no vivir las emociones, los éxtasis y las delicias del narcótico? El argumento restalló, terrible, en la adorable cabecita de Amelia.

Si antes creyó cobardía no confesarse desde la primera vez que en Juan amaba su segunda naturaleza—el desequilibrado, el anormal, el eterómano, desligado absolutamente del hombre, del joven que la hablara pleno de adoración; ahora, creía torpeza y desmayo, sintiendo unas vehemencias que la quemaban las entrañas, no tornarse hacia las ensoñaciones de la droga, hacia sus desvaríos alucinantes, hacia sus lujurias magníficas.

Sí, porque una sensualidad mística se precisaba en estos anhelos morbosos de Amelia. Para ella—amante de Juan Gabriel por su degeneración—la droga que había triturado el organismo del enfermo, era como un demonio órfico que ella iba a gozar—aspirando éter—cual un príncipe rubio de historieta romántica.

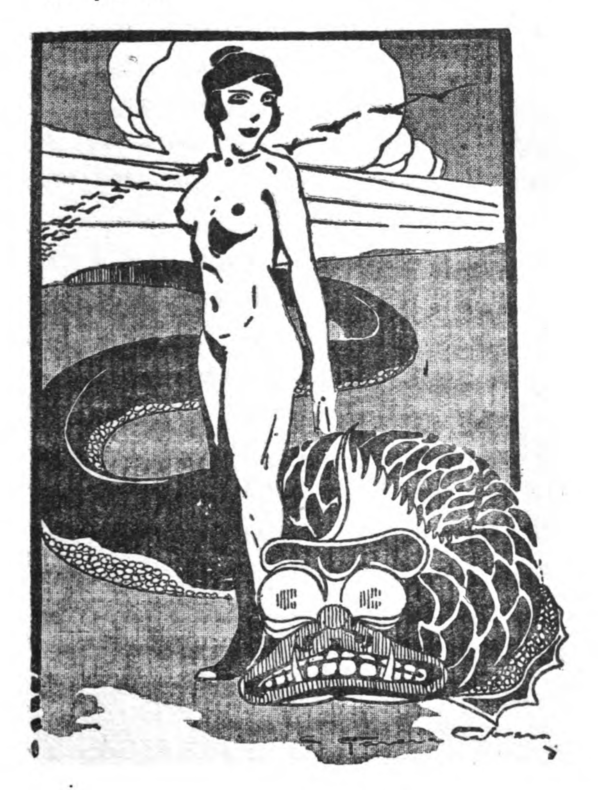
En el botiquín de su habitación había varios frascos para anestesia.

Destapó uno y lo aplicó a su nariz, aspirando débilmente. Retiró, luego, el frasco y otra vez aspiró, haciendo así varias veces.

Después sintió vergüenza por lo que ella creyó indecisión y cogiendo un pedazo de la

sábana la humedeció del líquido y aspiró con fuerza.

—¡Me ahogo! ¡Qué olor más fuerte y más penetrante. Dentro de la nariz hay algo que me quema.



Empleó nuevamente el primer procedimiento. Acostumbrada ya la mucosa a los vapores del líquido no sintió picor y el narcótico fué trepando por la pituitaria hasta el cerebro.

Una respiración muy larga, prolongadísima. La droga empezaba a afinar sutilmente los sentidos y Amelia oyó una transpiración casi musical, como un silbido lejano, inconcebible.

Seguía aspirando a cortos intervalos. Introdujo la boca del frasco en una de las alas de la nariz y colocó un dedo sobre la otra. Aspiró con fuerza, saqueando el líquido que subía al cerebro en principio de anestesia.

. . . Y cogió del botiquín otro frasco.

—¡Oh, bien decía Juan Gabriel! . . . . Y la mano libre de Amelia tuvo un arabesco caricioso entre las corvas, ascendió por los muslos, desbordándose en rosada opulencia, acurrucándose nerviosa entre el triángulo provocativo de placer y de vida.

La profecía mental, oferta del cráneo que hablara de lujurias etéreas, se insinuaba en cumplimiento solemne. Bien lo comprendía Amelia, que en la turbación letárgica, sin

pérdida de la conciencia, sentía una dulce embriaguez, que hacía experta su mano—como en otro tiempo—y la obligaba a maniobrar hábilmente, febrilmente, entre sus muslos gloriosos.

Y aquel espasmo que parecía anunciarse en torturas y en deleites, porque la misma incomprensible y nunca sentida sensación de bienandanza y de sensualidad sabrosa la atormentaba y la excitaba hasta lo desesperación—fué para ella—urna de voluptuosidad—un grito del alma y del cuerpo, de los pezones eréctiles, de las piernas retorcidas, en un culebrear angustiante sobre la cama, en una frotación del cuerpo en blancura y en delicias.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En laxitud, en agotamiento, sobre las almohadas, Amelia, ahora, sin aspirar éter y con los ojos abiertos, pudo darse cuenta—sibaritismo admirable de la embriaguez—cómo el narcótico iba poblando de visiones nuevas su cerebro y aflojaba sus músculos hasta insensibilizarlos: y los malabarismos de la imaginación vieron aquella cabecita rubia, aquel niño de ocho años, su primer novio, que murió de tifus. Una tar-

de que llovía mucho le enterraron. Ella lloró al infeliz muchachito y los jilgueros que había en el patio de su casa dejaron de cantar. Y cuando algunas tardes llovía, ella dejaba correr sus lágrimas.

Siguió aspirando, porque se iba el sopor.

—Una figura encuadrada y afiladísima. Bajo los ojos, tiene dos heridas profundísimas, dos agujeros inmensos por los que se ven unas llanuras muy blancas, tan blancas, que aturden y alucinan. Y dentro de los ojos de la figura está Juan Gabriel, que se parece a su primer novio, que lo llevaron al cementerio una tarde que llovía mucho.

—Ahora estaba ella en un jardín con Gabriel, que le besaba los cabellos, porque decía que estaban impregnados de éter... Sí, Juan, te contaré la historia, porque eres un celoso absurdo. El tenía ocho años, yo doce. Mis pechitos se insinuaban como unos melocotones que remataran en unas puntas rosadas. El los besaba sin saber lo que hacía. Yo sí... y me gustaba su inocencia, su candor...

—Una rosa, casi negra, que llevó a un baile de máscaras. No pudo terminarse, porque

dentro de la flor estaban unos terribles animales con unos colmillos muy grandes que salían de la cabeza plateada.

—Es un hilo dorado lo que está arriba del espejo... Si yo no tengo los cabellos rubios. No los beses. Fíjate cómo el hilo empieza a dar vueltas sobre el espejo. Son gnomos que se persiguen. El hilo era la Bella del Bosque durmiente, la que cantó el poeta... Entró por ahí, por esa puerta. ¿El retrato ese? No me preguntes. Me voy. ¡Qué país más raro! Una corneja, otra, otra. Y no tienen ojos.

Una tarde que llovía mucho...

Amelia iba perdiendo las fuerzas. El frasco, rodando de sus manos, cayó sobre la boca, dejando en ella la frialdad de unas gotas, que la reanimaron.

¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! En su cuarto. Se levantó. Vibró la conciencia. Y se vió ante el espejo, desnuda y blanquísima: talle afinado, quebradizo del que surgían como jarrones hinchados las nalgas brincando de lujuria.

Miró el reloj. Hacía tres horas que estaba en su habitación. Miró el botiquín. Quedaba

un frasco grande. Miró la cama y advirtió una humedad viscosa y picante...

Se acostó otra vez, tambaleante, con las pupilas dilatadas en fijeza, ligeramente estriadas de rojo.

Sentía un poco de fatiga, como si hubiera cruzado sobre ella el galopar de besos y mordidas. Pero quedaba un frasco...

Cogió algodón que humedecía y aplicaba febrilmente a la nariz. Y siguió soñando, soñando, en una eterización, gloriosa, brutal, lujuriante...

—Juan Gabriel la besaba en un beso largo, embrujador, mientras el niño que se murió una tarde no cesaba de reir.

El enfermo era insaciable y sus besos quemaban. A ella le gustaba más un pavo real que había en su casa.

—Ven, adorado mío, es a tí, solo a tí, a quien amo con toda mi alma. Envuélveme en tus plumas. Aquí tienes mi cuerpo, es tuyo, cosquilléame dulcemente, con suavidades de terciopelo. Aquí en los pezones; ¡qué alegría! Déjame besar tu cola estallando en todos los colores, para emborracharme de belleza y de

sensualidad... Por aquí...pícame en la columna vertebral... así, ahora que haces la rueda, déjame besarte. No te vayas, acaríciame con tus plumas, duerme a mi lado toda la noche...

Es el terrible perfume, adueñándose del cerebro, perturbándolo, resquebrajándolo, hasta adornar las células con la monstruosa aberración de una lujuria horrible por el metálico plumaje del ave...

Amelia sigue soñando...

—Ahora, el pavo-real, en agotamiento y en sensualidad desplegaba al aire el abanico prodigioso de la cola, y Amelia se recordaba de la descripción que hizo en una fiesta escolar a propósito del campamento de Boulogne.

—¿Y aquel ruido?... Nada, en este momento. Se acabó todo. Un silencio huraño, como si el reposo fuera un gato con uñas terribles. Cállate, reloj. ¡Ah! Si lo llevo aquí dentro, junto al pecho. Una abeja que agoniza al lado del corazón.

—¿Y mis manos? ¿Dónde están mis manos, tan blancas y tan afiladas? ¡Pobrecita de mí! No podré acariciar a Juan.

—Una túnica de humo. El humo es muy blanco y va enredándose en mis cabellos, que me arrancaron los enanos.

Después, la cabeza, toda en palidez y en anestesia, se derrumbó sobre las almohadas. En el muy adentro la imaginación tuvo una quietud solemne, atenta a la canción que no se acababa nunca y que parecía entonada por muchas voces. Voces de presidiarios y de comparsas carnavalescas.

. . . Juan Gabriel cantaba tanbién. Y cantaba el niño que enterraron una tarde que llovía mucho. Y cantaba el pavo real después de haberla gozado a picotazos de fiereza, porque así le gustaba a ella.

Sueño de insensibilidad absoluta. En la pérdida de la conciencia, Amelia tuvo un movimiento de sonámbula: otro pedazo de algodón lleno de éter. Aspiró con ansia, exasperada a vehemencias torturantes.

—Bueno Juan, toma mis labios, muerde mis tetas. Pero ¿porqué quieres arrancarme el corazón? ¿Porqué?. . .

## III

Era un desbordamiento de felicidad, jubilosa, risotera, infantil, bailando en los ojos y en los labios de Juan Gabriel, acariciado por todas las delicias de un amor desconocido para él, y que ponía estremecimientos y temblores en su alma, festejando su corazón, que solo había latido en las camas de las meretrices, con la indiferencia lasciva de los que llegan con su linaje de bestialidades y se van en frialdad tranquila y cumplimentera de la fisiología.

Por eso cuando una noche, en la casa de salud, gozó a su enfermera, el espasmo acudiendo engalanado en gritos y alborozo, fué para él como una resurrección gloriosa de sus sentidos, atrofiados por el anestésico y repletos de prostitución mal oliente.

Luego, cuando estuvo convalesciente se encontró prendido en los encantos de Amelia, enamorado como un colegial, sintiendo que algo innominado y misterioso se adentraba en su alma y le hacía desear continuamente la presen-

cia de la joven y hablarla y comérsela a besos y caricias.

—Amor, pensó Juan, sepultando para siempre su prestigioso escepticismo de otros tiempos.

Y después, con fervoroso recogimiento:

—Es tan buena y tan cariñosa esta Amelia, pensaba, esperando su llegada. Cuando esté bueno nos casaremos y seremos muy felices.

Posaré mis labios en tu limpia frente
y nos besaremos como dos hermanos

sí, así, como dijo un poeta. Me gusta tanto el ébano de sus cabellos. Y los ojos que parecen estrofas de azabache. Y sus manos expertas y unciosas. ¡Ah! Y aquel gestecillo de fruncimiento que pone en sus labios.

...Llegaba Amelia y los dos amantes muy juntos, con las manos enlazadas, se adoraban entre las avenidas del sanatorio.

No le había dicho ella a Juan Gabriel que una noche se embriagó con éter y soñó pesadillas de lujurias formidables y monstruosas.

No le había dicho ella a Juan Gabriel que joven respondía con la efusión de siempre y en apariencia la noche pasada en rehenes del nar-

cótico no había abierto un surco en la vida de la enfermera.

Y Juan Gabriel se sentía feliz, plenamente dichoso y alegre, como un niño en vacaciones. Estaba casi bueno. Se había fortalecido su cerebro y el médico que lo asistía, confiaba en el más pronto restablecimiento. Habían desaparecido, además, los síncopes periódicos, producidos por el desgaste del pericardio, que eran peligrosos, amenazando siempre, en su terrible repetición, la vida del paciente.

El régimen del sanatorio, el empeño del facultativo en curarlo, una vida tranquila, sin asaltos de sensaciones nuevas, deslizándose en ondas de placidez, sin preocupaciones, sin cerebralismos malsanos, sin lecturas que lo fatigaban, exasperando sus nervios y sin la droga, cuyo abuso culpable lo había llevado a aquel sanatorio, todo era una contribución a la salud de su organismo.

Y principalmente el amor de Amelia, aquella adoración en que se envolvía, como un éxtasis divino y un ensueño de gloria.

La quimera rosada, bien pudiera llamarse Graciella o Virginia solo que el traje de enfer-

mera deterioraba el conjunto y ponía sobre el triunfante romanticismo la vulgaridad de las vestiduras.

¡Oh! aquellos paseos uno al lado del otro, entre los árboles, a la orilla de un arroyuelo que gemebundeaba y al cual llegaban muchas veces los pajaritos para tomar agua. Y arriba el cielo azul, como un inmenso velo sobre sus cabezas.

Junto al agua deshilachada, ellos abrían el chorro de las confidencias—narraciones de sus vidas—colocando entre los capítulos un besuquear fogoso que conmovía la edénica tranquilidad de los árboles augustos y sombreadores.

Y tanto repitiera Juan la bellísima estrofa de "nunca me consideré tan feliz, cuando tus consuelos aliviaron mis males", que, si no fuera porque el Hacedor de las cosas le concedió solo a las personas el privilegio de la palabra, las yerbas amarillentas y el agua pastosa del remanso, repitieran aquel salmo amoroso, que así empezaba hasta concluir en besos húmedos y restallantes, como cohetes que se encendían en las bocas siempre buscándose de Amelia y Juan Gabriel.

Hablaban, poniendo en sus palabras, todas esas ternezas que hacen del lenguaje de los amantes una caja de música. Y él, tan sentimental, que no podía oir sin conmoverse, la muerte de Mimí en la "Bohemia", sentía turbarse pavorosamente su felicidad, cuando Amelia, apoyada en su brazo, mientras Juan Gabriel juraba con tono solemne no aspirar más éter en su vida, los ojos de la enfermera adorada se llenaban de lágrimas y su pecho rimaba la canción triste de los sollozos...

Entonces Juan se callaba en un silencio casi hosco, diluyéndose en temores y angustias. Algo, dentro de su espíritu, le tornaba al pasado de vicio nefando y la memoria que puso en fuga el narcótico, regresando ahora casi vigorosa con el restablecimiento, le arrojaba en medio de sus pesadillas y alucinaciones que le contara a su amante, en los primeros días de sanatorio, cuando el desequilibrio lo tiranizaba... y ante las lágrimas de Amelia sentía un miedo supersticioso...

Una tarde Amelia inició la conversación, recordándole su época de eterómano, sin saber

que cada palabra suya era un alfilerazo sobre el corazón de Juan Gabriel.

¿Y no tomarás más nunca éter, le preguntó de improviso la enfermera, con un temblor agitado en todas las palabras.

—No, Amelia. Nunca más, bebita querida. Todos los paraísos artificiales son malsanos. A cambio de unas sensaciones fugaces devuelven un cerebro despedazado. Este es mi acto de contricción. Esa droga me ha inutilizado y hoy ya tu ves: mi organismo es débil y aunque restablecido no soy el hombre de antes. No solo no tomaré más nunca éter, sino que maldigo la hora en que el vicio monstruoso hacia el narcótico me dominó, tiranizándome y acabando conmigo.

—¡Oh, Juan, me asqueas—comentó Amelia, mientras se encendían de furor sus ojos negros y sombríos.

—Amelia!—casi en sollozos.

—Una desilusión dolorosa que retribuye mis idealismos. Arrepentido... ¡Imbécil! le gritó Amelia babeante de rabia. Vámonos, desprendiéndose convulsivamente del brazo de Juan.

Y emprendieron la vuelta, silenciosos, trágicamente silenciosos.

El enfermo, todavía en aturdimiento, sintindo como en su cabeza se arremolinaba el cortejo de las supersticiones y de los temores, al choque del diálogo, breve, como un asalto a muerte en que los combatientes tienen prisa por ver correr la sangre. Así, como un acero que le hundieran en las entrañas, cayeron sobre Gabriel las palabras cortadas, tempestuosas, arañantes de Amelia.

Y en la incoherencia, aturdidora y provocativa con que rebotaron las frases de la enfermera, Juan solo acertó a ver una gasa muy blanca, un tul oliendo a alcohol muy picante que se llevaba su felicidad, arrasándola y destruyéndola.

Al día siguiente Amelia y Juan no pasearon. La enfermera no quiso visitar en el pabellón a Gabriel y éste sin querer explicarse el motivo, advirtió que un siniestro aleteo se insinuaba en su alma.

¿Por qué no fué Amelia? Una duda horrible lo devoraba. En su espíritu se arremolinara las ideas más absurdas y los más tremendos

desvaríos. Y sintió unos celos horribles que lo ahogaban y una pena muy amarga y un dolor muy grande.

Su rival era algo inanimado, su enemigo era intangible. No era un hombre con quien se riñe. Era una droga...

Porque era el éter, sí, era el abominable narcótico, quien le robaba el corazón de Amelia, derrumbando sobre él su pasado y ahora su arrepentimiento. El caía debajo de la catástrofe, muerto, impotente y allá, en lo alto, el anestésico vestido de caballero de lujuria se llevaba a su Amelia como un trofeo de gloria.

Eran unos celos incoherentes, endiablados, de opresión y angustia que le estrujaban el alma. Como si en una terrible pesadilla, seres invisibles y martirizadores fueran arrancándole la vida a dolores lentos... y él muriendo en sublevación estéril.

Odiaba al éter, con odio salvaje y monstruoso. Sí, odiaba a la droga que perturbó su cerebro haciendo de él un visionario y un delirante y desgastó su corazón—en las turbaciones letárgicas—hasta dejar en él un principio de padecimiento cardiaco.

Era el narcótico—que a manera de un ser supranatural y burlón—como si tuviera vida y carne y nervios le hurtaba el cariño de Amelia. Y Juan Gabriel sintiéndose súbitamente alucinado creyó ver en el anestésico un tremendo espadachín que le matara con dos estocadas sobre el corazón...

Luego resumió doliente su monólogo.

—¡Oh, si Amelia fuera eterómana! ¡Qué desgracia! Y si lo es, yo soy el único culpable, el verdadero culpable, rematando la frase final en un arrebato de locura, de ira, de dolor.

Se vistió y fué a buscarla a la habitación donde se alojaba, violando las reglas del sanatorio.

Amelia estaba en su cuarto. Vestía una camisa de dormir, bajo la cual se transparentaban sus carnes duras y blancas. Una cinta azul anudaba cerca de la frente el tumulto negro de la cabellera. Con las piernas recogidas sobre la cama, Amelia apoyaba el codo en un almohadón. De vez en vez tomaba un frasco que vaciaba en un pañuelo verde.

Estaba eterizándose, con voluptuosidades de artista en embriagueces y letargos.

Juan Gabriel entró pleno de nerviosidad.

—¿Por qué has venido Juan?—sin abandonar el pañuelo húmedo, tranquilamente, con majestad de reina.

—No me lo preguntes, Amelia. Quisiera huir, correr, escaparme de aquí y no puedo. Estoy loco, no me hagas caso, pero te quiero más que nunca.

—No es amor fabricado con palabritas dulces y reflejos de luna, lo que yo necesito. Me entregué una noche a tí, no al Juan Gabriel arrepentido de su vicio, sino al anormal, al desequilibrado, al visionario.

Y Amelia decía esto, sin dejar el pañuelo con una voz, que la borrachera etérea hacia dura y áspera.

—Ahora Juan no te amo porque tú has matado en mi presencia al eterómano que llevabas en tí. Sacrificaste tu segunda naturaleza, la que yo adoraba, Juan. Mira por quién te he olvidado. Y le enseñó el frasco que vaciaba en el pañuelo.

—El paraíso artificial muy amado. Me trae ensueños de felicidad, cuelga ante mis ojos panoramas nuevos, sacude mis nervios en sensua-

lidades ardorosas, magníficas, ultraterrenas, trae a mí el hálito de una lujuria negra que tiene cabeza de sirena. Ven Juan. Siéntate aquí, en mis rodillas. ¿Te acuerdas del sueño aquel que me contaste? Yo era una gasa muy blanca. Toma, huele mis cabellos... Besa mis párpados, muerde mis labios. ¿A qué te saben, amado mío? A éter.... ¿verdad?

¿Qué torbellino endemoniado cruzó por el cráneo de Juan Gabriel? El olor, el mágico perfume de la droga, el recuerdo que Amelia evocó con una frase, su amante desnuda y adorable... Todo conspiró contra el convaleciente que se arrojó a los pies de la enfermera, besándolos, pidiéndole perdón a mordiscos, rogándole que le diera un frasco y algodón, cualquier cosa, su camisa de dormir...

El cuarto de Amelia estaba enrarecido por el narcótico. Era como esos fumaderos de opio, en que los terribles vapores de la droga clarividente—de las negras lágrimas de la adormidera, grafismo a lo Farrere — embriagan prendiéndose en los almohadones y en las esterillas, más, mucho más, que la humareda alucinante de las pipas.

En la habitación de la enfermera se respiraba éter: y la amante de Juan Gabriel, se estrujaba al infeliz joven y le ofrecía sus labios y sus pezones y el encanto velludo de su sexo y le aprisionaba entre sus muslos, como un himno glorioso de caricias.

El desdichado bebía la muerte en los labios de Amelia.

Abrazados, mordisqueándose, aplastado un cuerpo contra el otro, se aletargaban a la vez, Amelia y Juan. Siempre los labios en los labios, en traqueteo de dientes, gritos, congojas, súplicas, y de un mismo pedazo de algodón, humedecido continuamente, aspiraban los dos amantes.

Llegó el espasmo. . .

—Así, así te quiero, alma mía—dijo Amelia, casi en suspiro, con una voz muy baja, ya prendida en las redes de la narcotización. Cómo te pareces, amor mío, a un jarrón veneciano. Tienes las carnes suaves, y blancas, como mi primer novio, que enterraron una tarde que llovía mucho. No, no te vayas Juan. No me dejes sola. Yo te quiero mucho. Estos muertos que nos rodean, con esas plumas en la ca-

beza, no quieren darnos éter. ¿Oyes esa música? Es el gloria in excelsis Eter! No te asustes por el ruido. Es la arena movediza, yo le taparé la cara al retrato que nos hace daño. Aquí, en el corazón, ¿qué tendré? El corazón se queja, grita, zumba de un modo extraño, porque el pavorreal me da unos picotazos terribles. ¿Oyes Juan?...

En el corazón del infeliz enfermo, comenzó a hacerse insuficiente la sangre venosa. El corazón apenas latía y una palidez podrida, dejaba un verde cárdeno en las mejillas del joven. Los músculos fueron aflojándose hasta la flacidez más absoluta primero, y luego se tornaron rígidos. Los brazos dejaron el cuerpo adorado de Amelia y los ojos, huyeron azogados hasta envidriarse repentinamente.

—Amelia, Amelia. Te sigo queriendo mucho, pero tengo celos del éter. ¿Porqué me dejaste? Me muero de celos. Amelia, A... me....

Y el cuerpo varonil y delgado de Juan Gabriel, rodó sobre la cama, arrancando en la caída, el algodón lleno del líquido obsesionante, de la nariz de Amelia.

Era la asistolia que mataba a Juan Gabriel. El corazón, por los excesos de la droga, ya insuficiente de sangre, cesó de funcionar al sobrevenir el ataque.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

—Juan... Juan... dame tus labios, amor mío. ¿No quieres? ¡Ah! Si estás muerto.

Y una risa feroz, horrible, fúnebre, reventó en la garganta de Amelia.

Luego, en plena conciencia.

—Juan... Juan... ¡Estás muerto? Te hemos matado... ¡el éter y yo! ¿sabes?

Y cogió del botiquín otro frasco...

---

# EL CUENTO DE MI AMIGO

## EL CUENTO DE MI AMIGO

> Sus pechos y su vientre huelen a pescado. Y su lecho está más sucio que el nido de la abubilla.
>
> Esta es la que yo amo.
>
> Y la amo porque ofrece un atractivo más fuerte que el de la belleza: la divina podredumbre.
>
> **Octavio Mirbeau.**

### I

—Todas las noches visitaba a una prostituta, vieja, cínica y fea. Una pobre mujer, que con sesenta años bien cumplidos, sentía que la lujuria le bailaba en el fondo de las entrañas. Tenía la cara inconcebiblemente arrugada, que no se cuidaba de cubrir con el velo de los afeites, las pomadas y los coloretes. Así me gustaba.... Nunca he buscado el artificio y una meretriz

pintarrajeada, con los labios naufragando en carmín y los ojos ennegrecidos a puro lápiz, me ponía a dos pasos del homicidio.. Continúo. Una vaga superstición me llevaba todas las noches al cuartucho de la ramera. Una habitación, con el piso levantado, las paredes sucias y apestosas, una estera miserable donde me revolcaba y alumbrando todo aquello, que olía a basurero y a pescado podrido, una lamparilla de aceite. No podía regresar a mi casa, ya de madrugada, sin antes hacer mi acostumbrada visita, que iniciaba, casi maquinalmente, cayendo con brutal glotonería sobre el bajo vientre, amarillento y sin vellos, de mi noble amiga.

Aquello tenía para mi juventud, todo el fervor de un sortilegio. Nada parecido al sexo de Clotilde. Era como una fruta triturada y esponjosa, con un color impreciso de sangre coagulada y negro de humo. Una purulencia estallaba en tumorcillos verdosos junto a una membrana, que en los espasmos de la hetaira, parecía una aguja clavándose en mis labios. Y relampagueando sobre la carnosidad estrujada y abierta, un olor de sugestión: imperioso, como de carroña, solemnizado débilmente con

heliotropo, en una mezcla audaz y desconcertadora.

No podía esquivar aquella fuerza misteriosa, hechizo, embrujamiento, exorcismo de lujuria podrida, que hacía vibrar mis nervios como cuerdas y derrumbaba mi cabeza entre los muslos flácidos de Clotilde. ¿Era la belleza de colores que dejaban unos tintes raros en la vulva machita de la meretriz? ¿Era el perfume terrible que se enredaba en las membranas destrozadas? ¿O qué la desgraciada, en su vejez ruinosa, era experta en todo linaje de exotismos emocionantes? No sé: aquella mujer me dominaba, con una taumaturgia de superstición endiablada...

En mis empeños por descifrar la clave de mis homenajes a la prostituta vieja y podrida, creía ver—soy paladinamente fatalista—que un Dios de maldad caminaba al lado de mi destino, que algo desligado de mi cerebro y de mis venas, me empujaba todas las noches al cuarto de la miserable. No podía creer que una monstruosa aberración de lujuria me lanzara a beber, continuamente, la vida en el sexo purulento de Clotilde. Era una potencia espiritual innominada,

desconocida, que tejía mi vida con las mallas de este sensualismo furioso, porque en los momentos del placer descoyuntado, yo me ponía en fuga del mundo y en olvido de todo, y como en la famosa agua fuerte de Rops—ese mago de los diabolismos lujuriantes—bajo el sexo de Clotilde se insinuaba una terrible calavera, parlanchina, misteriosa e invisible que me hablaba de placeres invertebrados, dé voluptuosidades solo alcanzadas, como luminarias fugaces que alumbraban los recodos de otra vida, junto a las carnes de la prostituta, junto a la vulva evocadora de festines y hecatombes de los sentidos hambrientos.

Permitidme una ligera desviación en mis recuerdos. En aquella época un principio de agotamiento, que yo combatía con bromuro y algunos excitantes que no le recomiendo, me hacía apelar a ciertos recursos... No, nada de sadismos. No se alarme Vd: la sangre me repugna y la violencia de ese linaje no llama fuertemente a mis nervios. En el cuarto de Clotilde no había cama, ni muebles de ninguna clase. Una simple esterilla rota, deshecha, cubriendo un pequeño cuadrado del piso, que era

de tierra negra y húmeda. Cuando yo me acostaba sentía un olor nauseabundo de tierra removida. Un olor que aún recuerdo perfectamente—y lo confieso con sinceridad cálida—era para mis sentidos en quietud un terrible afrodisiaco. Yo quisiera describir ese perfume, que a través de los años martillea sobre mi olfato y me habla de mis noches de amor. Era a la vez ese olor emético que despiden los cocodrilos y los cuerpos en descomposición, pero característico, inconfundible, vigorosa amalgama de cadáver y de sulfuro carbónico... Y a mi aquel olor me turbaba, me enloquecía, incendiando las con fuego de muerte.

...Y debajo de la estera parecía vivir una pobladísima colonia de insectos. Unas arañas negras, obsesionantes, con patas velludas y asquerosas. Eran como flores grandes, rosas somáticas de mugre y humedad. Y eran muchas, vente, treinta, cien... Un aquelarre de arácnidos fantásticos y ventrudos que se posaban sobre el cuerpo de la meretriz, manchando con negros crespones la amarillez desolada y carnosa de Clotilde. Se arrastraban por las piernas su-

biendo la superficie curveada de los muslos... Tenían un desmayo junto a los pezones, blanquecinos y arrugados, y rodaban por los brazos y se acercaban a la boca de la lumia. Un festín de Trimalción sazonado por unos gusanos verdes, suaves, como cintas que adornaran los encantos marchitos de aquel cuerpo. Y unas escolopendras, largas, como cuchillas azafranadas, cariciosas, insinuantes en sus movimientos y en su estirpe de miriápodos.

Un turbión de animaluchos repugnantes cayendo sobre el cuerpo en laxitud de la prostituta vieja.

Espectáculo de una sensualidad endiablada, mística lujuria de un alma enferma. Sexual, fuertemente sexual, que exasperaba mis nervios, requemándolos en deseos y en gulas de hembra. Mis sentidos acallados tenían un agrietarse repentino de sublevación, como si en las entrañas germinara el poema de las fieras amándose en el fondo de sus cubiles: El espasmo le llegaba a Clotilde envuelto en mordidas de arañas y en terribles ziz-zagueos de los gusanos verdes. Era un retorcerse de las piernas descarnadas, un culebrear penoso de todo el cuerpo, es-

tremecido, agitado, tembloreante, y las súplicas mueren en sus labios, con un dejo agónico, mientras se revuelca sobre la estera como un perro sarnoso y grita desesperada, tal que fuera a morir en la dulzura torturadora del espasmo.

Yo gozo en artista y en macho. Veo las arañas agarrándose a las carnes de la mujer y el placer absurdo de Clotilde me enloquece, me trastorna, como su sexo de un rojo coagulado, como el olor que despide toda ella: olor de muerta y de podrida.

Después de las arañas, los ciempiés y los gusanos yo gozaba a Clotilde, relicario de voluptuosidades, gimiendo bajo las caricias, adorable en las súplicas, pidiendo gracia con la punta roja de su lengua y las uñas crispándose en mi pecho. . .

Luego yo me daba a pensar en la lujuria de aquel cuerpo obsceno y mis pensamientos se amartillaban sobre el "algo misterioso" que aleteaba en el cuartucho de la ramera: aquella atmósfera de podredumbre, la esterilla mugrienta, Clotilde, vieja, fea y con tumorcillos junto al sexo, y todo aquello me arrancaba, brusca-

mente, a la realidad y yo veía el Dios de maleficio que empujaba mi vida alrededor de una mujer impúdica y de unos animaluchos repugnantes.

Además la obsesión perenne, fuera del tugurio de Clotilde. El sabor de su sexo, imperioso, definitivo, precisándose en las comidas abundantes, en los parpadeos de las luces y en un viejo misal, empolvado y amarillento, que yo guardaba hacía mucho tiempo. Y, aturdido, en plena sugestión, aguardaba las horas de la noche para calmar mi inquietud en la vulva de Clotilde.

¿Qué fuerza invisible me llevaba todas las noches a quemarme de lujuria junto al cuerpo arrugado y vicioso de la prostituta? ¿Qué era lo que incendiaba mis sentidos, cuando Clotilde sentía aquel espasmo de gozadora infatigable, revolcándose con las arañas, los gusanos y los escolopendras? Y las preguntas, impávidas, se columpiaban en mi cerebro, como una quimera burlona que me citara al tugurio de la mujer podrida.

En la maraña de mis pensamientos se enredaba, a veces, la idea de una perversión dia-

blesca. Pero no. Aquello era "algo misterioso", lo repito. Comprendo, que me aparto de mi narración, con digresiones impropias. Permitídmelas, sin embargo, de vez en vez. Protagonista de aquel suceso, ahora narrador, en la evocación de esta historia, siento que el paso de los años no ha barrido con las inquietudes de mi alma. Por eso le habré aturdido a ratos con el auto-comentario, entintado de sobresaltos y de angustias, rompiendo sobre los detalles del suceso—de mi cuento—con ese trasunto de misterioso y lancinante que decora la verdad misma.

. . .—Clotilde y yo apenas hablábamos en nuestras noches de amor. Ni aún para lo más preciso y necesario, tan fuerte raigambre había echado en nuestros cerebros la monotonía del placer, que parecíamos autómatas moviéndonos a los dictados de los sentidos, sin pedir intervención a las frases de novela romántica y sin solicitar el consuelo de las palabras diluyéndose en ternezas y cariños. ¡Oh, no! Habría sido grotesco. . . Y el ridículo es intolerable y abrumador, junto a la vendedora de bestialidad.

Una noche le pregunté. Sentía como agu-

zado mi espíritu en tortura inquietante. En la interrogación a la meretriz, la pregunta iba a reflejarse en mi alma, acosándola. ¿Porqué cuando te gozo, recorriendo con mis labios todas las partes de tu cuerpo, siento que un fuego interior me quema y me abrasa?... Entonces te transfiguras a mis ojos. Y en mis delirios te veo, como la mujer que nuestra imaginación fabricó en las crestas del idealismo. Una fuerza interior exaspera mis nervios y te poseo toda "Ella" la diosa que vive en nuestro corazón y en nuestra fantasía.

—Te pones sentimental—me contestó con su voz cascada por la vejez y por el alcohol. Pero a continuación, cayeron las palabras, límpidas, con rumor de cristales.

—Es él: el hombre de los escapularios, que viene todas las noches, antes que tú...

¿Quién era el hombre de los escapularios? No quise preguntarla más. Sentí un miedo supersticioso, angustiante, opresor, como si me apretaran la garganta con un trágico mecanismo.

Y la interrogación, fría, imperativa, horadándome el cráneo, fué agrupando sobre mi retina,

unas palabras endiabladas, saltarinas, como dioses borrachos.

Es él: "el hombre de los escapularios"...

## II

"Viene todas las noches... Antes que tú. Es un hombre alto, exageradamente alto y flaco, con delgadez acuciada de Nazareno neomístico y agónico. Cuando llega me arrojo sobre la esterilla, con gesto cansado de prostitución correteadora. El se quita toda la ropa y sobre su desnudez afilada y brutalmente blanca, relampaguean junto al pecho sin vellos, unos escapularios enormes y alucinadores".

Esas tiras de fervor—intercaló mi amigo—las debió usar algún monje maldito y lujurioso. Un monje, abrumado de cilicios, que sintiera en la soledad de su celda, los zarpazos de las más desenfrenadas lupercales y que fornicara mentalmente con el Diablo, en complicidad de amor culpable y pederasta.

El hombre de los escapularios, ha recibido el abominable depósito—a través de las edades

huyendo—del alma encenagada y milagrosa de ese monje, devorado por todas las lujurias y todas las aberraciones, ángel de maleficio y tortura que vive, después de la muerte, su vida de insolente verriondez.

Algún monje execrado los debió usar, sí... Al menos Felipe II, cuando pasaba sus noches de amor, prendido en la impiedad verde de los ojos de aquella infeliz Sara Pérez, la desgraciada princesa de Eboli. La hermética religiosidad del monarca no podía comprender el concubinato sin deformarlo con adornos devotos. Esos colgajos de misticismo los llevaron todos los reyes caducos y lujuriosos. También Enrique VIII, cuando gozaba al galope del último de sus palafreneros aquella Ana Bolena, cuya nuca satinada se derrumbó en el cadalso de White Hall.

Aquellos reyes priapíticos no soltaban los arreos de la devoción y esos monarcas absurdos debían ornar los espasmos con embrujamiento religiosos. Almas de Torquemada y almas de Calvino, con las entrañas calzadas en las fogatas de una lujuria mortal.

Y un hombre así, llevando sobre su pecho sin vellos, pecho de andrógino, la algarabía de unos escapularios enormes y provocativos, es quien goza todas las noches antes que yo a Clotilde.

"Viene todas las noches... Antes que tú. ¡Oh, es horrible!

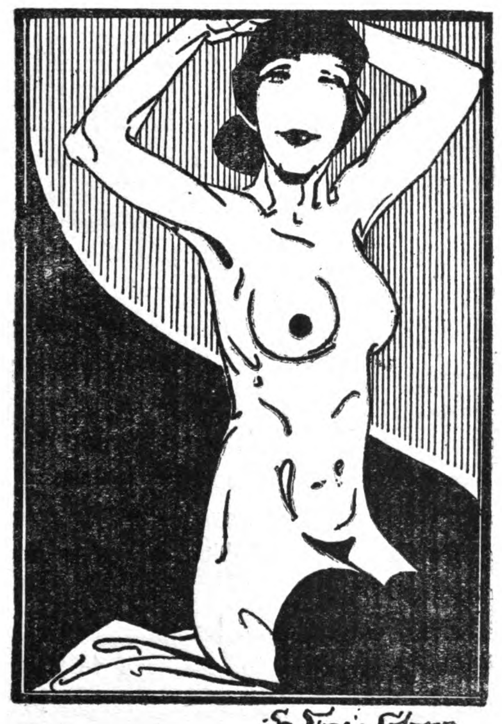
"El se quita toda la ropa.... Empalidece repentinamente, con palidez podrida y lacia. Parece alargarse en flacura, como si se afinara; en sus músculos flácidos hay un temblorear de fiebre, y un olor imprevisto, desconocido, como si se desprendiera de las cruces de trapo que cabalgan sobre sus carnes, me sume en sopor y en letargo. Siento que en mis entrañas ruge un turbión de vida, tal que quisieran estallar en fecundación. Sueño, pesadilla, fantasía. Aquel hombre me goza en muerta. Yo no le veo. Le siento. Una respiración muy lejana, imperceptible. Me acaricia los pies y sus labios tienen rozaduras de flor y de madre. Se detiene en los tobillos y en las corvas, desgranando unos besos menuditos que me encienden el alma. Quiero hablar, gritar y no puedo. Luego me goza plenamente, en feliz desposorio y se va sin

verlo yo. Se va, dejándome en la estera unas monedas y en el alma una sensación de angustia dichosa, que afirmas tu luego, más tarde, sabiamente, entre mis muslos, bajo el hechizo adorado de él, del hombre de los escapularios."

¡Oh, mi vida encadenada, sujeta a la de aquel hombre monstruoso! Era abominable que aquel cloroformador de meretrices, fuera el Dios maldito que me empujaba todas las noches sobre el sexo inconcebible de Clotilde. Espectro o fantasma. Y era eso la génesis de mis lujurias, el tóxico de mis aberraciones, la flor negra de mi degeneración. Aquel hombre... y aquellos escapularios de voluntad y de crimen.

Era él, quien movía los hilos invisibles de mi vida. El quien me llevaba a probar el encanto enfermizo de la podredumbre; quien me arrojaba como un guiñapo sobre el cuerpo rugoso y mugriento de la prostituta; él, quien me imponía, fuera del cuartucho de la meretriz, la obsesión del sexo rojo y negro de Clotilde y me calcinaba las entrañas con la monstruosidad de los animales repugnantes mordiendo las carnes de la ramera y provocando en ella un espasmo

que se volcaba en gritos y en copiosidades bestiales; el, en fin, quien transfiguraba a la hetaira y ponía sobre mis ojos, las quimeras de ensueño y de alucinación...



El sabor duro y acre del sexo de Clotilde, lo precisaban los espermáticos nefandos de aquel hombre, espectro de Felipe II y fantasma de Calígula. Y en los arabescos linguales cabe la vulva de la prostituta, yo ofrendaba mi espíritu a la Roma degenerada y a la España de las hogueras trágicas. Homenaje de lujuria a través de los siglos, deglutiendo las entrañas de los reyes y de los cortesanos y arrojando en el prestigioso historial de voluptuosidades cínicas, la carroña de mis noches de amor.

El hombre de las escapularios era mi enemigo, porque era él quien retorcía mi espíritu y mi voluntad. Después de la confesión de Clotilde, yo sentí el tumulto de la catástrofe asomando en mi vida. Y odié con toda mi alma al hombre esotérico y a sus escapularios envenenados y al monje lujurioso que advirtió la fiereza bramante de la carne en la soledad de su celda, aquel monje, que yo veía en una visión de aquelarre, cohabitando impúdicamente con Luzbel.

Era una fractura de los hechizos enfermos, del visionario decorado, una fuga de las quimeras y una sensación de aturdimiento. Antes

de la confesión, advertía un aleteo de exorcismo, ahora el encanto roto, me envolvía en odios y amarguras.

Cuando gozaba a Clotilde, veía como sus carnes deshilachadas adquirían una dureza firme y segura; en los abrazos supremos huía la derrota de su cuerpo suplantado por unas divinas caderas y unos pezones triunfantes. Y en las membranas endurecidas y llagadas de su sexo, en la audacia de los colores y en la brutalidad anormal del vaho que cabrilleaba en sus muslos, yo vivía nuevos panoramas y me adentraba en el poema de las sedas, veía flores malsanas en su bajo vientre, flores que se amaban y se enviaban el polen fecundante en un beso y en un temblor, y en el pubis sin vellos, que mordisqueaba frenéticamente, advertía entonaciones de piedras duras, lapizlázulis y peridotos, que tenían complicidades de sodomitas y unas anémonas eran implacablemente ninfomaniacas.

Yo gustaba todo ese sortilegio milagroso, gozando plenamente a Clotilde, en prostituta y en querida. Esas visiones prestigiosas eran formidables cauterios que rebotaban en mis sentidos

y en mis nervios: cantáridas violentas que exasperaban mi sensualidad inflamando mis venas con todas esas divinas depravaciones de alucinado.

Ahora, en mis sueños y en la gloria de mis cópulas con la infeliz prostituta, se asociaba, imperiosa y definitiva, la imagen de aquel hombre y sus escapularios tóxicos, tal que fuera un ángel exterminador con las alas plegadas.

Un ángel de sacrificio y de tormento. Los amores impolutos y serenos de las flores y de los minerales, que en el laberinto de mis orgasmos venéreos rugían en la vulva de Clotilde, eran la tramoya hechizada de aquel monstruo adornado con cintajos de fervor. Y en la obsesión precisada y barrenante, se adentraba en mi cerebro la imagen del hombre de los escapularios: "es un hombre alto, extremadamente alto y flaco, con delgadez acuciada de Nazareno neo-místico y agónico"...

"Y viene todas las noches. Antes que tú...

... Y al encaramarse en mis células la figura maldecida, yo sentía que una ascendencia criminal y homicida tremolaba en los altibajos de la conciencia: las cruces rojas de los esca-

pularios surgían en mi retina como la hechicería purpúrea y encharcada del asesinato y los hilos devotos que colgaban de su cuello imponían la idea magnífica y augusta de la estrangulación.

Era la obsesión del crimen, precisa, imperiosa taladrante, exasperada por mis lujurias y por mis rabias, ardiendo siempre como un fuego vestal que una sacerdotisa truculenta quemara en la vulva roja y negra de Clotilde. Eran ellas—mis lujurias—cuyo mecanismo de muerte poseía el hombre de los escapularios, quien armaba el brazo y señalaba la víctima. Así, como un revolar de tragedia y de sangre: hemorragia de todos los deseos en asecho y victoriosamente perversos.

Un demonio de venganza rugía en mis venas y en mis nervios. Y la obsesión, fija, abrumadora, se recortaba, diabólica, en la imaginación y los pensamientos tenían el alocado movimiento de una ronda de borrachos.

Sería magnífico, milagroso. Entraría furtivamente una noche en el cuartucho de la prostituta: tugurio miserable, insinuando, violento, el perfume de la tierra removida y el pescado podrido.

Le arrancaría al hombre sus escapularios envenenados y aquel narcotizador de meretrices, moriría entre los suplicios que fabricaba mi imaginación vengadora y refinada, enconando la fantasía culpable y horrenda de los tormentos que crearon los verdugos chinos agazapados en las páginas buriladas por Mirbeau.

Yo sería un verdugo por la lujuria, por la lujuria que el monstruo de los colgajos devotos encendiera en mi alma. El hombre de los escapularios sería asesinado por mis noches de amor maldito, por mis torturas entre los muslos de la ramera, por mis visiones coruscantes: eran aquellas anémonas sodomitas, aquellos lapizlázulis que tenían íntimos tocamientos con el prodigio verde de los peridotos—que yo gozara sobre el sexo de Clotilde—quienes me imponían el asesinato del aborrecido, "con delgadez acuciada de Nazareno". . . . .

Suntuoso el decorado del crimen. El cadáver una carroña más, como penacho de podredumbre. Sentiría el último espasmo entre el encanto de la estrangulación, de la sangre corrompida y las mordeduras crueles de las arañas y de las escolopendras, y aquellos gusanos

verdes, tocados de suavidades, artífices en deslizamientos cariciosos, gozarían al hombre de los escapularios mientras en mis nervios retumbaba la sensación de una lujuria nueva y ancestral. Y allí quedaría el cadáver, mudo testigo de mis ayuntamientos con Clotilde, para que después de muerto, sintiera que en su alma galvanizada se adentraba el suplicio infinito y grandioso de la sublevación impotente.

Ahora yo iba a gozar toda "Ella" a Clotilde, sin inquietudes ni sobresaltos, gustando el sabor acre y duro de su sexo, estallante a tumorcillos y en mezcla audaz de colores: sangre coagulada y negro de humo.

¡Oh, la muerte del hombre de los escapularios! Gloria y liberación...

❖
❖ ❖

Una noche fuí a matarle...

## III

Mi amigo sigue visitando todas las noches a una prostituta vieja, cínica y fea. No puede

regresar a su casa, ya de madrugada, sin caer antes, con brutal glotonería, sobre el bajo vientre, amarillento y sin vellos de Clotilde.

Y ella le ha dicho hoy:

—Viene todas las noches... Antes que tú... Es el hombre de los escapularios...

---

# EL CRIMINAL

# EL CRIMINAL

## I

—¿Dice Vd. que el asesino no pudo salir del hospital, sin que fuera visto por los guardianes?

—Exactamente. La sala donde se cometió el crimen es una habitación espaciosa: camas en hileras, muy juntas y al fondo una puerta. El sereno no se ha movido de su sitio y ha declarado que no oyó gritos en toda la noche.

—Pues yo opino que la infeliz enferma estrangulada, luchó furiosamente contra su matador. El cadáver de Matilde Roger ha aparecido con todos los tumores reventados. Las llagas que iban carcomiendo los senos de la desgraciada, presentan unos arañazos espantosos y con los vendajes rotos, manchas de sangre apestosa y corrompida. Es evidente que el victimario empleó la fuerza y, que en la lucha, Ma-

tilde sufrió esas lastimaduras horribles y los trapos y los menjurjes cayeron al suelo, arrancados, seguramente, por el feroz ensañamiento del asesino.

—Es una excelente presunción, que engendra una duda y una pregunta: ¿trató de violar a Matilde su matador?

—Oh, no, ¡Absurdo! ¡Inverosímil!

—Ahora, mi amigo, insisto que el criminal no ha podido huir sin ser visto. No es posible la fuga por alguna ventana, puesto que todas son de fuertes barrotes, que no permiten el paso a un hombre. La reja de entrada al pabellón no ha sido abierta y por la puerta del fondo—única escapatoria—repito y está comprobado que no ha huído el criminal. Además, tratemos de ahondar en este misterio por otro camino. Una infeliz, una desdichada del arroyo, que viene a morir a un hospital, es porque no tiene dinero. Ergo: no ha sido el robo quien empujó al asesinato al matador de Matilde. Los otros enférmos tampoco han oído gritos ni súplicas. Cuando a las diez se apagaron las luces, no había nadie en la habitación. Es casi imposible, que con la vi-

gilancia observada en el hospital, el asesino haya logrado entrar en la sala del crimen.

—Ya se donde va Vd. a parar. Las palabras pronunciadas por Vd. acusan horriblemente, despiadadamente, a una persona y esa persona es el sereno. Lo siento, por el infeliz guardián, detenido desde esta mañana.

—Convendrá Vd. conmigo, que hasta ahora los indicios de culpabilidad se amontonan sobre el sereno de la habitación donde fué estrangulada Matilde. Parece hombre listo y la indiferencia que pone en sus declaraciones, tal vez nos lleve a la conclusión de que el portero Heriberto es un pícaro contumaz.

—Es Vd. implacable. El sereno se ha limitado a decir que toda la noche estuvo en la puerta única del pabellón, que no ha oído gritos, ni vió salir a nadie, y esto que ha declarado, lo ha hecho con una tranquilidad de conciencia que acredita su honradez.

—Todo eso es muy bonito, pero tendrá que probarlo. Pienso que está bien determinada la prisión provisional de Heriberto. No se empeñará en negar rotundamente que puede ser

cómplice de la muerte de Matilde, su honorable guardián.

—Advierta Vd. que el desdichado preso es un viejo achacoso y con hijos. Yo defiendo la inocencia de Heriberto y la proclamo.

—Muy bien. Es Vd. un alma noble, pero en tanto no justifique que él no ha intervenido en la muerte de Matilde Roger, esa inocencia que a Vd. le conmueve no habrá llegado a la convicción de los jueces. No lo dude Vd.: el "honradísimo viejo" hablará. Hasta ahora no ha sentido la fuerza de una acusación verdadera. El crimen se cometió ayer y las actuaciones sumariales no han podido iniciarse con notable eficiencia. El oscuro enigma del asesinato de esa desgraciada, tendrá pronto una admirable solución.

—¡Oh, un honorable padre de familia!...

—Los honorables padres de familia también estrangulan, mi candoroso amigo.

## II

Cuando Matilde Roger entró en el hospital, parecía una inmensa llaga. Dijérase que la

sangre de la enferma era un grandioso estercolero de podredumbres: la lepra le mordía todo el cuerpo y un cáncer horrible, repugnante, se insinuaba como una espantosa mueca de la muerte, en la blandura elástica del pecho, junto a los senos desprendidos: Una purulencia alucinante, que revolvía el estómago en bascas y ponía en el alma un sedimento triste por aquella mujer, aun bella, con ojos demoniacos de un verde venenoso, rayados de círculos rojos, arabescos de la sangre en su invasión de fastuosas podriduras.

No era posible detenerse junto a la cama de la infeliz, pudriéndose bajo el tumulto de las pomadas y de los ungüentos ineficaces y apestosos.

El cáncer, que iba devorando lentamente el pecho de Matilde, dejaba en las ropas y las carnes de la desgraciada, un encresparse de olor a cadáver y a sala de disección, y la terrible lepra, rampeando por todo el cuerpo, ponía la tumefacción mal oliente de llagas y tumóres, a lo largo de aquellas líneas femeninas, en otros tiempos, firmes y adorables.

Aquella sala del hospital era la mansión de la muerte. El triunfo de las úlceras y de las podredumbres. Un estruendo de guiñapos vivientes, de cuerpos hinchados, que eran un reto a las auras y a las hienas que solo comen carne podrida. Y el alma sentía una suave emoción de malestar, por el encanto enfermizo de las caras leprosas, rostros de mártires y torturadas... y aquella sala era exclusivamente para mujeres.

Todas, heroínas de la repugnante leprosería. Cuerpos agrietados por el mal y por las enfermedades, que rubricaban las carnes de las desdichadas con tumores y llagas de campo de batalla.

Algarabía de olores nauseabundos, de miembros convulsos, de labios suplicantes que piden la muerte. Estrépito lastimero de todos los sufrimientos y de todas las amarguras, gimiendo en aquellas camas, donde se revuelcan la carroña y el dolor.

Entre toda esa miseria abominable, había ido a morir Matilde Roger. Cinco años antes no habría restallado pensamiento tal, en la adorable cabecita rubia de la joven rica, mi-

mada en los salones por su hermosura, y que en rodar furioso de su vida, se enlodaba en el vicio y caía en la sala de leprosos de un hospital.

La eterna historia de las fortunas diluídas en lujos absurdos: la quiebra, la ruina, el amor culpable que pone en las entrañas la tragedia y el deshonor; el refugio de la crápula, y las enfermedades que arrojan el cuerpo, manantial de gracias, al basurero de los degenerados y de los infelices.

Luego, ya en el hospital, la espera de la muerte, con la agonía magnífica de los mártires, apresurada por aquella estrangulación, que olvidaba en la vida de la infeliz un dejo misterioso y lancinante, que escribía el nombre de Matilde en las volanderas hojas periodísticas y acumulaba en derredor de la leprosa, un pasado de riqueza y de ignominia, y el suceso era un brindis a los repórters para engarzar en la prosa suelta de unos comentarios ocasionales, cursos comprimidos de filosofía kantiana y alardes policiacos a lo Conan Doyle.

Todo, porque Matilde Roger, apareció una mañana, estrangulada, con las úlceras mordi-

das o rotas, a fuerza de terribles arañazos, los tumores que manchaban el cuerpo, chorreando sangre corrompida. . . y no se sabía quien era el criminal, puesto que el guardián de la sala de leprosos juraba y perjuraba, que no se había movido de su sitio en toda la noche, y por esto se hallaba encarcelado. . .

## III

La vida del hospital unió en fervor amistoso a Matilde Roger y Elena Mayol, otra leprosa miserable, vibrante a purulencias y a llagas de muerte. Cama a cama, en la atmósfera de putrefacción, se contaron la desolada tristeza de sus historias, y el recuerdo mordido a evocaciones, ponía en el alma de las dos mujeres podridas, un suave aleteo de bienandanza, tal que bajo aquellas carnes descomponiéndose en tumores y úlceras, flotara la alegría risotera de la juventud y el candor amable de los primeros años.

Y era una dulce consolación a la lentitud de sus agonías, el encresparse de las añoranzas,

narradas en voz baja, entre olores a necrocomio y a formol.

También ella, la desventurada Elena.... Solo que su destino tenía los crespones de una implacable ley de herencia. Su padre murió



entre emplastos y humores podridos. En el medio de la calle, casi; como un perro acosado por las úlceras que desgarraban las carnes del pobre viejo, en chorros de sangre apestosa y nefanda.

La herencia y el contagio culpable, ella lo sabía, con fúnebre alborozo, porque era ella quien atendía a su padre; ella, quien le curaba las llagas, cuando el mal inició su devastación; ella, quien, poniendo la suavidad de sus dedos de niña, junto a la dureza roja de los tumores corrosivos, sentía una sensación inexplicable que la turbaba extraordinariamente, como un calofriarse repentino de las entrañas.

Aquella ulceración espantosa que hacía de la epidermis del anciano, un surco de pus sanguinolento, iba poblando el alma de la hija, con visiones trágicas y endiabladas.

Ya en el tiempo de la adolescencia, Elena, mientras limpiaba de humores infectos las llagas de su padre—el horrible leproso—experimentaba los sobresaltos de una tímida doncella a solas con su novio, sintiéndose enloquecida por el agolpamiento en el cerebro de unas ideas raras, que la quemaban el cuerpo como hierros encendidos; inquietada por los círculos rojos de las úlceras con secreciones de pesadilla, aquellas manchas con que rubricaba la lepra su invasión en el cuerpo del desgraciado..., y Elena des-

pués de curar a su padre huía con un crispamiento doloroso en las manos.

Luego el infeliz viejo murió carcomido en podredumbre. Fué a morir al hospital, suprema burla de la suerte, que arrojaba aquellos guiñapos podridos en el lecho triste de la desgracia.

Elena, todavía sin la terrible enfermedad, sucumbió por hambrienta y por bonita. Después el tiempo inexorable, rindió aquellas carnes de placer estruendoso y perverso y cuando los besos ahitados borraban los hechizos misericordiosos de los pezones—elástica rebeldía de otra época—y aflojaron la firmeza dura de las caderas, surgió una ulceración, que rompió en llagas y en tumores haciendo del cuerpo adorado de Elena la turbamulta insolente de la podredumbre.

Por eso, ya en las camas nauseabundas del hospital y en semejanzas de vidas, las dos pecadoras, unieron sus días de agonizantes en la comunión de una amistad cariñosa, sintiéndose una junto a otra, en su desolación y en su abandono.

Ellas no tenían familiares. Y en el frío desamparo, gozaron el acercamiento de sus almas, postrer amor de las que habían amado tanto, y él fué bienaventuranza en la tristeza de sus vidas, que antes de partir hacia el más allá, se empenachaban de úlceras y tumores, corona de espinas y aureola de sus frentes...

## IV

Lo pensó una noche, en la grisura dolorosa del hospital, viendo a Matilde en la cama inmediata, en sueño pesaroso de moribunda.

Fué el espectro de su padre, surgiendo, ante Elena, con sus úlceras podridas. Un espectro rojo, porque la lepra invadía toda la cara y todo el cuerpo, estallando en tumefacciones de sangre.

En el descoyuntamiento de la alucinación, Elena vió al anciano y sintió idéntica inquietud que años atrás, cuando casi una niña, lavaba con agua boricada las úlceras del buen viejo. Una inquietud que la atormentaba, ahora, en

sueño de horror cuando ella creía enterrados aquellos desvaríos de sus primeros años.

¿Pero qué era aquello tan torturante? Recordaba que una vez, mientras curaba a su padre, sintiendo la pobre niña, una calcinación espantosa en sus venas, besó la úlcera que desfiguraba horriblemente el ojo izquierdo del leproso, y este estuvo a punto de desmayarse, tan agudo fué el dolor del infeliz.

Ella, en remembranza maldita, pensaba ahora, en aquel beso fúnebre, delirante, que dejó en su alma—al sentir en sus labios el sabor de los humores podridos—una sensación rara, cenestésica, como no había sufrido nunca, ni aún en sus más apasionadas noches de amor, cuando sus amantes, en furiosos deliquios de todos los deseos, aplastaban la boca contra las complicadas adoraciones de su sexo...

Aquel beso de instinto y de rabia, había sido como un torbellino infernal que rugiera dentro de su cerebro. Y ella, indefensa ante estos asaltos de la imaginación en diátesis, advertía solo una inflamación en sus entrañas, inexplicable, atormentadora.

Todo esto se adentraba en su espíritu—repetición terrible, a lo largo de los años—ahora, en esta noche, en que una pesadilla obsesionante, colocaba ante la retina de Elena, el espectro rojo del enfermo.

Y saltó el pensamiento mordido por la alucinación. Se fué el espectro—una inmensa úlcera que tenía brazos y piernas y la cara de su padre—y solo quedó a su lado, en la otra cama, muy cerca de ella Matilde Roger, leprosa y con un cáncer en el pecho.

La tremenda pesadilla había dejado en Elena una zarabanda de muñecas rojas, de mujeres agonizantes, muriéndose entre charcos de pus, que brotaban como un chorro persistente de los ojos, de los labios y de los senos...

Todas las caras eran iguales y todas tenían sobre el ojo izquierdo una úlcera espantosa y abominable. Y aquellas caras miraban a Elena, enseñándole sus rostros de leprosas. Parecían reirse de la desgraciada y cuando abrían la boca, mostraban las encías destrozadas por la enfermedad.

Una alucinación de sangre toda roja y caliente.

Las once de la noche. Ya despierta en normalidad absoluta, Elena sintió un alivio dulce.

Miró. Solo ardía a lo lejos, veinte metros, la lamparilla del sereno, que dormitaba en la puerta del pabellón.

No, no era la pesadilla. Elena se fijó. Todo rojo, como si una úlcera monstruosa con patas de pulpo, se enredara sobre las almohadas de Matilde.

¡Ah! Y Matilde tenía sobre el ojo izquierdo la misma úlcera que su padre, que Elena besara con rabia y con delicia. La misma úlcera, espantosa, deforme, opresora...

Las doce de la noche. Matilde ha sido estrangulada...

## V

Heriberto fué condenado. Diríase que a lo largo del sumario, un hado, burlón y sarcástico se entretuvo amontonando pruebas terribles contra el pobre sereno.

Era mentira que no oyese gritos. Estaba demostrada hasta la evidencia más absoluta, la culpabilidad del viejo.

—Señores del Tribunal: Las pruebas aportadas al proceso nos dicen claramente que el portero Heriberto es el matador de la desdichada Matilde Roger. El procesado no ha podido justificar la procedencia del dinero que se encontraba en su poder y que robó a la víctima. No hay un solo testigo que favorezca al culpable. Y cuando la Sala ha tratado de interrogar a Heriberto, este se ha encerrado en el más absoluto mutismo. Es, señores jueces, que la conciencia inicia su labor...

Luego, rodaron varios párrafos de entonación filosófica, avalorados con citas de Carrara y de Carmignani y la Sala no dudó más: José Heriberto, guardián de la sala de leprosas, era el asesino de Matilde Roger.

Robo con ocasión del cual resulta homicidio. ¡Oh! El crimen era de los que naufragan en repugnancia y atrocidad. Luego, la calidad de la víctima: una desgraciada, una leprosa. Y el matador—brote definitivo de la escuela del criminal nato que describiera Lombroso—aumentó los dolores de la víctima, martirizándola, torturándola con impiedad horrenda, tal pregonaban clamorosamente las llagas reventadas,

las magulladuras de los tumores y aquella úlcera espantosa que hacía desaparecer el ojo izquierdo bajo una hinchazón podrida, y que aparecía deformada por las manos de Heriberto—sobre la llaga se tomaron las impresiones digitales—como si antes de la estrangulación y la muerte, Matilde se defendiera valerosamente...

Y la sociedad se sintió estremecida de ira y de espanto. Los detalles del crimen, blasonaron con pintorescos brochazos los periódicos, y un malestar rotundo parecía apoderarse del pueblo, hasta trocarse en odio y en rabia hacia el criminal.

A la majestad de la ley se incorporó la vengadora sociedad y en la famosa balanza pesaron con estruendo, el escarmiento y la represión, el castigo ejemplar y la pública vindicta.

En el hospital, saltó el comentario por todas las camas. Ya varias veces, las infelices enfermas habían visto turbada la tranquilidad, por muchos hombres que discutían, que hablaban y se acercaban a la cama que Matilde ocupó examinándola cuidadosamente. Uno gritó ¡auxilio! ¡socorro! mientras los demás se retiraban

al lugar donde pasaba las noches el guardián Heriberto.

A ellas les preguntó un hombre vestido de negro muchas cosas sobre Matilde y el portero. Y las pobres, más muertas que vivas por la enfermedad que las mataba lentamente, por la impresión del asesinato de Matilde y por aquel espectáculo, apenas si declararon nada interesante.

Eso, sí: todas convinieron en que no habían oído gritos, ni quejas. Aquella noche, como de costumbre, se apagaron las luces de la sala de leprosas, a las diez de la noche.

A la mañana siguiente, el cadáver de Matilde, vino a decorar macabramente la agonía lenta de las desdichadas, muriéndose entre úlceras, como discos rojos.

* * *

—Y bien, mi amigo. Vd. tan decidido defensor de la inocencia de Heriberto, se habrá convencido de tal engaño. El portero ha sido condenado. Lo que al principio parecía un proceso de enredos y encrucijadas, ha resulta-

do una seda. Las primeras diligencias del Juzgado llevaron al ánimo de todos la convicción de que Heriberto fué el matador de Matilde Roger.

—Comprendo que diga Vd. todo eso, con un poco de triunfo. Es una gran victoria del Fiscal la condena del asesino de Matilde. Así dijo un periódico. Y yo le felicito. Estuvo Vd. ciertamente implacable contra mi defendido.

—Ajustado a la ley, nada más.

Y el digno representante del Ministerio Público, dijo las últimas palabras con una suave entonación afeminada, como hubiera hablado un cardenal del Renacimiento, deshojando un galanteo discreto y sutil.

⁂

—Ahora, dicen que es Heriberto quien mató a Matilde.

—¿Tu lo crees, Elena?

—Tal vez.

Elena dejó caer la frase, pesadamente, sonoramente. Parecía acusar en la duda mal expresada.

Luego, diose a pensar. Hacía dos meses que había estrangulado a Matilde. Y desde entonces viviera en una deliciosa tranquilidad espiritual.

Ahora, empero, al saber que Heriberto iba a ser condenado como autor del asesinato de la leprosa, Elena advirtió un súbito despertar de la conciencia, como si la felicidad de que era dueña, huyera muy lejos de su espíritu.

Y estrepitoso, con estruendo cascabeleante, fué a incrustarse en su cerebro—por vez primera—el decorado del crimen y el asesinato de Matilde, rodando muerta bajo sus manos descarnadas por la lepra.

En el muy adentro, sin surgir a flor de labio, cayeron los pensamientos de Elena.

—Yo les diría a los jueces: Vais a condenar a un inocente. Yo fuí quien maté a Matilde Roger. La maté en un espasmo de sensualidad, en un arrebato de lujuria. Sí, lujuria. Esta es la palabra.. Matilde tenía sobre el ojo izquierdo la misma úlcera que mi padre,

la misma llaga, infesta y podrida, que una vez besé con delicia y con rabia, sintiendo a su contacto, un estremecimiento en mis nervios y un quejido en el alma. Yo maté a Matilde, sí, después de gozar su cuerpo y su alma. Porque su alma surgía bajo los tumores purulentos. Desviando la marcha de sus pensamientos: El portero Heriberto es inocente. ¿Y qué? ¿Voy yo a quebrar la felicidad de mi vida, acusándome de matadora de Matilde? Nadie sospecha de mí, porque nadie atisba la grandeza de mi crimen, la gloria de mi asesinato, la gloriosa grandeza de la lujuria que crispó mis dedos sobre la garganta de Matilde, más leprosa y más podrida que mi padre y que yo.

Señores jueces: fuí yo, Elena Mayol, quien destrozó los tumores y magulló las úlceras de Matilde. La víctima se defendió contra su matador, se ha repetido desde el principio del sumario. ¡Oh, qué burla! Fuí yo quien reventé la llaga del ojo izquierdo, con un beso de fiebre, de espanto, de angustia. Eran mis besos los asesinos, los destructores de las úlceras, mis besos que recorrieron el cuerpo de la leprosa desde el tobillo hasta la frente, mordiendo

las carnes inflamadas, enrojecidas, purulentas, y llevándome en los labios un sabor acre, picante, a sangre y a muerte, que nubló mi razón. Matilde iba a gritar, cuando me vió sobre ella, aplastando mi cuerpo contra el suyo, boca con boca, sexo con sexo... iba a gritar, a perderme: se levantarían las otras enfermas, acudiría el sereno, me expulsarían del hospital, iría a morirme en el medio de la calle y entonces, mientras sentía un espasmo terrible que sacudía mi cerebro, como una conmoción, la estrangulé.

Luego los pensamientos le tornaron al recuerdo de su ingreso en el hospital y de su presta amistad con Matilde Roger. Se querían como hermanas, sólo que en Elena prendió de momento el incesto. En la derrota de la belleza de Matilde, se conservaba la magnífica entonación verde de los ojos, como si las pupilas de malaquita alumbraran todo aquel cuerpo descompuesto por los tumores y por las llagas.

Ahora, a la evocación, acudió su padre. Aquel infeliz viejo que Elena cuidaba cuando todavía ella era joven, casi una niña y sus ma-

nos, parecían aliviar los dolores del anciano. Y destacándose, calientemente, en el resurgir del recuerdo, la úlcera roja y purulenta, como una esfera de podredumbre que coronaba el arco superciliar izquierdo de su padre, igual que la de Matilde Roger, hinchada, sanguinolenta y el tremendo parecido que iniciara en Elena aquella lujuria formidable y atormentadora.

Ahora, cuando a solas con su espíritu, corrían desbandados aquellos pensamientos, volvió a creer en la inutilidad de salvar a Heriberto y confesar que era ella quién había matado a la enferma.

El ideal, ese algo intangible que nos trueca la mirada en fijeza hacia un muy lejano que se decora para nosotros—la Gloria, la Fama, el Genio—surgía ante la cama de Elena Mayol. Ese ideal, como un caballero de ensueño, llegaba junto a ella, dejándola como prenda el cadáver de Matilde, acribillado a besos, con una túnica de mordiscos sobre las úlceras reventadas en sangre corrompida.

Bueno, que mataran a Heriberto. Nadie iba a creer que ella asesinó a Matilde, por vo-

luptuosidad endemoniada, por lujuria de fiebre y de angustia.

Así en esta soledad de su alma, en esta algarabía de los pensamientos, se sentía fuerte y grande en la última parte de su vida.

Después, sus labios recibieron el depósito de lo que en el cerebro parecía sublevarse, y dijeron, muy bajito, como una oración al cielo.

—No les diré a los jueces que estrangulé a Matilde, porque amaba sus úlceras, porque adoraba sus llagas y sus tumores, que besé como se besa al primer novio. Ese amor y el culto de esa lujuria magnífica, pone en derredor de mi alma rumores de fiesta y de alegría. Soy feliz, muy feliz.

Y como una doncella se arropó entre las sábanas...

---

# LA DROGA BUENA

## LA DROGA BUENA

Con una espátula de marfil—prestigiada concepción de vesánico aurífice—he tomado del pomito amarillo una substancia pulverizada, fina, entonadamente blanca.

Un suave cosquilleo en las paredes de la mucosa, ascendiendo en delicado escozor hasta el cerebro y la dulce, imperiosa emocionalidad de exegética lujuria, llega tremolando, amazona gentil, a la grupa de una somnolencia ensoñadora.

Yo quisiera burilar el elogio sentimental de esta droga, de esta droga que es liberación gloriosa y vida a raudales: el eterno problema surgiendo, vibrante, en el fondo de un frasco.

Bien sé que este vicio horrendo resquebrajará mi organismo. No quiero oir la lealtad de los consejos ni acepto la acritud de las admoniciones. Esta prodigiosa substancia me tre, envuelto en la quietud amable del desvarío

alucinador, rumores de gloria y deja caer en mi alma la lujuria que más adoro, la punzante lujuria de los recuerdos dormidos, de los perfumes olvidados, senos palpitantes de vida y de blancura que una noche se frotaron a mis labios, en locura de voluptuosidad calcinada en todas las angustias; sabor definitivo de sexo, sabor duro a playa, probado siempre y divinizado ahora en la sabrosa remembranza, en el mágico todo cerebral de la droga...

¡Oh, dulce lujuria melancólica! Hueles a floresta, a tierra mojada y a carne de mujer. Y yo te gozo, plena, en el apaciguamiento del sopor, cuando el leve cosquilleo de ese polvillo que aspiro, trepando por la nariz, cae en el cerebro, como una brizna fantástica, ataviándolo con la veste misteriosa que envuelve añoranzas picantes; poemas de tules y cabelleras perfumadas, el traje de la amada muerta—el dolor de la evocación—el mechón negro dormido en el relicario de amor... y esta substancia blanca me pone en olvido del mundo y me arroja en los idilios edénicos de estos recuerdos, suavemente atormentadores.

Pasar entre el rebaño humano, a plena conciencia y viviendo la vida de refugio amable y de oasis aletargador, que es ofrenda de esta blanca sustancia cosquilleando en el cerebro. . .

El cuerpo muy ligero y muy sutil: Ingravido que diría un discípulo de Verlaine. El alma naufragando en optimismos suaves, como caricias infantiles.

A propósito. Entonces surge imperioso el espectro de la violación, brutal y salvaje, en las pantorrillas afiladas, imprevistas, de las niñas que comienzan a balbucear palabras y frases incoherentes, con ese adorable tartajeo de los chiquillos, que arroja montones de cariño en los padres y a mi me sume en brioso resurgitar de una lujuria diablesca y enfermiza.

Nuevo Herodes que en vez de "degollación" escribiría violación, ultraje, gozo carnal, galopante y perverso.

Lujuria gloriosa que alguien creería caduca y desgastada, pero que desmiente mi juventud, pues bien puede ser el autor de estas páginas quien siente esos orgasmos altisonantes y bravíos, que exaspera la droga hasta el tormento, hablando en mi alma de cordialidades castas,

de íntimos tocamientos sexuales y de besos frenéticos sobre esos cuerpecitos de ángeles y esas vulvas de futuras gozadoras...

Ahora tomo clorhidrato de heroína. Es una substancia blanca, finamente pulverizada, y este polvillo que al aspirarlo produce un levísimo escozor nariz adentro, es el ácido dietánico de la morfina y el éter: resumen complicado y sutil de dos paraísos artificiales, en esta droga de vida y de muerte, que entorpece deliciosamente mis músculos y pone cintas de fuego en mis pensamientos y hace de mis noches de amor tropelías de brutales deliquios, galopantes a fatigas y a besos que trituran las entrañas diluyéndose en formidables viscosidades de bestialidad...

Y en la quietud adormilada, vagorosa de las ensoñaciones, la perenne lujuria melancólica, que tiene el color de los topacios y el inquietante misticismo de las viejas estampas, esa lujuria vivida y gozada ahora en los brincos de la imaginación, mordida por el veneno blanco, espoleada en el preciosismo de los sopores, arrebujándose entre las células vestidas como para un festival de placeres morbosos y satánicos,

aquelarre de diabolismos exacerbados y órficos regocijos.

Sentirse como desprendido del mundo, refugiado en las sutilezas del tóxico, a solas con esta bacanal del espíritu, cerebralismo lujuriante, magnífico y augusto, incendiario de las ideas, alimentador de amores insignes e invertebrados con las mórbidas redondeces de una porcelana o los gallardos bronces de una figura que llama a la carne en complicidades malsanas de refinamientos voluptuosos.

Lo sé: este vicio va carcomiendo mi médula. ¿Qué me importa? Es una agonía lenta, un suicidio supranatural. Voy al encuentro de la Muerte, caballero mayestático en el corcel de las alucinaciones, de los desvaríos, en pleno olvido del barro de aquí abajo, viviendo en los malabarismos de la imaginación mordida por la droga, esta mi lujuria melancólica, poblada de recuerdos, lujuria prestigiosa con olor a sexo de virgen, lujuria que rezuma la algarabía doliente de un perfume y de una hora de vida...

¡Oh, mis suaves lujurias melancólicas!...

## EL ALMA DE LILI

Un centígramo de heroina—clorhidrato de heroina—aspirado por la mañana es de un efecto inmediato. Ataca pronto y fácilmente, pues cuando nos levantamos de la cama, sin haber probado aún el desayuno, el organismo está quebrantado y las horas del sueño parecen haberle quitado resistencia. Los músculos viven como entumecidos y el reposo prolongado, suspende momentáneamente las fuerzas. Nos falta agilidad, ligereza y al despertarnos seguimos por breve tiempo en laxitud perezosa.

Esto me lo dijo en cierta ocasión un médico más bohemio y literato que científico. No recuerdo su nombre, ni por qué motivo pronunció esas palabras.

Desde que tomo heroína mi memoria solo vibra en los sueños y en los letargos.

Además, mis sopores han suprimido toda figura humana y la lujuria melancólica y feliz que me atormenta suavemente, dulce suplicio

de mi alma y de mi carne, es una flor negra que huele a secreción vaginal... y esto me ha recordado a Lilí, una muchacha que tiene ojos ultravioleta.

❋
❋ ❋

La cama, toda en virginal blancura, el tocador de un rojo correcto, casi amoratado, de dos lunas grandes que reflejan, al cabo del día, veinte veces, la cabecita risueña de Lilí. Sobre el mármol rosado, en jaspe violento y agradable, los frascos de perfume, las moteras, cepillos repujados de plata, un cofrecito para guardar joyas y todos esos deliciosos adminículos que decoran el "boudoir" de una muchacha elegante. A un lado de la cama la mesita de noche con una palmatoria que sostiene el lomo formidable de un elefante con gualdrapa roja, en alarde de snobismo simpático.

A la cabecera del lecho, en invitación piadosa y anacrónica, un Cristo se desangra sobre un precioso madero de marfil. Hay un reflejo doliente emboscado en la triste mirada del agónico y en el tórax hundido, en las piernas lar-

gas, alucinantes en flacura y en todo el cuerpo marchito por el simbolismo del sufrimiento, una exhibición vigorosa de anatomía deteriorada.

Así es el cuarto donde duerme Lilí sus noches de virgen íntegra y definitiva...

Y aquel Cristo pálido, recortándose en amarillez sobre el madero, aturdía horriblemente a Lilí. Aquellos ojos, con franjas de agonizante, la desnudaban todas las noches, asistían a sus intimidades de muchacha y ahora parecían invitarla a cohabitar, tal era la fijeza y languidez de sufrimiento implorador que había en las pupilas del infeliz crucificado.

¡Oh! Ella había deseado, que por extrahumano sortilegio aquel cuerpo agrietándose en flacura desmayada, se sintiera súbitamente animado de vida y la tomara en sus brazos y la quisiera mucho... Y como si el milagro se hiciera, Lilí suspiró en ansias y en súplicas, estrujándose entre las sábanas de la cama, como se revuelca un perro en el suelo. Cerró los ojos —sus ojos cargados de voluptuosidad—y advirtió el roce de unos labios muy sutiles sobre su espalda y aquellos labios luego la besaban en

la nuca dejando entre los rizos dorados y rebeldes una sabor violento de estupro...

Aquella mano... Su mano de "bibelot", afilada y aristocrática, que terminaba en un adorable manojito de lirios... Era un deslizamiento suave y torturador. Un pájaro pequeño y fantástico—con alas de terciopelo—que se detenía, primero, en el triunfo de sus ligas y luego seguía por la llanura curvada de los muslos blanquísimos en avance de fiebre, de muerte, de gloria...

Después el diabólico pajarito,—¡oh aquella mano divina e infatigable... y aquel Cristo atormentador puesto a la cabecera de su cama—comenzó a revolar, como borracho, aturdido, poseso, y Lilí sentía que un calor rabioso llameaba en sus venas y golpeaba en sus sienes, y un desfallecimiento—deleite y congoja a la vez—inundaba su cuerpo, estremeciendo sus pezones que se acariciaba frenéticamente con la mano libre, y con los temblores y la respiración llena de silabeos fatigosos una viscosidad mareante y tumultuosa—olor fuerte, incisivo—humedecía la camisa de dormir y se desparramaba sobre su piel satinada de virgen buena...

Ahora, en laxitud, Lilí tiene una mirada de agradecimiento para los ojos franjeados de tristeza del Crucificado, para aquellas pupilas agrandadas por el sufrimiento y por los culpables deseos de redimir a los pecadores.

Y Lilí se empina sobre las almohadas hasta tocar con su boca el marfil del hijo de Dios, besuqueando las piernas alargadas en flacura y los brazos clavados sobre el simbólico madero. Son besos de fiebre y de rabia, besos de querida y de madre, besos despoblados de fervor y de misticismo.

Un temblor muerde las carnes de la joven, empalidece con palidez que hace del rostro delineado en malicia una máscara de cera, y con los labios pegados sobre el marfil del crucifijo, Lilí siente que con el espasmo brutal, enfermizo, de alucinada por una sensualidad luzbélica, su cuerpo se derrumba en desmayo...

## II

## UNA FLOR MALSANA

Este curioso espectro no tiene otro tocado,
sobre su calavera grotescamente izado,
que una horrible diadema que huele a carnaval

**(Baudelaire).**

De negro, como la Elianta de Rachilde, prendida en misterio, evocando incestos culpables y flores de adormidera. Un ídolo absurdo, con cuerpo de lirio fúnebre y ojos de estrige. Aquella gema de negror húmedo, Barbey d'Aurevilly la habría engastado en el estuche prestigioso de "Les diaboliques" y Hoffman la colocara como una garzota de ónice en la pavura de sus narraciones.

Una flor de ruina y de cementerio, puesto que la palidez de esta mujer es cera de fiebre y de martirio, roto el amarillo alucinante por el brusco ébano de los ojos subrayados de un azul ultrazafiro. Y todo esto habla de bestialidades inconcebibles, tal que en las ojeras de gules bai-

loteara la vía Apia y la mujer de palidez podrida fuera una Agripina invertida.

Es la lujuria auténtica, timbrada por todas las monstruosidades, y un pasado feroz parece abrumarla con la culpa de íntimos tocamientos. Juraría que esa mujer siente amor—envenenado, glorioso—por el esqueleto de un perro. Arrastra la pesada cadena de una brama abominable. Vive en el recuerdo de ella, con místico fervor de santa o de mártir predestinada. El torbellino negro del vestido es un culto fetichista a la dormida lujuria agazapada en su alma y la palidez de agonizante es perenne oración de complicidad. Al caminar tiene rumores de sombra espírita o un aleteo de fuego fatuo. Una Némesis con los labios casi blancos y las ojeras azules. Así debe ser la verdadera diosa de la noche y de la venganza. O el trasunto alquitarado de la histórica ciudad con su historial trágico de besos y de crímenes; flores de sangre, cadáveres mutilados que se ríen y enseñan un cerebro galvanizado en podredumbre y la mujer de negro, sobreviviendo a la catástrofe.

Esa mujer siente amor por el esqueleto de un perro... Así es. En la última temporada

de baños se exhibió con un perrazo formidable, alarmante. Era su querido, que le imponía a toda la sociedad. El pobre Alí, que así se llamaba con nombre de general turco, murió de la misma manera que otros predecesores suyos, en ese desdichado linaje de apagar fogatas vaginales: el pobre Alí dejó su masculinidad canina en la boca de su dueña, seguramente exasperada por sus turbaciones voluptuosas...

Al ver esa diosa de la noche y del misterio, el alma se estremece pavorosamente. Hay en sus carnes de frutas machacadas ofrendas de cadáver y se siente angustia—opresora y lancinante—por esa cara que tiene la blancura amarillenta de un cirio moribundo y una sensación de asfixia, por esos labios que quieren desangrarse pasionalmente y por toda ella, que parece surgir de unos trazos demoniacos de aquel Dominico Teotocópuli, pintor de alucinaciones negras, como un gran visionario que fué.

No es extraño que se dedique a los animales con tanto entusiasmo, y es que nadie se resigna a ser amante de una mujer que le guarda luto a los perros que mata.

Corren tantas historias de apoplegías y congestiones... Y parece esquivar fácilmente las mallas del Código Penal. Tiene caprichos y rarezas, que son para admirarlas de lejos. Es una flor malsana. Por lo menos una belleza maldita, tuberculosa o sifilítica. Esa mujer tiene una palidez podrida, que recuerda los viejos infolios carcomidos. Debe haberse escapado de un "music hall" alumbrado por blandones.

Ahora se habla de un cerdo, de un cerdo abominable que ha sustituído, gloriosamente, al desventurado Alí.

Dicen que con ese animal repugnante se ha presentado en los teatros, y que no era raro advertir, de vez en vez, que descendía discretamente la cortinilla del grillé.

¡Y ese mónstruo se pasea por las calles!...

Y sin embargo, yo adoro esta mujer, evocadora de la corte de los Borgia, insinuando en toda ella, un pasado trágico y un presente atestado de sospechas. Yo deseo su cuerpo, que guarda en el relicario negro de su vestido; deseo sus labios, descoloridos, exangües, desangrándose pasionalmente, y la deseo por sus amores monstruosos, por el supremo encanto de su

misterio... Yo sería su amante de una noche, el que podría apagar la fogata de su vagina doliente, porque esa mujer es un alma en pena de la lujuria. Es la Lujuria personificada, la que concibiera en un cerebralismo de gloria, Feliciano Rops.

¡Oh, yo deseo esa figura de museo culpable! Y le mordería la vulva hasta que el espasmo supremo le viniera mezclado en la agonía de una grandiosa hemorragia...

---

## III

## SODOMA IN EXCELSIS

Estoy en un teatro. En la escena hay como una provocación al deseo de malditos refinamientos, ostentándose, triunfal, en los cuadros de un París canallesco y risotero, que huele a prostitutas bien vestidas, pálidas, bajo la arquitectura roja del peinado, surgiendo, como flores tóxicas sobre las piernas finas, relampagueantes de fiebre en el avance de los muslos, naufragando entre pantalones de batista y refajos y cintas, que encubren la carne sabrosa y hospitalaria...

Y estas mujeres, con infinitas delgadeces, son las mujeres enfermizas de Lorrain, bailoteando la clorosis incitante de grandes ojos ojerosos y de senos aplastados, la clorosis pintada con arreboles que dejan ver amarillos prestigiosos y blancuras mates de noches de amor, de noches de lujuria, con caricias succionadoras, re-

pletas de fatiga, cayendo en gloriosas postraciones...

Mujeres, exhibiendo la falsa anemia que atavían los desmayos sexuales y los placeres de muerte, puesto que son capaces de jugar tres horas al tennis sin cansancio y sin aburrirse. Todas con supremas flexibilidades de gatas, ensayadas y trabajadas con esmero, remedando frágiles muñecas de vicio, decorado de exquisitas perversiones, con caras de pilluelas divertidas y de histéricas insatisfechas.

Mujeres de paraíso artificial, que recuerdan salvajes leyendas y sueños de alucinación, moviendo sus siluetas de gozadoras en este decorado de taberna misteriosa y sórdida, de personajes equívocos arrastrándose entre la carroña de las grandes capitales; señores enchisterados con el alma podrida, apaches luciendo el rojo pañuelo al cuello y correteadoras infelices... y el afeminado repugnante con el rostro cubierto de afeites, que solicita del primero que llega sexuales caricias para sus nervios mordidos por una lujuria superior.

Y el desgraciado sodomita me pone en olvido de las pantorrillas afiladas de las mujeres.

Yo no veo la pantomima que se desenvuelve en celos de meretriz por un estudiante enlutado, en bailes repletos de un sensualismo perverso y encalabrinante, en orgías y borracheras, yo solo veo el afeminado, vestido de gris, con enorme corbata roja y flexible junquillo al brazo, el pederasta pasivo aquel que me excita diablescamente, que exaspera mis nervios, mordidos por una lujuria magnífica y calenturienta.

El, solo él, que me obsesiona y me domina y enciende mi médula en lupercales extravíos... Y cuando se frota a un militar ebrio, proponiéndole sus gracias, yo siento que unos celos espantosos me devoran y correría a la escena, loco, frenético, a luchar bravamente con el soldado para conquistar aquella presa adorada...

La pantomima sigue. Hay como un estruendo de bacanal, una apoteosis de locura y de embriaguez. Los cuerpos se juntan, apretujándose, en sensual oferta. Todos bailan, saciando sus deseos del momento, histéricos y delirantes.

Es un baile de saltos, en que las parejas gritan y se abrazan y dan vueltas en derredor de una mesa donde el estudiante y su querida



se presentan a la algarabía de toda aquella gente, de aquel entusiasmo que se retuerce como una tromba de luz y de risas, vaciada en vino y en olor a sexo...

Y el telón va cayendo lentamente, mientras el militar, borracho y bravucón, se lleva al sodomita, rendido a la gracia sabrosa de sus encantos... Yo siento como un aplastamiento en el espíritu y sin querer advertir la farsa, me abrumo en la impiedad punzante de esta lujuria desolada que se adentra, como una ola de fuego, en mis entrañas.

Salgo del teatro. Estoy en un burdel, donde se revuelcan la prostitución abyecta y la bestialidad de los hombres. Esta es una casa de francesas, maestras en todo linaje de caprichos y gloriosas en los refinamientos. Por eso he venido esta noche. Siento una lujuria de marinería y quiero acallarla a fuerza de postración.

Y en el espasmo, brutal, que afloja mis riñones, en tanto una hija de la antigua Galia, succiona dentro de su boca mi virilidad, yo pienso, para intensificarlo, con una dulce opresión que me atormenta, en el afeminado, en el

sodomita delicioso, que será por algún tiempo la imagen querida, el recuerdo pesaroso, la obsesión que se clava en el cerebro como la garra de una fiera...

---

## IV

## PESADILLA, EL NO SER, MUERTE...

Y mis esfuerzos por recordar la historia legendaria de Cambises, agonizan en esterilidad. Soy un visionario, acostumbrado solo a los extravíos de esta droga.

Ahora, delante de mí, ha caído un pesado cortinaje, como el que utilizan las sociedades secretas para sus tenebrosos espiritualismos. Y el cortinaje se agranda, hasta convertirse en una tela monstruosa y gesticulante...

¿Tú, artista, vicioso, degenerado, qué has estado conmigo todas las noches tomando heroina, quieres explicarme el embrujamiento de aquellas rocas azules... sí aquellas que están al fondo y semejan un inmenso pebetero?

Un poco más. Dame de tu frasco que el mío está lleno de madréporas, que se alargaran en un signo de interrogación. No quieres, pues-

to que ya estás agonizando, en una apoteosis de silencio. No hables ahora, duerme "recógete alma mía y piensa en lo que viste esta mañana".

Ya no tengo vísceras, destrozadas, aniquiladas por esa sustancia que cae de la nariz al neuro-esqueleto y resbala, en amargor obsesionante por todo el muy íntimo, frío y sin alma...

¿Y tú, vicioso, con la lascivia de las aberraciones? Eres un atáxico, un miserable que te mueres torturado. Yo no. Soy más feliz que tú. Vivo en el siglo XXX, hace diez centurias que estoy durmiendo y no quiero despertarme.

¿Y tú, Bebé querida, no tomas ya heroina? Te daré un poquito, pero déjame besarte los tobillos. ¡Ah! Tu sexo debe haberse muerto de nostalgia—bajo tu vellosidad leonada y copiosa—por mis labios infatigables y por la punta roja de mi lengua.

Ven, acércate, amada mía, quiero resucitar la vulva triangular y perversa. Ven, Bebé, no te envuelvas en ese brocado negro y dime: ¿cuántos días hace?...

En todo ese tiempo, he mordido el peluche de un sarcófago y ese peluche tenía el encanto

de tu pubis velludo. Se quejaba como tú, suplicando con palabras picadas, pidiendo gracia a sollozos y a fatigas.

He acariciado muchos años los adornos de esa caja mortuoria... Pero, esta noche, que voy a morir, quiero estar junto a tí, para que me aprietes la cabeza entre tus muslos obscenos.

¿Tengo cabeza? No sé. La droga—clorhidrato de heroina—me ha privado de todo pensamiento y no puedo acertar si tengo figura humana. Además, que los hombres del siglo XXX no vivimos en rehenes de esos prejuicios.

Bueno: trae heroina. Quiero que el veneno blanco me acompañe hasta el final y tú, perfúmate el abismo rosado que separa tus nalgas opulentas. Echaré en el divino hoyuelo, la prodigiosa sustancia y aspiraré ahí el último centígramo...

Me he asomado al cerebro. Es una inmensa llaga, con patas monstruosas que recuerdan una flor y una vasija de la época etrusca. Y la llaga crece, crece, quemándome la nariz por donde ha trepado en tantos años el polvillo fatídico y glorioso; cayendo, como una placa de

fuego sobre el vientre y... yo no puedo recordar la forma de una momia vista en no se qué museo... Ah, sí. Tenía los ojos horriblemente pintados y en la boca una mueca de supliciada.

Otro poco de heroina. No, es mucho. Basta, no más. Ya veo el negro cortinaje que tiene destellos fosforescentes, como las aguas del Atlántico, como el barco-fantasma de la leyenda holandesa... Porque lo he olvidado todo. Todo, hasta mis lujurias melancólicas, surgiendo, años atrás, imprevistas, afinadas, violentas, en las pantorrillas suaves y provocativas de las niñitas que empiezan a enredar palabras tartajeantes. ¿Dónde estará aquella mujer, toda de negro, como la Elianta de Rachilde? Yo creo que era un murciélago, enorme y absurdo...

Voy a morir, la úlcera del cerebro quiere estallar, reventarse, apagando esta vida mía que ha durado diez siglos completos. Es mejor que todo concluya. Ya veo la sangre, negra y podrida que resbala lentamente por el cráneo, hasta sobrevenir la explosión de los lóbulos frontales, de donde huyó ¡hace tanto tiempo! el

pensamiento... y la corneja verde que guardaba como un relicario adorado.

Ya sale la sangre. Es como un río negro y nauseabundo. Mi esqueleto, con una luz verde brillando en las cuencas, se ríe con su bocaza desdentada... Y el cerebro va a romperse...

*
* *

Con una espátula de marfil—prestigiada concepción de vesánico aurífice—he tomado del pomito amarillo una sustancia pulverizada, fina, entonadamente blanca...

## FIN DE LUJURIA

*La Habana, Marzo y Abril de 1914.*

# INDICE